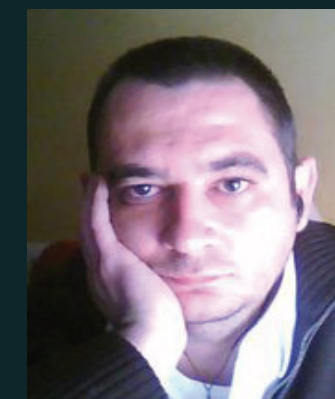


Esta obra es casi por entero una pura ficción. Porque si el principal acontecimiento narrado en ella sucedió efectivamente, no lo hizo en modo alguno, salvo por pequeños detalles, de aquél en el que aquí está relatado. Sus únicos personajes históricos son Isaías, el bíblico profeta de Israel y Ciro el grande. Pero lo he inventado casi todo sobre ellos. También me he permitido licencias verbales con las unidades monetarias, de cara al público castellano. Soy consciente de haber mezclado en ella las unidades de distancia usadas por diversas culturas pero, como todas ellas se confundían en la Babilonia de la época, no creo que este pecado sea mortal. También conozco haberme permitido algún anacronismo. Herodoto, por otra parte, en uno de los libros de su Historia, refiere la costumbre que se daba en Babilonia de practicar todas sus muchachas, durante cierto periodo tiempo, el oficio de la prostitución. Y la Biblia es rotundamente manifiesta a la hora de señalar tal ciudad como asiento de supina perversión y mestizaje.

LA CAIDA DE LA GRAN BABILONIA

ANDRES IGLESIAS AGUILERA



Yo, Andrés Iglesias Aguilera, nací en Granada casi justo un año antes de que El Caudillo muriese. De padres católicos, me educaron en la institución pedagógica más elitista de la ciudad: el colegio Mulhacén, donde no fui ni el último, ni el primero de la clase. Maestros hubo en ella que anotaron, ya desde mis primeros boletines infantiles, que yo iba para escritor. Y aunque cuando me llegó la hora de elegir carrera universitaria, quise estudiar Bellas Artes, en verdad mi única ciencia, si alguna tengo, es la de las palabras. Sin embargo, una vez fuera del instituto y librado a mi propia suerte en las aulas universitarias, caí en una profunda depresión, de las que acaban con uno. Así que me he quedado en estudiantado paje, por no haber terminado ninguna licenciatura –en la que más me esforcé, por otra parte, fue en la Filosofía. He cotizado a la Seguridad Social, en toda mi vida, los tres meses del verano que trabajé programando ordenadores en una academia de informática. Dos años trabajé para mi padre, pero las rutinas de la oficina casi acaban conmigo. Y ahora que tengo canas y ya voy cuesta abajo por la vida, espero que Dios me tenga misericordia y no sea conmigo tan crudo como yo lo fui con Él, en más de una ocasión. Amén.





**LA CAÍDA DE LA
GRAN BABILONIA**



ANDRÉS J. IGLESIAS

**LA CAÍDA DE LA
GRAN BABILONIA**

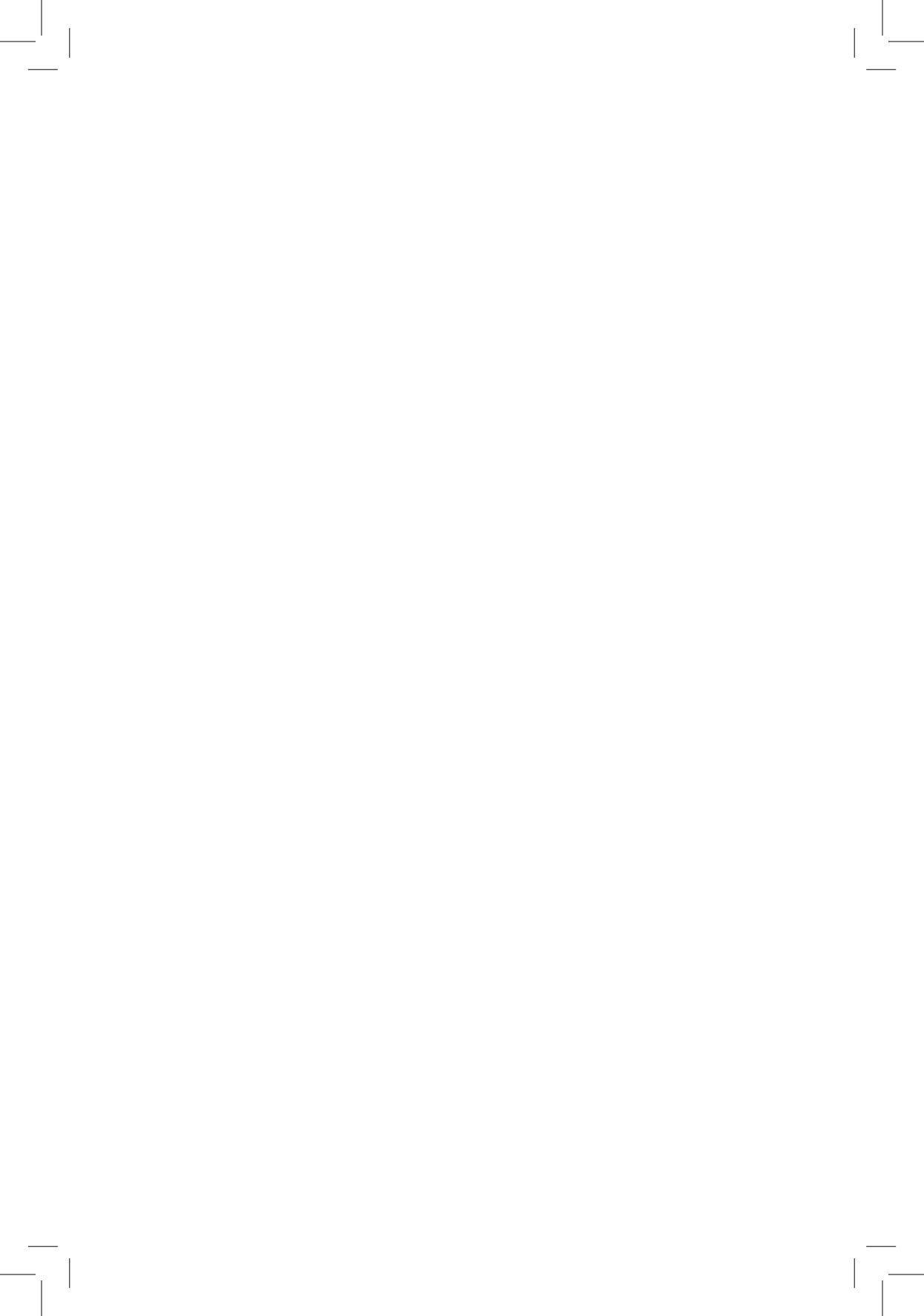
Colección Atrium

@Andrés Javier Iglesias Aguilera.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Y después de esto,
vi descender del cielo otro ángel,
que tenía potestad grande:
y la tierra quedó iluminada con su claridad.
Y exclamó con mucha fuerza:
cayó, cayó Babilonia la grande.

Apocalipsis de San Juan 18, 1/2



ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR	11
MAPA DE LA ZONA	13
CAPÍTULO PRIMERO: LA CIUDAD	15
CAPÍTULO SEGUNDO: LAS BATALLAS	67
CAPÍTULO TERCERO: LA CAÍDA	113
EPÍLOGO	145



PRÓLOGO DEL AUTOR

Esta obra es casi por entero una pura ficción. Porque si el principal acontecimiento narrado en ella sucedió efectivamente, no lo hizo en modo alguno, salvo por pequeños detalles, de aquél en el que aquí está relatado. Sus únicos personajes históricos son Isaías, el bíblico profeta de Israel y Ciro el grande. Pero lo he inventado casi todo sobre ellos. También me he permitido licencias verbales con las unidades monetarias, de cara al público castellano. Soy consciente de haber mezclado en ella las unidades de distancia usadas por diversas culturas pero, como todas ellas se confundían en la Babilonia de la época, no creo que este pecado sea mortal. También conozco haberme permitido algún anacronismo. Herodoto, por otra parte, en uno de los libros de su Historia, refiere la costumbre que se daba en Babilonia de practicar todas sus muchachas, durante cierto periodo tiempo, el oficio de la prostitución. Y la Biblia es rotundamente manifiesta a la hora de señalar tal ciudad como asiento de supina perversión y mestizaje. De la Wikipedia he sacado el nombre de Nabónidas y aunque no me fío de la red, éste cuadra, ya por milagroso azar lingüístico o por cualquier otra razón, tan maravillosamente con las costumbres de mi personaje, que no me he resistido a utilizarlo. También de la red extraje el mapa que acompaña a este libro. Por todas estas licencias, pero sobre todo por lo mucho que, de seguro y en mi profunda ignorancia, yo haya pasado por alto, los eruditos que, en los ocios entre estudios, se dignen entrar en esta fábula, tendrán derecho a renegar de ella, ya que su oficio y búsqueda es el de la verdad. Pero el mío es el de procurar el gusto del lector. Espero haberlo conseguido en esta corta narración.

Granada, 26 de noviembre de 2.010



CAPÍTULO PRIMERO



MAPA DE LA ZONA



LA CIUDAD

1

En Babilonia, el día amaneció con frío. Los mercaderes, como en cualquier otro, madrugaron para montar sus puestos. Se ofrecían especias de más allá de las cordilleras del Este; su precio estaba por las nubes, porque los pasos de montaña eran peligrosos para las caravanas; estaban llenos de hombres salvajes, que no conocían ni dios ni ley; además, los rumores de la guerra que se aproximaba habían vuelto a los viajeros todavía más reacios a cruzarlos; y la mercancía escaseaba. También se ofrecían dátiles de los palmerales árabes, en el Sur, los más apreciados por su sabor, frente a los autóctonos. Aceite de los olivos de Palestina y Fenicia, vino y cerveza, carne y lana de los abundantes rebaños de cordero, manejados fundamentalmente por los israelitas, y poca cosa más, completaban la oferta. En la misma, por otra parte, también escaseaba el trigo, que era el principal sustento de la mayoría pobre. La cosecha no había sido buena. No había sido un año de lluvias. Y el hambre tenía a la población soliviantada. A esto se añadía, por encima de todo, la amenaza de la guerra: se decía que Ciro el Grande, Rey de los persas, había pactado con antiguas tribus, vencidas por el padre de Nabónidas, Rey de Babilonia, y había reunido un ejército innumerable para atacar la ciudad. De hecho, la guerra ya había comenzado en las fronteras, en las que Ciro había sometido todos los alrededores de Susa, su metrópoli, y empujaba hacia el Noroeste, en dirección al Tigris, perturbando la paz del mediodía de las provincias babilónicas. En la ciudad cundía el desánimo y había un aire general de pesimismo. Todos renegaban de Nabónidas, quien, en lugar de haber hecho fuerte a Babilonia, se había entregado a los regalos de su oasis preferido, en el Sur, entre los árabes, dedicándose a vivir de las rentas del Imperio levantado por su padre. Éste todavía vivía, pero ya retirado

de los asuntos del gobierno. Ahora, en la vejez, su único deleite consistía en contemplar cómo la torre que se estaba construyendo se alzaba día tras día un piso más. El anciano padre del Rey, un poco chocho, y ensoberbecido en el recuerdo de sus antiguas conquistas, no pensaba ya nada más que en la grandeza de sus pasadas hazañas, que habría de quedar reflejada en los anales de su pueblo; y, con el pensamiento de su próximo final siempre presente, se regodeaba en los admirativos comentarios que habría de despertar su memoria en el futuro, simbolizados todos ellos por la altura y magnificencia de su monumento funerario. Mientras tanto, su hijo Nabónidas, aún con los Persas a las puertas del Imperio, y aunque había vuelto a la ciudad desde su oasis, casi como un gesto simbólico ante un pueblo preocupado por su supervivencia, descuidaba los asuntos de gobierno; y se entregaba a la bebida, la caza, la pesca y las mujeres, de las que se decía que no quedaba una en el Imperio que no hubiera probado, habiendo levantado tantos cuernos sobre las cabezas de sus súbditos, que su pueblo parecía más bien una manada de venados. Así estaban las cosas el día que amaneció con frío. Por un extremo de una calle cualquiera, sorteando los puestos de mercaderes y los primeros transeúntes más madrugadores, apareció un hombre cojo, barbado, que talmente anunció su mercancía:

—¡Vendo idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Ahrimán y al dios de Ormuz!

Isaac, hijo de un próspero judío, también había madrugado para ver a su querida, de la que estaba muy enamorado. Ella era sacra prostituta, llamada Inanna, de pelo rubio y ojos glaucos; y residía, mientras durase el año de su servicio religioso, de obligado cumplimiento para todas las muchachas nativas, sin importar su cuna o sus riquezas, en el Templo levantado a Ishtar en aquella misma calle. Isaac se acercó al cojo vendedor.

—Tú, muchacho. ¿Tienes un cabezón de Enlil?

—¿Que si lo tengo? Ahí le va...

—Toma.—Dijo Isaac, entregándole unas pocas monedas de cobre.

El cojo sabía que aquella figurilla de cabezón volvería a estar en sus manos al acabar el día, después de haber sido ofrecida en el Templo de Ishtar, para volver a ser vendida a la mañana siguiente. El suyo era un negocio redondo. Revendía una y otra vez a los lascivos la misma mercancía, que circulaba entre sus manos y el altar del Templo, donde dejaba parte del dinero que ganaba. Las sacras prostitutas, que cuidaban de él, le retornaban a la noche las ofrendas hechas durante el día.

En la misma calle, y muy cerca de ellos, rondaba Isaías, hebreo pobre, pero de condición libre, al contrario que la mayoría de su pueblo en la ciudad. Tiempo atrás, Isaías había nacido y vivido pacíficamente en Palestina, entre los olivos de su tierra. Había visto Jerusalém y rezado en el Templo de Yavhé. Hasta que un buen día, una incursión de hombres del padre de Nabónidas había capturado a su familia y la había vendido en los mercados de la ciudad. Su amo, al morir de viejo, les había devuelto la libertad. Pero, con ella, también los trabajos y pesares de las hambres. Ya estaba entrado en años, aunque ignoraba los que tenía. Desde luego, sabía que habían pasado muchos desde que fuera capturado, cuando todavía era joven, casi recién casado. Los suficientes como para hacerse a la vida de la ciudad. Pero, a pesar de saber sobrevivir, aunque a duras penas, en aquella Babilonia, no había abandonado la religión de sus antiguos. Observaba, por contra, y con gran disgusto, cómo muchos hebreos habían apostasiado de Yavhé y adaptándose al entorno que les rodeaba, practicaban la religión de los nativos. Muchos de ellos, incluso, se habían enriquecido y prosperado y tenían influencia en la corte. Isaías solía pasear por esta calle y en ella había reparado en la frecuencia con que aquel muchacho, llamado Isaac, bien vestido y perfumado, hebreo como él, entraba a ofrecer tributos a los falsos dioses en el Templo de Ishtar. Aquella mañana se decidió a abordarlo, al verle comprar el cabezón. Y, acercándose, le dio un tirón del manto, diciéndole:

—Oye...

Isaac, a pesar de ir relamiéndose en la perspectiva de los goces sacros con Inanna, notó el tirón y se volvió hacia él:

—¿Sí?

Isaías le dijo torvamente:

—Tú eres de los nuestros. ¿Dónde vas, entonces? ¿No sabes por tus padres que a Dios no se le puede comprar?

A lo que Isaac respondió:

—Mira, llevamos tanto tiempo aquí, en esta tierra que, en medio de la prosperidad de mi casa, ya no adoramos al dios de nuestros antiguos. Nos hemos acomodado a los usos del país. Ahora mismo iba al templo de Ishtar.

E Isaías le propuso:

—Mejor ven a la mía. Allí, mientras mi esposa nos prepara la comida, repasaremos la buena Ley.

Pero Isaac se negó:

—No, déjalo. Me llaman asuntos más importantes.

—Bueno, como quieras.

Isaac, siguiendo su camino entre los puestos de mercancías, llegó al Templo de Ishtar. Subió sus escalones y entrando en el vestíbulo de las ofrendas, colocó el ídolo y puso incienso a quemar. De rodillas, con las palmas vueltas hacia el cielo, oró a la diosa. Inanna, todavía soñolienta, pero ya lavada y perfumada, salió desde el patio central hasta el vestíbulo. Allí encontró a Isaac.

—Buen día, Isaac. ¿Otra vez por aquí?

—Otra vez, Inanna.

—Voy a pensar que te gusto de verdad...

—Te lo he dicho mil veces, tantas como propuestas de matrimonio te hice.

—Y yo te expliqué otras tantas que tengo apalabrado mi matrimonio desde mi infancia.

—Nunca me dijiste con quién...

—Ni te importa. ¿Vamos?

Isaac se quedó un momento mirándola, entre admirativo y atemorizado. Sabía que aquella mujer alta era peligrosa. Pero no podía resistir el encanto de aquel pelo rubio y rizado en bucles finos y pequeños, de aquellos ojos azules tan claros como el día más limpio; ojos de gata del desierto, salvaje y fiera.

—Vamos.

Dijo al fin. Y siguiéndola, ambos cruzaron el patio y entraron en una de las cámaras sagradas, donde las camas se cubrían con las sedas más finas del país.

Mientras tanto, en la calle, Isaías paseaba entre los puestos, con las manos cruzadas a la espalda, sin comprar nada, sin fijarse en nada de lo que le rodeaba, ni en la gente ni en la mercancía. Iba dándole vueltas a la cabeza. E iba murmurando para sí:

—Me da lástima ese muchacho... Un hijo de buena familia que se pierde por las zorras de este país. ¡Cuántas veces la prosperidad ha sido causa de nuestra ruina! Hay gente entre nosotros que piensa que más nos vale permanecer esclavos, en la misma pobreza, que provocar la ira extranjera de nuestros vecinos. ¡Jerusalém, ciudad santa! ¡Cuántas veces tu mismo esplendor bajo los Reyes ha llamado la atención de manos violentas y codiciosas! Pero la sabiduría de Israel está en su Dios, cuya letra es la Escritura. Esto lo ignoran los bárbaros de todas las naciones. Sólo yo y un puñado de fieles quedamos en esta ciudad... El resto de mi pueblo, ya esclavo o enriquecido, se entrega a las idólatras, cuando no lascivas, costumbres del país. ¡Ay! ¿Y qué será de nosotros?

En estos pensamientos estaba, calle arriba y calle abajo cuando, al rato, se descubrió a sí mismo frente a las escaleras del Templo. Por ellas descendía Isaac, con una sonrisa de satisfacción en los labios y un aire jovial y despreocupado. ¿Por qué no? La vida le sonreía: su padre poseía riquezas suficientes para que él, a su muerte, pudiese vivir desahogadamente poniendo un mínimo de cuidado en su administración. Y, como había hecho aquella mañana, siempre había dinero en su bolsa para comprar a la que amaba. Pero, aquella mañana, al descender pletórico de vida por las escaleras, se encontró con un disgusto. Isaías, al pie de ellas, le hizo frente:

—¿Te ha gustado?—preguntó—. Pues has de saber que eres un perro— y escupió en el suelo, a sus pies, para añadir—. Un perro del que a veces tengo lástima y en otras ganas de partirle la cara.

Isaac no se esperaba aquello. Y, con sorpresa y desagrado, preguntó:

—Pero, ¿qué dices?

Isaías, todo ya encolerizado, exclamó:

—¡Traerás la ruina de tu casa! Fíjate en lo que te digo: tú y tantos otros como tú traeréis la ruina de Israel.

Isaac, pensando que aquel era un perturbado, se resignó ante aquellas palabras violentas, sin querer hacerles cara. Y contestó:

—Parece que el hombre se ha levantado hoy con el pie izquierdo.

A lo que Isaías, haciendo un gesto de desprecio con las manos, prorrumpió en voz alta:

—¡Maldito seas! ¡Apóstata!

Isaac, esquivándole sin contestar, siguió su camino.

Inanna, que estaba orando en el vestíbulo del Templo, oyó las voces, porque aún era temprano y la calle no se había llenado con la algarabía habitual. Así que se asomó al exterior. Desperezándose en la cima de las escaleras, contempló el aire limpio y el cielo claro de la mañana. Hacía frío. Observó cómo Isaac se alejaba y se perdía entre la multitud. Aquel hombre, todavía casi un muchacho, estaba enamorado de ella. Pero ella se debía a otro, a uno que no podría tocar hasta que se cumpliera el año de su servicio en el Templo. Preocupada, arrugó el ceño. Descendió los escalones meditando en ello, cuando a su pie se vio sorprendida por un hombre maduro, apuesto, delgado como un junco y de mediana estatura, de facciones afiladas por el hambre y los trabajos. Era moreno de pelo, aceitunado de piel y sus negros ojos, profundamente enterrados bajo unas cejas finas y salientes, denotaban que había pensado mucho. Un momento después le recordó. Le conocía de vista. Solía pasear mucho por aquella calle. Pero de él no sabía nada más que siempre estaba solo, y que solía sentarse en los trancos, comiendo alguna fruta. También solía sentarse en las escaleras del Templo, disfrutando del Sol cuando hacía buen tiempo.

Era Isaías.

—Te conozco.

—¿Sí? No me extraña... Te sientas en esta puerta cada día.

—¿No tienes bastante con uno?

—¿A qué te refieres?

—A todos los que pasan por tus manos: te quedarás con el más fuerte.

—Veo que eres un ingenuo de provincias. ¿De dónde vienes?

—Eso no importa.

—¿Eres árabe? ¿Judío? ¿Medo? ¿Jonio?

—¡Basta! Te acuesta con todos y siempre piensas en el mismo. Al final acabarás tus días con un viejo rico y avinagrado.

—Si el final se ha de parecer al comienzo, eso parece.

—Soy pobre pero aunque mis manos se rebelaran a la hora de llevarme el pan a la boca jamás se pondrían sobre ti.

En ese momento, cuando la conversación estaba ya toda encrespada, pasó cerca de ellos el muchacho cojo que revendía las ofrendas:

—¡Idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Ahrimán...!

Inanna tuvo una idea. Detuvo al cojo, diciéndole:

—Dame una seda.

El cojo se la dio e hizo una pequeña reverencia al recibir las monedas.

—Gracias, señora.

Inanna se dirigió a Isaías:

—La ofreceré por ti a mi patrona.

Pero Isaías, molesto por la idólatra ofrenda, rechazó colérico aquel gesto de buena voluntad:

—¿Por quién vas a ofrecer la seda? ¿Va a ser a Dios?

¿Será por Dios? ¡Qué sabrás tú de Dios!

Por un momento, Inanna temió que aquel hombre la atacase. Parecía a punto de arrancarle la seda de las manos. Pero éste, haciendo un gesto de desprecio, se marchó con aire disgustado.

Inanna entró en el vestíbulo y, colocando la seda en el altar, quemó incienso; oró por aquel hombre de rodillas, con las palmas vueltas hacia arriba.

Mientras tanto, la mañana avanzaba. El Sol ascendía en su curso por el cielo, pero el frío no abandonaba las calles. Aquella misma se iba llenando poco a poco de gente de todas las naciones, clases, lenguas, razas y religiones. Había negros etíopes, de fornidas espaldas desnudas brillando aceitadas a la luz diurna; indios delgados con un punto pintado entre los ojos; jonios de bucles rizados, de las colonias griegas de la costa de Lidia; rubios aqueos del Ática y el Peloponeso, de más allá del mar; y rubios también, dorios espartanos, de conducta temible y con las manos y los pies más expertos para el hurto que cualesquiera otros en la ciudad. Los mercaderes pregonaban sus géneros en varios idiomas, alabando sus virtudes y sus precios. Los camellos escupían al pasar junto a los caballos finos y delgados de los árabes, que caracoleaban imperiosamente entre la multitud. El piso se iba llenando con las inmundicias de los animales. Bueyes, mulas, asnos, corderos, cabras, vivos y muertos, transitaban y se ofrecían colgados, abiertos de arriba a abajo, en los puestos. No muy lejos del Templo, había dos hombres que se calentaban en unos leños a la puerta de una vivienda de adobe, de aspecto humilde. Los dos eran morenos, casi ancianos, de facciones arrugadas. Se sentaban en sendas piedras, inclinados hacia el fuego, al que exponían las palmas de las manos para frotárselas de vez en cuando o llevarlas a la boca a calentarlas con su propio aliento. Uno de ellos tenía un parche en un ojo. El otro, una cicatriz en la mejilla. El del parche le dijo al otro:

—Y que no llueve.

—Va a ser verdad—. Respondió el otro en tono lastimero—. De entre todo lo que dicen los augures, que algo anda perturbado en las alturas. El Persa amenaza con subir, las cosechas se secan y el gran padre Éufrates mengua cada día. ¿Qué será de nosotros? ¿No es bastante con sacrificar cien toros por jornada? ¿Habremos de volver a las antiguas costumbres homicidas? Y ¿qué sangre ofrecer? No sabe uno si aplacarlos con el parto, si hacer la guerra

al Persa, si ofrecerle rubios jonios o capturar los árabes del profundo sur. De entre todo lo que dicen, nada hay más claro como lo que es manifiesto a todo el mundo: que no llueve, que las fronteras peligran y que el río se seca.

—Y el rey cazando. Yéndose de pesca.

—Las tablillas civiles del viejo Hammurabi han caído en desuso. Nadie las obedece ya y su progenie se extiende cada día, para ir al paso de los tiempos. ¡Querer cubrir de letras la ley de la ciudad! No sabe uno de qué o de quién fiarse. Todos los días amanecen con un nuevo rumor. ¿Qué será de Babilonia?

De pronto, el del parche se levantó sobrecogido por un súbito temor:

—¿Qué ha sido eso? ¿Ha temblado la tierra?

Por el otro extremo de la calle hizo su aparición el anciano padre del Rey rodeado por su séquito. De entre la multitud, los que no le abrían camino eran apartados a latigazos y empujones por su guardia. Pero la mayoría se apartaba respetuoso nada más verlo, porque todos en la ciudad le querían y le admiraban: había hecho mucho por el Imperio de Babilonia. Desde la otra punta de la calle, el de la cicatriz advirtió la presencia de la comitiva.

—Es posible. Yo no he notado nada. Mira, por ahí viene la comitiva real. ¿Es el anciano real el que viene rodeado de los suyos? Es. Bajo su imperio fuimos fuertes. ¡Lástima que el hijo no haya salido al padre...!

El anciano real avanzaba a paso lento y solemne, con los ojos entrecerrados, sin alterarse lo más mínimo por la perturbación que su presencia producía en la calle. Lucía una espesa barba blanca y cabellos largos, también canos, echados a la espalda, y caminaba erguido a pesar de la tripa crecida por los años y los banquetes regios. Cerca de él estaba Urnamma, ministro de la corte, criado desde siempre en Babilonia, en los palacios del Rey. Jamás había llevado espada y el viaje más lejano que había hecho apenas le alejó unos pocos parasangas de las murallas de la ciudad. Casi sin mirarlo, aquél le preguntó a éste:

—¿Cómo va mi torre?

—Señor, reposaréis cerca del nido de las águilas, allí donde Marduk juega con Ishtar y el buen Ormuz mantiene a raya al pérfido Ahrimán. Haréis eterna compañía al brazo de los fuertes. Un piso nuevo completamos cada día.

—Y, por todos ellos, ¿no era bárbara nesciencia la costumbre egipcia de enterrarse bajo piedra? ¿En qué cabeza cabe? El Rey de Babilonia reposa para siempre en la juntura misma del cielo y de la tierra; surtidores perpetuos rebosan de su tumba, alimentando los vergeles que las aguas primigenias hicieron florecer en sus riberas. Metáfora o no de los dioses, lo que haya de quedar de mí en este bajo mundo habrá de alimentar leyendas.

—Tenedlo por seguro, buen señor.

—Para eso combatí en mi juventud. En manos de mi hijo ahora está la guerra. A mí sólo me queda pensar en el final.

—Y bien que la conduce, buen señor.

—Eso creo. Aunque hay ministros maliciosos que me hacen llegar rumor de descontento con el pueblo. ¿Habrase visto?

—No miréis abajo, majestad. Vuestra vista debería elevarse a las alturas, como guía y conductor de ceremonias que aún sois. Allí reside vuestro propio hogar. Aún tenéis mucho que darnos, aunque ahora las cargas principales del poder reposen en los más jóvenes hombros de vuestro sabio hijo.

El anciano real murmuró como para sí mismo:

—Dicen que el Persa amenaza de nuevo nuestro Sur.

—Despreocupaos. La milicia no ha cedido un ápice desde que le enseñasteis disciplina.

Volviendo la cara hacia él, el anciano preguntó:

—¿La molicie has dicho?

—No, majestad. Mas retiraos. ¿No os apetece regalaros un festín en los jardines de palacio? Haré que maten un buey de cuernos recamados. Será un festín agradable a las alturas.

—Todo sea por la patria... Vamos.

Sin apretar el paso, la comitiva recorrió el resto de la calle, hasta salir por el otro extremo, en dirección a los palacios reales.

Una vez desapareció, la normalidad volvió a esta; el respetuoso silencio se transformó en vocerío y pregones. Un hombre alto y corpudo, de aspecto duro y decidido, con varias cicatrices en la cara, avanzó entre la multitud. Su ceño estaba arrugado y parecía estar de un humor que no aguantaba bromas. Portaba una espada y, por su capa y su atuendo, denotaba ser soldado del Rey Nabónidas. Llegó hasta el Templo abriéndose paso y subió a toda prisa sus escaleras. En el vestíbulo se reunió con Inanna. Las facciones de ella se alegraron al instante. Utu, que así se llamaba el soldado, le preguntó directamente:

—¿Ha venido?

—Otra vez.

—Temo por lo nuestro. He oído rumores de que el Rey, necesitado de mercenarios por la guerra que se prevé inminente, va a promulgar un nuevo impuesto sobre vuestras dotes; ya no valdrán palabras dadas, juramentos familiares ni acuerdos sagrados; la puja más alta se hará con la muchacha. Es posible que nuestra promesa se malogre.

—Mi voluntad está contigo, Utu, pase lo que pase.

—¿De qué me ha de servir? Eres mi prometida y no podré gozar de ti hasta que se cumpla el año de tu servicio en el Templo. Llevo mi entera vida esperando un momento que las actuales circunstancias pueden diferir eternamente. Yo no soy precisamente pobre, pero mi patrimonio no puede competir con el de la casa de ese hebreo; cuando pienso que puedes caer en sus manos para siempre, me arde la sangre a la altura del cinto de mi espada. ¡No lo consentiré!

Inanna le puso una mano en el brazo que ya empuñaba el pomo del arma.

—Ten cuidado, Utu. Su familia es protegida de la corte y gozan de palabra delante del Rey. Si derramas su sangre, podría caerte encima la real venganza. Ándate con ojo.

Utu pareció tranquilizarse. La mano se relajó sobre el metal. Y su voz se había suavizado cuando dijo:

—Bueno, he de volver al cuartel.

Se besaron en la boca, violando levemente los sagrados preceptos de no tocarse hasta el día del esponsal.

—Ve con los dioses, amor.—le dijo Inanna al despedirse.

El Sol siguió su curso ascendente por el cielo. La mañana transcurrió sin más. Al mediodía, los mercaderes comieron en sus mismos puestos, aprovechando la hora de más tranquilidad. Los hombres de la lumbre comieron un cuscurro de pan duro a la puerta de la cabaña, sin apartarse del fuego. El Sol apenas calentaba, aunque el cielo, al que de vez en cuando echaban miradas especuladoras, estaba despejado. No parecía que fuese a llover y esto los desanimaba más, porque sólo significaba que seguirían pasando hambre. A media tarde, la calle volvió a animarse. El cojo siguió recorriendo las cercanías del templo y los oferentes se le acercaban para comprar sus mercancías y subir las escaleras del templo, donde esperaban las sacras prostitutas. Al ir apagándose la luz, las primeras estrellas se hicieron visibles. Por esa hora apareció un sacerdote, cargando una mesa desplegable y varios instrumentos. Se situó en una pequeña plazoleta pavimentada que había a mitad del recorrido. Era un lugar despejado donde solía aprovechar que las calles se vaciaban en el momento en que las estrellas se hacían visibles para observar los astros. Desplegó la mesa, colocó sobre ella varios pergaminos e instrumentos de escritura y se puso a observar el cielo con un tubo vacío montado sobre un trípode. Mientras lo hacía, iba discurrendo para sí de la siguiente manera:

—La tarde cae. El Sol hincó la rodilla cada día hasta postrarse en el lecho nocturno de las aguas, donde se apaga. Me gusta mi trabajo. Aquí, en Babilonia, los que sabemos leer en el libro de los astros somos estimados sobre todos. Ahí va una prueba: cuando este año anunciemos el eclipse inevitable que se ha de producir se ha de tomar a mal augurio. Mas cuando vean los legos que el Sol se apaga en medio de sus días llenos de trajín, volverán su vista hacia nosotros, suplicando que empuñemos la vara que rige sus asuntos. Así gozamos de gran estimación y la ciencia babilonia es admirada y buscada por naciones extranjeras. No es extraño, de

otro lado, el renombre del que gozamos fuera. Yo mismo me maravillo que el hombre, criatura tan baja y tan pequeña, sea capaz de adelantarse al futuro de los astros y predecir las catástrofes que anuncian, la sequía que ha de venir o el año de fuertes aguaceros.

Así estuvo un buen rato, disfrutando de su tarea, observando el cielo por su tubo, mientras hacía cálculos que anotaba en el pergamino. Cuando la noche cerró, el frío se hizo insoportable. Entonces recogió su mesa, papeles e instrumentos y con ellos se perdió en la calle casi vacía, pensando para sí:

—Mejor será que vaya a urgir a mis colegas sobre el público pregón que hemos de dar. Aunque no guste en la calle, ni al mismísimo Rey, nuestra casta afirmará otra vez su autoridad.

Sin fijarse en él, se cruzó con un extraño de aspecto cansado, vestido con ropas polvorientas, que parecía venir de un largo viaje. El hombre caminaba a grandes trancos con un largo y nudoso bastón de peregrino. El cojo, que todavía rondaba por allí, hizo un último esfuerzo:

—¡Vendo idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Arimáhn y al dios de Ormuz!

El extraño se acercó a él y le compró un artículo. Después se dirigió hacia el Templo y, subiendo sus escaleras, se perdió en el interior. Los hombres de la leña contemplaron la escena. El del parche le comentó al de la cicatriz:

—Ahí va otro.

—Se dice que la antigua usanza era que las muchachas salieran tan vírgenes del servicio de los dioses como en él entraron. Yo he oído, en mi niñez, historias referidas por los viejos del lugar sobre cómo comenzaron a apostarse en los templos toda suerte de mendigos, enamorados, poetas y gente de tal calaña. Al final perdióse la virtud y como la costumbre hace la ley ahí ya no entra una que no pase por mil manos.

El del parche le preguntó a su amigo, un poco ansioso.

—¿Tienes calderilla?

—Ni un céntimo.

En el interior del Templo Inanna salió al vestíbulo a ofrecerse, porque había oído el incienso que quemaba el extranjero, al que encontró de rodillas, con las palmas vueltas hacia el cielo. Y, creyendo que tal vez no hablaba su lengua, se esforzó por insinuarse con el gesto.

—Extranjero que vienes de camino, no escuches mis palabras, fíjate en mis labios. Ya que has dejado atrás lo que fue, no mires lo que será; ven y entremos en la cámara sagrada.

Tomándole de la mano le hizo cruzar el patio, en el que sólo se escuchaba ya el rumor de una fuente, y lo metió en su cámara sagrada.

El día siguiente, en la misma calle, amaneció de la misma manera y con el mismo frío. Los mercaderes madrugaron para montar sus puestos. Los hombres de la cabaña de adobe salieron a su puerta y, prendiendo la lumbre desde muy temprano, se sentaron en sus piedras a ver pasar el tiempo. Isaías, como de costumbre, paseó por la calle, sumido en sus pensamientos. A media mañana, un incidente alteró la rutina: varios soldados abrieron paso al heraldo real hasta una plataforma hecha de obra colocada en un punto de la calle. La gente, incluidos los mercaderes y el cojo, enmudeció, agolpándose alrededor del pregonero. Los hombres de la lumbre no se movieron de ella porque el estrado les caía cerca y podían escuchar al heraldo. Además, tampoco les interesaba mucho lo que éste tuviera que decir porque, al hacerse viejos, habían descubierto que la vida era siempre la misma y que ninguna novedad podía cambiarla. El heraldo, de pie sobre el estrado y cubierto por los guardias, leyó del pergamino en voz alta.

—Se hace saber... que por pública necesidad... las sacras prostitutas de los templos serán subastadas al mejor postor... dinero o especie que irá a parar al erario del rey... Así mismo... se avisa de que los que estén prestando servicio en la milicia... deben permanecer acuartelados y en todo momento en contacto con sus mandos... Por lo que respecta a la primera disposición... no habrá más servicios religiosos este año, exceptuando en los templos donde resten muchachas por las que nadie puje... Por lo que respecta a la segunda... la pena por infracción quedará a disposición del mando superior del soldado, incluyendo la pena capital. Todo esto se comunica al pueblo sancionado por el sello real y no conocerá excepción.

Después de lo cual, al tiempo que la multitud se dispersaba entre rumores, comentando las noticias, enrolló su pergamino y, cubierto por la guardia, marchó calle adelante hasta desaparecer.

Los dos hombres de la leña lo habían oído todo. El del parche le dijo al de la cicatriz.

—Se prepara la guerra.

—La eternidad congelada en un instante... Como en una pintura.

—¿Tú militaste?-Preguntó el del parche.

—Con el viejo padre del Rey.

—Yo pude pagar la excepción del servicio. Entonces las cosas me iban bien.

—Ahora es el turno de los jóvenes.-Aseguró el de la cicatriz.

—¿Tenemos algún buen líder?

—He oído cosas sobre un tal llamado Utu. Buen soldado y al que las demás promesas quieren mucho.

La mañana transcurrió sin más. Llegó la hora de comer y el tráfago se sosegó. Los hombres de la leña comieron su bodigo de pan duro. Isaías se sentó en las escaleras del Templo, comiendo alguna fruta comprada en un puesto. Las moscas salían a pasear a la hora de la siesta, cuando más calentaba el sol, y circulaban sobre la carne de los terneros y las cabras, que abierta en canal colgaba de los ganchos. Pasó la tranquilidad y, a media tarde, el cojo, ya bien comido, salió a vender su mercancía.

—¡Vendo idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Arimáhn y al dios de Ormuz!

Isaac apareció en la calle. Llevaba un ramo de rosas, cogidas en el mismísimo jardín de los palacios del Rey, quien era amigo suyo de la infancia, joven como él y compañero de sus juergas y jaranas en los oasis árabes. Hoy iba a presentar a su padre, que tanto le decía que sentase la cabeza, a la futura madre de sus hijos. Iba a alzarse con Inanna aprovechando la nueva ley, que ya se había hecho pregonar por toda la ciudad. Para ello llevaba bajo el manto, colgada del cuello, una bolsa bien nutrida con monedas de oro. No había regateado a la hora de llenarla y calculaba que sería suficiente. De todas formas, no importaba. Si no bastaba con aquello, ofrecería más a las arcas del Templo. A mitad del recorrido se tropezó con el cojo.

—Dame un cabezón.

—Toma.

En vez del cobre habitual, le dio una moneda de oro. El cojo, al ver brillar el metal, sintió que le volvía a crecer el pie que el hacha del verdugo, tiempo atrás, había cercenado a la altura del tobillo y que ahora sustituía con un taco de madera.

—¡Vaya, gracias, señor!—. Exclamó, lleno de alegría, al tiempo de hacer una reverencia sonriendo. La vida estaba llena de tontos, pensó mientras decía—. ¡Que los dioses le acompañen!

Isaac siguió su camino con una sonrisa en los labios, henchido de felicidad por lo mucho que la vida le había dado cuando, por el otro extremo de la calle, caminando en dirección a él, apareció Utu. Caminaba con la mirada torva y decidida, apartando sin miramientos a todo el que se le cruzaba. Isaías, que desde las escaleras del Templo disfrutaba del Sol en una postura relajada, terminado su parco refectorio, se incorporó de inmediato, aunque sin levantarse. Alarmado, había advertido la presencia de Utu, así como las intenciones de Isaac y temía el encuentro que había de producirse. Pero, sin saber bien qué hacer, se quedó expectante.

Casi al pie del Templo, Utu le cerró el paso al muchacho poniendo una mano en su pecho.

—He venido a darte un aviso. Considérate un privilegiado.

A Isaac se le borró la sonrisa de los labios. Preguntó, sin salir de su asombro:

—¿Quién eres?

—El prometido de Inanna. Y por los juramentos familiares que cruzamos ella y yo allá por nuestra infancia, si te alzas con ella te aseguro que te mato.

Isaac observó mejor el aspecto de su oponente. Tenía cara de estar diciendo la verdad. Sus ropas eran las de un soldado. Además, bajo la capa asomaba la punta de una espada.

—Veo que llevas espada. ¿Eres soldado? Podría denunciarte por abandonar el cuartel.

Utu le arrebató el ramo de rosas y lo tiró al suelo. La gente que pasaba comenzó a abrir un círculo en torno a ellos, apartándose de la refriega pero sin dejar de mirar.

—Tira eso. ¿No has oído que estoy dispuesto a todo? Te digo que te reunirás con Arimáhn antes de que te cases con Inanna.

—Eso está por ver.

Utu le abofeteó sin más. Isaac levantó un puño, pero su oponente fue más rápido. Le golpeó de nuevo en la cara, esta vez con la mano cerrada. Echándosele encima, le derribó en el suelo, donde continuó golpeando repetida y brutalmente. Isaac trató de hacerse un ovillo pero, de una patada en la cabeza, Utu lo hizo tenderse cuán largo era, sin dejar de atizarle. Otra patada en el pecho rompió su bolsa con las monedas de oro, que se desparrramaron tintineando por el suelo. A pesar del brillo del metal, nadie se movió. Isaac terminó arrastrándose, mientras sangraba impotente para huir de la lluvia de golpes. Finalmente, quedó quieto entre sus rosas y su oro. Utu desenvainó, dispuesto a rematar, en medio del silencio de la gente que les rodeaba. En ese momento, Isaías, que había contemplado la escena consternado entre los que se habían reunido para ver el espectáculo, se adelantó con empujones hasta la primera fila y allí quedó temblando. Utu se dirigió a todos ellos en altas voces, con la espada en la mano:

—¡Desde aquí lanzo un aviso! ¡Esta es la suerte que le espera a todo aquel que puje por Inanna, sacra prostituta que sirve en este Templo! ¡Decid a todo el mundo de mi parte que ella pertenece a Utu, caudillo de los ejércitos del Rey!

Entonces alzó la espada sobre aquel cuerpo tendido e inerte. De repente, sin saber por qué, Isaías se arrojó a los pies de Utu, cubriendo con el suyo el cuerpo de Isaac:

—¡No buen señor, eso no! Tened clemencia con él. ¡Os lo suplico! Yo le haré entrar en razón. ¡No, buen señor, eso no!

Utu vaciló. La espada seguía en alto. Pero Isaías arreció en sus súplicas y lágrimas, temblando de pavor. Entonces el arma descendió lentamente y volvió a su vaina sin haberse manchado con la sangre del muchacho.

—Está bien—. Musitó Utu secamente—¿Escuchaste nuestra conversación?

Isaías logró sacarse la voz del cuerpo:

—Sí, buen señor, y conozco la causa del problema que hay entre vosotros.

—Yo no tengo ninguno. Sólo es él quien lo tiene. Asegúrate de que lo entienda si no quieres que lo mate.

Llorando del alivio, Isaías contestó:

—Por todo lo nacido, que ha de perecer, y por lo más inmortal que haya, buen señor, le haré entrar en razón.

—Está bien. De momento, me conformo. He de volver al cuartel.

—¡Gracias, buen señor! ¡Que los fuertes guíen vuestra espada en la batalla!

Utu marchó por el espacio que la multitud, asustada, le abrió de inmediato. Acto seguido, en cuanto desapareció, la gente se abalanzó sobre el oro. Isaías no pudo hacer más que tratar de proteger el cuerpo maltratado de Isaac en el tumulto. Terminada la rapiña, resueltos los empujones y peleas por cada moneda, la turba se dispersó, cada cual comentando lo suyo. Isaías quedó solo, intentando hacer volver en sí a Isaac.

—¡Agua!—suplicó.—¡Un poco de agua!

Nadie parecía escucharle. Todos parecían haber obtenido ya lo que querían de aquello.

En ese momento apareció Inanna en la cima de las escaleras del Templo. No había presenciado el espectáculo, por estar prestando un servicio. Pero, cuando vio el cuerpo tendido y ensangrentado de Isaac entre las rosas, y las lágrimas de Isaías, supo de inmediato lo que había pasado. Suspiró con pesar, y bajó las escaleras, acercándose para ayudar, porque Isaías se esforzaba en vano. La sacra prostituta, agachándose junto al cuerpo, dijo:

—Sabía que pasaría esto. Deja que te ayude.

Pero Isaías, exasperado por la cólera frustrada, y a pesar de saber que arriesgaba su vida al insultarla así, abandonó sus esfuerzos y, levantándose, no pudo contenerse:

—¡Aléjate de él, so perra! ¡No queremos tu ayuda!

Inanna no perdió los estribos. Se puso en pie y, serena, le replicó:

—Muy bien. Pero dile, si despierta, que aunque la nueva ley esté de su parte, mi voluntad está con Utu, cuya espada pende sobre él. Que no lo olvide.

—Se lo diré. Y ahora, vete de aquí.

Inanna desapareció en el interior del Templo.

Los hombres de la leña no se habían movido del sitio pero, como lince que eran, y a fuerza de tanto contemplar, estaban al tanto de todo. El del parche le dijo al de la cicatriz:

—¿Has visto eso?

—Se pelean por ella. Cuando las ganas de follar aprietan no hay dios capaz de interponerse.

—Sí, pero para follar sirve hasta una cabra. Mientras que estos dos están enamorados de la misma mujer.

—Cierto. Él debe de ser el mismo Utu del que antes te hablaba. Nunca antes le había visto la cara. Al otro le conozco de vista y de oídas. Viene mucho por aquí y entra en el templo cada dos por tres. No es más que un perro hebreo de padre enriquecido con la lana.

Para sorpresa de ambos, Isaías, que no había conseguido despertar a Isaac, se les acercó. Y en un humilde y lastimero tono, turbado por lo intenso de las pasadas emociones, les comenzó a decir:

—Buenos señores, ustedes han visto lo que ha pasado...

—Nosotros no hemos visto nada.

Isaías se irguió con cierto orgullo, a la vez que su voz adquirió un timbre aristocrático, casi amenazador:

—Yo no vengo en busca de testigos, si no de caridad.

—¿Caridad?— contestó el de la cicatriz, sin dejarse impresionar— Y ¿qué significa esa palabra? No la había oído en mi vida.

La voz de Isaías retornó a tonos más humildes, casi irónicos:

—Dejad que os la explique: mi amigo no consigue reponerse y necesito ayuda para llevarle a mi casa. No consigo cargar con él. ¿Seríais tan amables de echarme una mano? No vivo lejos de aquí.

—¿Nos pagarás por ello?—. Preguntó el de la cicatriz.

—Con lo poco que tengo.

—Pues no se hable más.

Los tres hombres cargaron con el cuerpo. Lo metieron en una cabaña humilde, pero limpia, que había en un callejón lateral. Frente a la cabaña había un corral en el que picoteaban algunas gallinas. Una hermosa mujer morena, entrada en años, de aspecto aseado, tendía unos trapos sobre unas cuerdas, entonando canticos en una lengua desconocida para el del parche y el de la cicatriz. Dos niños correteaban frente a la puerta, jugando a cogerse el uno al otro. Reían y parecían felices. Tras poner en una cama al malparado, los dos hombres esperaron en el umbral de la choza, observando a los niños y a la mujer quien, sin haber hecho una sola pregunta al que era su marido, se aprestó a llevar una lámpara encendida en el hogar hasta el dormitorio en el que Isaac ya reposaba. Isaías salió para entregarles unas pocas monedas de cobre. Con ellas, marcharon a comprar una jarra de vino de la tierra y regresaron a su lumbre a consumirla. En ello les cogió la noche. Un día más había transcurrido en Babilonia.

Isaac permaneció tres días inconsciente durante los cuales ,un preocupado Isaías no se apartó de la orilla de su cama. Él y su esposa le lavaron las heridas con aceite y agua limpia. Ya no sangraba, pero tenía el cuerpo cubierto de moratones. No le pudieron alimentar porque el muchacho no despertaba. Parecía dormir apaciblemente, respirando profundamente. Isaías no era médico, ni tenía dinero para pagarle uno. No sabía nada de tal arte, y aunque hizo lo mejor que pudo, no dejó por ello de temer por su vida. El primer día, al tocarle la frente, creyó que el enfermo tenía fiebre. Pero esta pareció remitir en los dos siguientes. De vez en cuando, Isaac tosía y murmuraba en sueños. Con el ceño preocupado, sentado en una silla junto a la cama, Isaías se preguntaba si la familia de aquel rico heredero le estaría buscando. Y qué preguntas tendría que responder él en caso de que falleciera bajo aquel techo. Se consoló pensando que quizás no era la primera noche que pasaba fuera de casa y que era posible que su familia le supusiese embarcado en alguna juerga prolongada, en compañía de otros como él.

Durante los tres días que permaneció inconsciente, Isaac tuvo tres sueños. El primer día soñó con un camino empinadísimo, que subía hasta una cumbre aparentemente inaccesible. Él, al pie de la montaña, descubría a su lado a Inanna, quien le tomaba de la mano. Isaac la echaba sobre sus espaldas, cargando con ella como un asno, y emprendía el ascenso. Pero además del peso, la nieve y la fuerza de las ventiscas le volvían la carga insoportable. A medida que ascendía, sus fuerzas menguaban. Finalmente, a mitad del camino, él doblaba la rodilla, envejecido por los años y los esfuerzos, e Inanna desmontaba. A él apenas le quedaban fuerzas para vivir. Tumbado en la nieve, mientras moría, observaba cómo una Inanna radiante, sonriente, quien parecía no haber envejecido lo más mínimo, se dejaba deslizar feliz sobre la nieve, cuesta abajo,

sin ningún esfuerzo, hasta el pie de aquellas cumbres. Lo último que veía era que otro hombre la esperaba en el mismo lugar donde él había comenzado el ascenso. Después, el frío y los años le mataban.

El segundo día soñó que se hallaba a la orilla de un río, en un soto florido. Estaba solo, o eso creía él al principio. No había nadie a la vista. De pronto, advertía que había una barca fondeada en la mitad del río, atada a un poste que sobresalía para que no se la llevase la corriente. Una voz misteriosa, entonces, de una increíble ternura y suavidad pero que, al mismo tiempo, traslucía estar respaldada por un poder inmenso, que él nunca antes había conocido ni llegado a imaginar, le decía que embarcase. Él obedecía gustoso aquella voz. Se desnudaba y atravesando la mitad de la fría corriente montaba en la barca. Esta carecía de remos, pero, de alguna manera, él advertía que no los iba a necesitar. Desatando la maroma, se sentó en mitad de la embarcación, con las piernas cruzadas frente a él. La corriente inmediatamente le arrastró. Pero el viaje fue dulce y delicioso, tranquilo y sosegado; porque los rápidos le respetaron y después, la corriente se amansó. Finalmente, el río se ensanchaba hasta desembocar a un mar inmenso en el que se ponía el Sol. Aquí, su sueño terminaba.

El tercer día soñó ser un volánico, una semilla de algodón o de alguna otra planta. En una primavera cálida y esplendorosa, el viento le arrancaba de su flor. Soñó que ascendía en manos de aquel aire perfumado, remontándose a alturas superiores a las de la torre que el anciano padre de Nabónidas se estaba construyendo. Desde ellas descubría paisajes, pueblos y montañas, atravesaba océanos y finalmente, tras haber contemplado todo el orbe, era depositado en una isla situada en la mitad del mar, en la que, echando raíces, florecía. Aquí terminaba su sueño.

Al tercer día despertó, en medio de dolores. No recordaba absolutamente nada de estos sueños. De hecho, no recordaba ni siquiera los sucesos que le había llevado hasta allí. Emitió un gemido e Isaías, quien estaba sentado en la silla, sumido en sus preocupaciones, de inmediato, se levantó y salió de la habitación para dar una orden. Regresó al instante y se sentó en la silla. Al

poco rato entró su esposa, quien depositó un cuenco humeante sobre una mesa de madera, junto a la cama.

—Gracias, mujer.

Ella salió sin decir palabra. Isaac volvió a quejarse. Isaías le puso una mano en la frente. No parecía tener fiebre.

—Te pondrás bien—. Aseguró—. Si cambias de parecer.

Isaac abrió los ojos y miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa.

—¿Qué me ha pasado?

—Utu te dio una paliza. Cuando iba a rematarte con su espada, me interpose.

—Gracias.

—Dáselas a Dios. De Él proviene todo lo bueno.

—Le denunciaré. Es soldado y estaba fuera del cuartel.

—Te suplico que no lo hagas.

—Me golpeó injustamente.

—Lo dudo mucho. Tú pretendes a la que es suya.

—De todas formas, me haré con ella. Ninguno en esta ciudad sobrepasa las riquezas de mi padre.

Isaías suspiró y tomó el cuenco humeante.

—Come.

El huésped le dio al enfermo de aquel guiso. Cuando hubo terminado, depositó el recipiente vacío sobre la mesa.

—Estás enamorado. Te comprendo. Pero tú debes entender que por encima del amor de mujer está el amor a Dios.

—Yo cumplo con Enlil. Es mi favorito.

—Éso es lo que trato de meterte en la cabeza. Que no hay otro Dios más que el de tu pueblo Israel y que se lo debe amar por encima de todo en este mundo.

—El dios de nuestro antiguo pueblo— Isaac hablaba consigo mismo—. No lo conozco. Me criaron en la religión de esta ciudad. Háblame de él. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Tiene algún templo por aquí?

Isaías levantó un dedo hacia el cielo.

—Él es el único que existe. Sólo uno. No hay otro. Él no puede compartir el amor de sus hijos con figurillas, ídolos, mujeres y amuletos. Su templo es el Universo, pues Él lo creó para dar cobijo a sus criaturas. Pero más allá de este su templo, que a fin de cuentas hemos de abandonar tarde o temprano y que al final también perecerá, se halla Él con su Justicia. Y está por venir. Su Hijo vendrá a Israel, como está profetizado. .

—¿Cuándo vendrá?

—No se sabe. Pero debemos amarle más que a nada en este mundo, porque Él no es de aquí, si no que viene de antes, de más allá del Universo, desde la casa de su Padre.

—En este momento lo que más amo es el contacto con Inanna. No puedo amar a ese Dios que me dices más que a ella. Isaías pareció ausentarse de la conversación y habló como para sí mismo.

—El principal atributo del Padre es su Generosidad, pues Él, que lo hizo todo, nos ha de entregar a su Hijo, que es lo más querido para Él.

—Yo daría mi vida por Inanna.

Isaías volvió su vista hacia el enfermo. El tono de su voz era de enorme seriedad.

—En esto te pareces a Dios, porque no hay acto más generoso que dar tu vida por la de alguien. Pero debes entender que ella no lo desea. No te ama. Eso es lo que debes meterte en la mollera.

Isaac chascó la lengua y suspiró.

—Lo sé. Pero eso se puede remediar. Intentaré hacerme digno de su amor.

—No cambiará nada. Por mucho que hagas, por mucho que te alces o te arrastres, ella ama firmemente a Utu, caudillo de los ejércitos del Rey. También debes entenderla a ella.

—No importa. Haré que se enamore de mí. Yo también sé ser valiente.

—Ya lo sé. Hace tres días lo demostraste. Pero te repito que pretendes un imposible.

—Ese Dios de nuestros antiguos... ¿Es poderoso?

—Lo puede todo.

—¿Podría hacer que Inanna mudase de corazón?

—Sí.

—Enséñame, pues, alguna prez, sortilegio, sacrificio o tributo con el que pueda honrarle.

—Más bien deberías preguntarte, como hago yo, qué se propone Dios al enfrentar el amor de dos hombres, que es un sentimiento noble y generoso, y que fue el que le movió a crear el mundo, por la misma mujer. Uno de los dos debe perderla. Aunque sea predicar en el desierto, porque los enamorados no entran en razón, te digo que serás tú. Y que puedes perder mucho más que una mujer. Piensa en ello.

En este punto de la conversación, Isaías se levantó de la silla.

—Descansa. Puedes quedarte aquí hasta que te repongas por completo.

Y salió, dejando a Isaac sumido en sus dolores y sus amorosos pensamientos.

Al cumplirse la semana de reposo, el enfermo pareció dispuesto a irse. Aún le dolía todo el cuerpo y los verdugones seguían siendo visibles en él. Pero a la mañana se levantó y vistiéndose, le dijo a Isaías.

—Voy a presentar mi denuncia. Te pagaré gustoso y largamente por tu ayuda.

—No quiero tu dinero. Quiero que te quedes y descanses algo más. Apenas puedes caminar. Y, cuando lo puedas, quiero que vengas más por mi casa. Pero, sobre todo, quiero que te olvides de esa mujer, porque será tu perdición. Olvida tu denuncia. Olvídala, por lo que más quieras. Olvídate de Inanna.

—No puedo. Si no quieres mi dinero, acepta mi amistad. Vendré más por tu casa. Pero, en lo que a ella respecta, no cejaré en mi empeño. La ley está de mi parte.

Isaac salió cojeando levemente. Isaías le acompañó hasta la puerta y allí le despidió. Se quedó en el umbral, observando cómo el muchacho se alejaba. Entonces murmuró:

—Esto acabará con su sangre. Señor, hazle entrar en razón.

Ése mismo día, y a esa misma hora, Nabónidas, el rey, paseaba por los jardines de palacio, entreteniéndose en coger de vez en cuando alguna flor para oler su delicado perfume. Le acompañaban su ministro Urnamma y Dumuzi, también consejero real. Éste, nacido en Babilonia, había viajado bastante, y en su juventud, militado en varios ejércitos. Por aquellos días se hallaba muy preocupado por la situación del reino. Pero lo que más le fastidiaba era el aparente descuido con que el rey se tomaba la amenaza que se cernía sobre Babilonia. Aquella mañana había decidido hacer frente al soberano y sólo esperaba la ocasión propicia para ello. Cuando el rey tomó una flor que él había visto abundar en los prados de Persia, pero cuyo nombre ignoraba, no pudo aguantar más. Y dijo:

—Majestad, necesitáis más mercenarios.

El rey, sin inmutarse, con los ojos entrecerrados, aparentemente perdido en la fragancia, preguntó:

—¿Por qué?

—El conflicto con Ciro es inevitable.

—¿Y qué hay de nuestras tropas?

—Son pocas. Y, majestad, con todos los respetos mi opinión es que las habéis descuidado. Creo que los largos años de la paz han traído el olvido de las virtudes militares y no se hallan preparadas para resistir las fuerzas que el Persa ha reunido.

En este punto, Urnamma intervino:

—Majestad, no le escuchéis.

El rey se volvió hacia él, un poco sorprendido:

—¿Cómo?

—Vuestras tropas combatirán hasta su última sangre por su Rey. Yo mismo he visitado barracones y cuarteles y os aseguro que respiran el ardor de las batallas. Y tienen un gran líder militar. Todos le siguen y aman a su patria. Las tropas nativas continúan siendo eficaces.

—¿Quién es él?

—Su nombre es Utu. Es de la tierra, su padre combatió con el vuestro.

—¿Me ha sido presentado?

Urnamma vaciló. No sabía cómo decirle al rey que éste jamás había visitado un cuartel, ni hecho una revista.

—Eh... me temo que no, majestad.

Dumuzi interrumpió para decir:

—Majestad, escuchadme. He hecho publicar una ley, que vos sancionasteis sin mirarla, con el objeto de recaudar más dinero para contratar a todo el que podamos reunir.

—Háblame de ella.

—Las muchachas de los templos serán subastadas al mejor postor. Pero me temo que no va a ser suficiente. Tenemos el tiempo muy justo, porque Susa, metrópoli de Ciro, está muy cerca de nosotros. Y no conseguiremos recaudar lo suficiente vendiendo a las sacras prostitutas antes de que el Persa se presente a nuestras puertas con todo su poder.

El rey iba a contestarle cuando advirtió que un sacerdote caminaba apresuradamente hacia ellos por el jardín. Sus ropas estaban descuidadas y al acercarse más, el rey advirtió que le quedaban restos de comida prendidos en la barba. Sin más ceremonias, el sacerdote preguntó directamente:

—¿Interrumpo algo?

—¿Qué deseáis?—preguntó el rey, sin preocuparse por la molestia que su propia voz dejaba traslucir a causa de aquel hombre.

—Majestad, este año habrá un eclipse. Debeis anunciarlo por público pregón.

El rey soltó la flor a sus pies. Decididamente, entre todos se las estaban arreglando para estropearle la mañana. Y contestó de malos modos:

—Lo que nos faltaba. Está bien. Se hará como decís, aunque no sé bien si creeros o no. Como esta vez me falléis, os juro que pagaréis con la cabeza.

—Mi cabeza está sobre sus hombros cuando os dice que habrá eclipse.

El rey dudó. Y preguntó:

—¿Será este año? Ya falta poco para que termine el ciclo de las lunas.

—Eso no puedo asegurarlo con total certeza. Pero el fenómeno se aproxima y, más tarde o más temprano, sobrevendrá. Debéis anunciarlo para que el pueblo no se asuste.

—Se anunciará para este año. Pero como caiga un día después, haré que os decapiten. Y ahora retiraos.

—Sí, majestad.—Contestó el sacerdote haciendo una reverencia. Y acto seguido, regresó sobre sus pasos.

—¿Dónde estábamos?— Preguntó el rey. Urnamma y Dumuzi se le echaron encima, hablando al mismo tiempo:

—Majestad...

El rey estalló, alzando las manos.

—¡Basta, por Marduk! ¡Los dos a la vez no!—Entonces lo pensó mejor y tomó una decisión—: ¡Al diablo! Me retiro a mis aposentos. Ocupaos vosotros del asunto. Si alguien me necesita, decidle que yo necesito un rato para mí mismo.

Dumuzi y Urnamma hicieron una reverencia, diciendo:

—Sí, majestad.

Isaac, camino de palacio, iba pensando en su denuncia. Sabía que su familia tenía suficiente poder e influencia en la corte para hacer que aquel hombre que le había golpeado pasara por el tajo del verdugo. Pero, de otra parte, no quería revelarle al rey, que era amigo suyo de la infancia, el motivo de su denuncia; y ello porque no se fiaba de aquel mujeriego lascivo, al que conocía lo bastante bien como para saber que la metía donde podía, es decir, y como monarca soberano que era, en todos lados. Aunque había compartido a Inanna con otros mil oferentes, no quería hacerlo con aquél. Temía que Nabónidas la incluyese entre las suyas, retirándola a palacio. De otro lado, no podía dejar sin castigo aquella infamia.

En tales dudosos pensamientos estaba cuando entró en palacio. Los guardias le conocían y pudo abrirse paso sin dificultad

hasta las habitaciones del rey, al que encontró abandonado a un copón de oro del que rezumaba el vino. Nada más verle, la cara del rey se animó:

—¡Viejo amigo! ¡Me alegro de verte!

Entonces, aún entre las brumas y el sopor del vino, advirtió los verdugones en la cara de Isaac. Y preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Uno de tus soldados.

—Dime su nombre y haré que lo estrangulen.

—No, déjalo. Vengo a hablarte de otra cosa.

—Vamos, vamos, habla de lo que quieras. Siéntate conmigo y bebe, que todos los dolores los remedia nuestro vino. Hablemos de los viejos tiempos. Precisamente ahora me estaba acordando de aquella muchachita kurda que tanto nos divirtió a los dos. ¿Cómo va tu órgano? ¿Lo mantienes saciado?

—Ahora hay más que eso: verdadero amor.

—Venga ya, no me lo creo.

—Te hablo muy en serio.

—¿La conozco?

—No.

—¿Cómo se llama?

Entonces Isaac se echó hacia atrás, poniéndose de pie, y haciendo una reverencia dijo en tono jocoso y teatral, dijo:

—Majestad, por encima del vínculo de amistad que nos une se hallan el tamaño y la bravura de la picha de vuestra real persona. Por eso prefiero guardar el nombre de ella en secreto.

El rey, después de un momento de sorpresa, soltó una carcajada. Y dijo:

—Siempre hablaste muy bien. Está bien, no te lo preguntaré. ¿De qué venías a hablarme?

—He visto a otro de tus soldados fuera del cuartel, estando las cosas como están, con Ciro a nuestras puertas.

—¿Sabes su nombre?

—Se llama Utu.

—Hoy me han hablado de él. Y me han hablado bien.

—Pues estaba de paseo con una hembra, ambos engalanados tan ufanos.

—¿Es el que te ha pegado?

—No, majestad.

—Vamos, sincérate conmigo.

—Os prometo que no ha sido él. Mi encuentro ha sido con uno tan bastardo que andaba tan borracho como yo. No conozco su nombre. Hemos discutido y peleamos. Nada más.

—¿Y dices que Utu estaba fuera del cuartel?

—Sí, amigo mío. Vigila la disciplina de los tuyos. La guerra se aproxima.

—Haré que le den diez latigazos. Pero vamos, siéntate conmigo y bebe. ¿Te acuerdas de aquella otra...?

La denuncia siguió su curso. Utu, primer líder de los ejércitos del rey, sobre el cual sólo mandaba el mismo Nabónidas, fue metido en un calabozo. El gesto sentó muy mal en el ejército, especialmente en aquellos momentos de peligro en las fronteras; además, todos conocían su problema y respaldaban a su jefe. A esto se sumaba la raza hebrea del denunciante, que era, al menos nominalmente, esclava en Babilonia; un pueblo bajo y sucio que adoraba a un solo Dios, completamente invisible. Todo ello hizo que el encarcelamiento fuese sumamente inoportuno. Pero la disciplina militar fue respetada.

Utu paseó en su celda, sumido en una gran preocupación. Temía que el hebreo aprovecharse aquel encierro para hacerse con Inanna. Allí dentro no podía hacer nada por impedirlo. Si tal cosa ocurría, se dijo, aquel muchacho podía darse por muerto.

Sólo durmió una noche en el calabozo. A la mañana, fue sacado por un respetuoso séquito de guardias y llevado hasta el lugar del suplicio. En éste esperaban un heraldo, de pie, con un pergamino en las manos y un fornido verdugo con un látigo. En el centro de la estancia había una columna con una argolla. Se le colocó frente a ella y empezó a ser encadenado al hierro por uno de los guardias. Mientras tanto, el heraldo desenrolló su pergamino y leyó de él:

—Se ha recibido la denuncia, a la que el Rey ha prestado oídos, de que Utu, líder de sus soldados, violó la ley por la que se prescribía el acuartelamiento permanente de las tropas. Hallándole culpable, el Rey ordena se le den diez latigazos. Procédase.

Uno de los guardias que vigilaban la escena le musitó a su vecino:

—No hay derecho.

Éste respondió:

—Todos conocemos su problema.

Mientras era atado, a Utu casi se le caían las lágrimas de la rabia y la impotencia. De pronto, no pudo soportarlo. Le arreó un cabezazo al guardia que le estaba encadenando y, de un salto, se puso frente al verdugo, al que derribó, a pesar de su tamaño, de un sólo puñetazo en el mentón. Acto seguido, antes de que los guardias se le echaran encima, recogió el látigo y gritó:

—¡Que nadie se me acerque!

Los guardias se detuvieron, con sus armas prestas. Aún con ellas en la mano, sabían que el resultado de un encuentro con Utu era dudoso. Éste dijo:

—Yo mismo me daré los diez latigazos. Y con la fuerza necesaria para que el rey quede satisfecho.

Los guardias, perplejos y expectantes, miraron al heraldo. Éste hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Utu se colocó en el centro de la estancia y pronto en ella sonó el fuerte restallar del látigo sobre sus espaldas desnudas.

El guardia que había musitado a su vecino lo volvió a hacer:

—¡Se los está dando!

—¡Y con fuerza!

Terminado el suplicio, Utu arrojó el látigo a los pies del heraldo, y le habló con un tono en el que se mezclaban el desprecio y la amargura:

—Ahí tenéis. Y decidle de mi parte al Rey que tiene unos súbditos que no se los merece.

Después de lo cual, salió de allí sin que nadie se lo impidiese.

En nuestra calle, la del Templo de Ishtar, la aurora volvió a ser fría. Los vecinos de la cabaña de adobe, que madrugaban todos los días, encendieron la lumbre y se sentaron a ella, observando cómo los mercaderes preparaban sus tiendas, atando las telas a los palos clavados en la tierra para cubrir el género. Camino de extramuros, un pastor pasó aún muy temprano con un rebaño de cabras que balaban lastimeramente, y que dejaron el piso cubierto de pequeñas bolitas negras, esto es, y por su nombre, cagarrutas. Según ascendía el Sol, la calle se fue llenando con la habitual muchedumbre vociferante. A hora punta, a mitad de la mañana, apareció de nuevo el mismo heraldo de días atrás, portando un pergamino. Su guardia le abrió paso hasta el sitial y mantuvo apartado en semicírculo al gentío que de inmediato se reunió frente a él, enmudeciendo para escucharle. El heraldo, consciente de su importancia, desenrolló ceremoniosamente el pergamino y declamó con voz experta, leyendo ~~ese~~ él hace saber... Que los sacerdotes predican eclipse para este año... Por lo que el ciclo de las lunas comenzará a contar a partir de que se produzca el fenómeno... Momento en el cual se realizarán los debidos rituales de purificación... Así mismo... Y como consecuencia de ello... Para satisfacción de los dioses... Las muchachas de los templos por las que nadie haya pujado quedarán liberadas del servicio religioso desde el momento en que se produzca el eclipse... Todo esto se publica para que el pueblo sea consciente de que el Rey y sus sacerdotes mantienen dominadas las alturas y siguen siendo poderosos sobre el cielo.

Los dos hombres de la lumbre lo habían oído todo, porque la gente había escuchado en silencio y el heraldo, escogido precisamente por ello, tenía la voz potente. Mientras la muchedumbre se dispersaba, comentando la noticia, el hombre que tenía el parche en el ojo arrugó el ceño, como si estuviera pensando un poco; después de un rato, preguntó a su amigo:

—¿Y por qué hemos de dar satisfacción a los dioses si mantenemos dominadas las alturas y somos poderosos sobre el cielo?

—A una fiera siempre hay que respetarla, aunque la tengas dominada,

—¿Tú crees en la predicción? ¿Es posible saber de antemano que habrá eclipse?

—A veces aciertan y a veces fallan. Será cuestión de esperar a a ver.

—¿Has visto la torre que se está fabricando el anciano padre del Rey?

—Es descomunal. Se agotan las palabras. Ha superado a todas las que sus antepasados construyeron. Un fiel reflejo de lo grandes que fuimos bajo él.

De pronto, el del parche se levantó asustado:

—¿Qué ha sido éso? ¿Lo has notado?

—¿El qué?

—Me pareció que temblaba la tierra.

Por un extremo de la calle hizo su aparición el séquito con el anciano real a la cabeza. Al lado de éste caminaba Urnamma. Al otro lado, un escribano iba anotando las palabras del anciano, quien iba diciendo:

—Anotad: quiero que sobre la piedra de mi torre se inscriba la entera historia de mis pasadas hazañas, el anal de mis combates y hasta la última batalla victoriosa; todo ello en todas las lenguas conocidas, desde el persa hasta el árabe, desde el jonio hasta el hitita, desde el egipcio hasta el hebreo, sin hacer excepción que se conozca. No dejéis de trabajar en ello.

En este punto, Urnamma preguntó:

—Se hará como decís, señor mío. Pero tengo una pregunta: ¿Cuándo dejaréis de construir? ¿Cuándo será suficiente?

—Mientras yo viva se seguirán alzando pisos. En el momento en que me reúna con los dioses, podréis depositarme sobre el último.

—Muy bien, señor mío.

El séquito recorrió la calle a paso lento y solemne, regalado, en medio de las respetuosas reverencias de los vecinos y transeúntes; y se perdió por el otro extremo.

Isaías, sentado a las escaleras del Templo, había contemplado su paso sin inmutarse; cuando desapareció, advirtió una sombra proyectada por un cuerpo a sus espaldas. Se volvió. Era de Inanna, que había bajado a contemplar el paso de la comitiva. Cuando ella descubrió a Isaías, se dio media vuelta apresuradamente y empezó a subir los escalones. Había algo en aquel hombre que la asustaba. Pero la voz suplicante de Isaías la detuvo:

—Espera, por favor. Quiero hablar contigo.

—Ah, sabes dirigirte a una mujer—. Dijo Inanna, bajando de nuevo—. Quizá las sedas que ofrezco por ti son agradables a mi diosa.

—Sí. Pero yo quiero hablarte de Isaac.

—¿Sí? ¿Y qué quieres decirme?

—Te quiere. Estoy seguro de que hoy vendrá a pujar por tí, a pesar del riesgo que conoce. No es tonto, aunque se fía demasiado de la ley y de sus amistades en la corte. Pero creo que sabe que Utu le matará si se alza contigo. Eso no le impedirá intentarlo. Es obstinado. Y, además, cuando uno ama a algo o alguien, no hay peligro que no se arrostre por ello.

Inanna se sentó junto a él, suspirando. Preguntó:

—Y, ¿qué propones?

—A mí no me hace caso. No tengo poder de ningún tipo sobre él. Tú tampoco porque, a fin de cuentas, eres alguien sacado a pública subasta. Si Isaac sobrepuja a todos los que hayan ofrecido dinero por ti...

—Nadie lo ha hecho todavía. Utu los mantiene a raya. Sólo nuestro amigo está empeñado en ello.

—Por eso te pido que le hagas cambiar de parecer. Si se empeña, no habrá nada que hacer. Pero intenta convencerle de que salve su vida. Quizás a ti te haga caso.

—Lo dudo. Pero me esforzaré por ello.

—Gracias—. Contestó Isaías. E Innana dijo:

—Por lo demás, yo también tengo algo que pedirte.

—Y, ¿qué es?

—Los oferentes me traen las noticias del pregón. Quiero que reces a tu Dios para que el eclipse se produzca cuanto antes y yo, quedando liberada del servicio y fuera de la pública subasta, pueda elegir a quien me plazca de acuerdo con la ley.

—Desde que escuché el anuncio esta mañana no he dejado de rezar por ello. Pero la voluntad del Altísimo es inescrutable. Todo lo que ocurre es obra suya. Nadie se le puede oponer. Desde la suerte de un imperio hasta el lugar en el que la hoja del otoño se detiene le obedecen. No puede ocurrir otra cosa más que su Voluntad. Pero, en cuanto a ésta, la desconocemos por completo. Por eso somos libres. De cualquier modo, le seguiré rezando para que se obre el milagro.

—Está bien. Hoy he cambiado de idea sobre ti. En el fondo no eres tan antipático como pareces.

Precisamente por allí pasaba el cojo de las ofrendas:

—¡Idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Arimánh!

Inanna le guiñó un ojo a Isaías. Y, sonriendo, le preguntó:

—¿Qué me dices? ¿No te apetece entrar y ofrecer una seda por mí?

—No. Nunca.

—De acuerdo. Nos veremos—. Y subió las escaleras para meterse en el Templo.

El sacerdote real caminaba apresuradamente entre el gentío. Hoy debía observar milimétricamente la posición del Sol, según la sombra que proyectaba. Iba muy preocupado, y murmurando para sí:

—No puede uno fiarse de nada. Mira ahora, el prestigio de mi casta, el poder del rey sobre su pueblo, mi mismo cuello... amenazados por un sólo día. Será mejor que revise mis cálculos, aunque el pregón ya se haya hecho público. Nunca está uno lo bastante seguro y hasta la ciencia más perfecta resulta ridícula

ilusión cuando a los dioses se les antoja hacer un estropicio. A la tarea.

Se colocó en su plaza, arrodillándose junto a un gnomón para medir la sombra que proyectaba.

Isaac hizo su aparición. Esta vez tenía un aire sombrío. Ocultaba un puñal bajo el manto y una bolsa tan nutrida de oro como la anterior. Detuvo al cojo y esta vez le pagó con una moneda de cobre al decirle:

—Dame un cabezudo.

El cojo lo miró de reojo y le dijo:

—¿Está usted seguro, señor?

—Sí. Dámelo.

—Tenga.

El cojo, tembloroso, se perdió entre el gentío. No quería perder tan buen cliente. Pero parecía que tal iba a ser el caso. Isaac llegó al pie de las escaleras del Templo. Allí mismo le detuvo Isaías, interponiéndose en su camino, al tiempo que le decía en alta voz:

—¿A dónde vas, descerebrado? ¡Largo de aquí! No te permitiré que entres al Templo.

—Apártate, por favor.

—De ninguna manera.

—Por el vínculo de gratitud que me une a ti, no quiero golpearte. Pero lo haré si no te apartas.

—Pues no lo haré. Y si respetas ese vínculo, como bien nacido que eres, y respondes a la deuda que tienes conmigo, me harás caso y te irás por donde has venido.

—Aparta.

—No.

De un empujón, Isaac apartó a Isaías. Y subió las escaleras. En la penumbra del vestíbulo, colocó el cabezón ante el ídolo de oro y quemó incienso. Oró en silencio, esperando que la suya saliera a recibirlo. Inanna no tardó en aparecer. También tenía un aire sombrío y sombría era su voz cuando le dijo:

—En mala hora me acosté contigo. Pero te advierto de una cosa: ya has tenido bastante. Yo no me acuesto con los muertos.

—Tengo amigos en la corte. Entre ellos, el mismísimo Nabónidas. La ley me protege.

—Nada de eso te valdrá.

—Una cosa me valdría.

—Y, ¿qué es ello?

—Tu amor. Podría pujar por tí, con las espaldas del Rey y de la Ley protegiéndome. Pero quiero que seas tú la que me elijas.

—Yo no lo haré. Amo a Utu.

—Entonces pujaré.

—No, no lo harás.—Aseguró ella con voz grave y segura.

—¿Por qué?

—Porque en el día que me saques de esta casa, yo misma me daré la muerte. No quiero ver cómo tu sangre se derrama para que la venganza real caiga sobre Utu. Mientras esté aquí dentro, seré puta y para todos, menos para aquél a quien me debo; pero el día en que yo salga del servicio también sabré ser casta esposa.

—Por eso te quiero más aún.

—Me doy perfecta cuenta. Pero, si no quieres perderme para siempre, no debes pujar.

Isaac vaciló. Ella parecía hablar completamente en serio. De pronto, tomó una decisión.

—No lo haré. No quiero perderte para siempre. Haré por merecerte.

Inanna se quedó perpleja; casi se cayó sentada de la sorpresa. Retrocedió unos pasos, y con voz baja y dudosa, dijo:

—Con eso me conformo Isaac—. Entonces le sonrió de aquella manera que tanto henchía el pecho del hebreo—: De hecho, me haces muy feliz de esa manera. Tal vez me logres algún día. Nunca se sabe lo que nos puede pasar. Pero, por el momento, ya has tenido bastante de mí. Si respetas la voluntad de la que amas, te irás por donde has venido sin ofrecer ese cabezudo que has comprado.

—Está bien. Me voy.

Isaac salió a toda prisa del Templo, con lágrimas en los ojos. Isaías advirtió que no salía con Inanna cogida de su brazo,

como dos futuros esposos lo hubieran hecho, y respiró aliviado. Después sintió curiosidad. ¿Qué habría pasado allí dentro? ¿Habría conseguido ella convencerle?

Ese mismo día, y a esa misma hora, el humor del rey había cambiado. La insistencia de Dumuzi había logrado que por fin aquel muchacho normalmente borracho y mujeriego se hiciese cargo de la gravedad de la situación. El rey estaba sobrio; y en compañía de su ministro, recorría a toda prisa las estancias de palacio, sin saber muy bien a dónde dirigirse, ni en cuál detenerse. Iba diciendo:

—Decretad el estado de emergencia. Alistad obligatoriamente a todo el que supere la altura de la barra de una taberna.

Dumuzi respondió:

—No hay dinero para pagarles.

El rey se detuvo en su raudo deambular. Miró a Dumuzi con aire de sorpresa y le dijo:

—Y, ¿quién habla de pagarles? Se alistarán bajo amenaza de castigo capital.

A lo que Dumuzi replicó serenamente:

—Majestad, si algo he aprendido de la guerra es que un ejército de esclavos combate peor que uno de hombres libres. Tenéis que sustentar a vuestro ejército, pagarle bien y distinguir a los que lo merezcan.

—¿Qué sugieres, entonces?

Dumuzi se halló en ese momento con los arrestos suficientes como para proponerle una idea a la que en los últimos días venía dándole vueltas en la cabeza. Sería desagradable para el rey, pero el ministro, valientemente, la expresó, porque la situación así lo requería:

—Confiscad los bienes de los hebreos. Son muchos los que se han enriquecido. Sé que tenéis amigos entre ellos, pero debéis comportaros como rey de vuestro pueblo y salvar a la nación. Necesitamos ese dinero. Es preciso excluirlos del poder. Tendréis que renunciar a viejas y queridas amistades de la infancia y juventud.

Pero el rey tuvo una idea mejor:

—Y, ¿qué hay de los obreros que trabajan en la torre que mi padre se está construyendo? Son miles. Por el jornal que se les paga, en vez de construir, combatirán.

—Es una posibilidad. Pero ésa cuestión la debéis decidir entre vuestro padre y vos. Si él acepta detener la construcción, que se añadan al ejército. Pero toda precaución es poca. Verdaderamente, Ciro ha reunido a huestes innumerables. Mi consejo, señor, es que le enfrentéis el máximo de tropas que podamos reunir.

—Está bien. Pensaré en todo ello. Ahora retiraos.

Con una reverencia, Dumuzi se perdió en las estancias de palacio. El rey quedó sólo, vagando sin norte por aquél. Al entrar en una estancia, encontró a su anciano padre, que dormitaba en una mecedora junto al fuego. Le despertó y le dijo:

—Padre...

—¿Sí?

—Quiero hablar contigo.

—Pues aquí me tienes, hijo mío.

—Necesito a los hombres que están construyendo tu torre.

Sabrás seguramente que Ciro ha reunido huestes numerosas y amenaza con subir...

—Sí, algo he oído. En cuanto a los hombres de mi torre—. Dijo el padre firmemente, sin dejar de mecerse—: sólo una palabra: no.

—¿No?

—No.

—¿No, qué?

—Que no te los presto. Son sagrados. Y tú ya eres mayorcito. Cuando yo tenía tu edad, tu abuelo me puso en la primera línea del frente, en el lugar de más peligro. Salí con bien del lance y, desde entonces, no he dejado de vencer. Mi última victoria será la altura de mi torre. Quiero que llegue desde la hierba en la que el rocío nocturno cuaja hasta el lugar desde el que el rayo descarga en la tormenta. Apáñatelas como puedas. Ve tú a combatir. Y, si has de morir, muere con honor.

—No me entiendes padre. Si Ciro vence, derribará tu torre.

—No lo creo. La hemos construido sobre cimientos tan profundos que hasta ellos llega el rumor de los infiernos. Su base es tan amplia que en ella cabe una nación. Y espero llegar a las alturas en las se oyen las voces de los dioses, para que así ellos también oigan la mía. Ya nadie puede derribarla. Los hombres de Ciro no perderán el tiempo en ello si no que, admirados, honrarán mi tumba y mi memoria.

—¿Y la mía?

—La tuya está en tus manos. Haz lo que puedas por ella. Y ahora, déjame dormir.

Tras de lo cual, el anciano volvió a su siesta.

En nuestra calle, pocos días después, el heraldo volvió a reunir al gentío en torno suyo al medio día. El pueblo estaba cada día más preocupado por las noticias de la guerra y los guardias tuvieron que emplearse a fondo para contener a la turba tan numerosa como angustiada que se agolpaba en torno al estrado. Inanna, que estaba sentada sola en las escaleras del Templo, disfrutando del Sol, violó levemente los preceptos sagrados alejándose de aquél para unirse a la multitud, la cual, a un carraspeo del heraldo, cesó por completo en sus rumores. Se hizo el silencio y el funcionario real leyó de su pergamino con voz potente:

—Se hace saber... que por pública necesidad... se confiscan sin más reparación los bienes de todos los hebreos, tanto el oro como las especies... sus hogares serán respetados, salvo aquellos dignos de venderse a buen precio... Así mismo... se hace saber... que todos los nativos babilónicos entre quince y cuarenta y cinco años deben alistarse en el ejército... Serán bien pagados por ello... Por lo que respecta a los extranjeros... pueden alistarse, pero recibiendo un tercio de la paga que el nativo de la tierra... Todo esto se publica sancionado por el sello real y no conocerá excepción.

El hombre del parche, de los dos que no se apartaban de la leña, le comentó al de la cicatriz:

—Yo supero los cuarenta y cinco años. ¿Y tú?

—Yo también.

—De todas formas, vamos a morir. No creo que la ciudad aguante la embestida del Persa.

—Pienso lo mismo.

Inanna regresaba al Templo, caminando lentamente. Se sentía muy triste. Al pie de las escaleras, lloró. Y dijo, entre sollozos:

—Pobre Isaac. ¡Ishtar que deleitas en la paz, y todos vosotros, fuertes en la altura, ayudad a Babilonia! ¡Salvad a Utu en los peligros de la guerra!

—¡Idolillos de Marduk, sedas de Ishtar, escorpiones de Arimáhn!

Compró un ídolo de Marduk y en el vestíbulo, quemando incienso, oró delante de la imagen. Oró con todas sus fuerzas.

Aquel mismo día todos los bienes de la familia de Isaac fueron confiscados. Los rebaños de su padre fueron a parar a los apriscos reales. Los soldados se llevaron todo el oro y la plata de las arcas familiares, incluidos los objetos de culto. No respetaron ni sedas, ni tapices. Finalmente, una vez saqueada, fueron expulsados de su casa, a la que se echó el cierre para ser puesta a la venta. Se fueron a vivir a la modesta residencia del hasta entonces capataz y administrador de los bienes de la familia. El hombre se ofreció a alojarles allí durante un tiempo, compadecido de ellos porque el padre de Isaac era un hombre de extrema bondad, que había respetado siempre a todo el mundo; y de las personas que habían hecho su fortuna dando antes que guardando; y en su vejez no había caído en el defecto, tan común, de creer que por haber acumulado y haber tenido éxito en la vida, llevaba razón en todo y no necesitaba escuchar a nadie más; si no que todavía prestaba atento oído incluso a sus siervos más humildes y era capaz de mantener una conversación lúcida y directa, de igual a igual, con cualquier hombre. Pocos días después, ya por la tarde, Isaac decidió hacer una visita a Isaías. Éste le dejó entrar, e hizo servir vino en su salón pobre y sencillo. Bebieron en silencio, meditabundos, escuchando los juegos de los niños en el patio y los cánticos de la mujer de Isaías, mientras el Sol se ponía. Hasta que Isaac le dijo a su amigo:

—Perdona lo del otro día.

—Estás perdonado. Yo también he sido joven.

Tornó el silencio, durante el cual bebieron. Entonces Isaías le propuso algo:

—Babilonia caerá. Pero tú y yo aún podemos escapar con nuestras familias. A pesar de vivir en la pobreza, no somos esclavos, ni pertenecemos a nadie. Las siete puertas están abiertas para nosotros. Añoro los olivos de mi tierra. Ya no hay nada que a ti te ate a esta. Vente conmigo a Palestina.

—Yo no me iré.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—Alistarme—. Isaac suspiró—. Ella me dio una última esperanza. Me dijo: «Tal vez me logres algún día. Nunca se sabe lo que puede pasar». Yo ignoraba entonces cuánta razón tenía ella. Hasta hace pocos días pensaba en casarme felizmente para vivir largos días en la abundancia y ahora... no veo otra salida que marchar al albur de la guerra. Mi familia ha perdido su oro y sus rebaños. ¿Qué más me queda si no combatir en el campo de batalla? Si me matan, dile a Inanna que mi último deseo fue su felicidad.

Incrédulo, Isaías le preguntó:

—¿Combatirás por una patria que te lo ha quitado todo, por una mujer que no te quiere, por un rey y un amigo que te han traicionado malamente y a las órdenes de uno que estuvo a punto de matarte por la misma? ¿Y todo ello por un tercio de la paga?

—Sí, exactamente eso.

—No sabes manejar una espada.

—En eso te equivocas. Que no la lleve no significa que no la maneje. Olvidas que compartí maestro de esgrima con el rey. Las lecciones que ese estúpido despreciaba, yo las aproveché. Sé manejar una espada.

Isaías suspiró.

—En el fondo, creo que yo también me quedaré por aquí. Aquí me he hecho viejo y eso, quieras que no, cuenta mucho.

Isaac, entonces, se levantó.

—Tengo una cosa que pedirte.

—¿El qué?

—Que reces a todos los dioses conocidos.

Isaías emitió un resoplido que casi era una risa, con los ojos entornados por el vino, diciendo:

—¿Algo más?

—¿Crees que habrá algún sacerdote por la calle a estas horas?

—¿Para qué lo quieres?

—Se me ha ocurrido una idea.

—Pues la verdad, no lo sé. Es posible. Es tarde y las estrellas son visibles. Prueba en la plazoleta que hay cerca del Templo de Ishtar. Allí siempre se pone el mismo.

—Muy bien. Gracias por todo Isaías. Ahora que no poseo nada sí que ignoro cómo pagar la inmensa deuda que tengo contigo.

—Mantente vivo en la batalla.

—Quizá no volvamos a vernos. El ejército se pone marcha y no hay tiempo que perder. En todo caso, me alegro de haberte conocido. Dame un abrazo de amistad, Isaías.

Los dos amigos se abrazaron sobre el vino, con lágrimas en los ojos. Isaías dijo al despedirse:

—Que tengas suerte. Rezaré por tí.

En la calle del Templo de Ishtar, el sacerdote observaba minuciosamente las estrellas, midiendo ángulos y calculando, lleno de preocupación por su pescuezo. En el trato con la gente, no sabía interpretar muy bien las emociones de sus interlocutores, de manera que no estaba seguro de si el rey hablaba en serio cuando le amenazase con el hacha del verdugo. Pero había decidido que lo mejor era curarse en salud. Inanna, sentada en el pórtico, desde la cima de las escaleras, le observaba en la penumbra, a pesar del frío reinante. El año acabaría pronto y si la casta de aquel hombre tenía razón entonces sería libre para casarse con Utu. Pero, con la guerra de por medio, sabía que éste marcharía en pocos días con el ejército. En medio de todo, el apuesto pretendiente que acababa de perder, antaño rico, se veía ahora reducido a la pobreza. Ella sabía que él la quería. Y sentía pena por él. Y al pensar en su hombre, se daba cuenta de repente que acababa de rechazar a otro, por muy mísero que ahora fuese, para ganar a uno que, probablemente, pereciese en la batalla, porque los rumores sobre el Persa hablaban del temible poder de sus ejércitos. Inesperadamente, en un plazo más breve de lo que ella hubiera podido imaginar hasta hace poco, podía quedarse sola y pobre como las ratas en una ciudad devastada por las penurias y violencias de la guerra. Sus padres murieron hacía tiempo. No tenía

a nadie. Sólo una cabaña de adobe con un corral vacío. Las sacras prostitutas no recibían ningún dinero por sus servicios. El oro, las sedas, las ofrendas, todo se lo quedaba el Templo, excepto lo que aquel cojo vendía. Ellas sólo podían contar con la exigua comisión que cada día recibían del mismo a cambio de, a hurto del sacerdote que las guardaba —quien, por cierto, estaba al tanto de todo pero hacía la vista gorda—, devolverle los pequeños ídolos baratos que él revendía al día siguiente; comisión que consistía en unas pocas monedas de cobre, las cuales cada noche repartían entre ellas de la mejor manera posible. Prácticamente, tendría que empezar de cero. Inanna enterró su cabeza entre sus brazos, cruzados sobre las rodillas flexionadas, y lloró un rato. Al levantarla, secándose las lágrimas, descubrió en la penumbra de la calle a una figura delgada que se acercaba al sacerdote. Conocía aquellos andares. Eran de Isaac. Inanna se incorporó, curiosa y bajó algunos escalones. Se detuvo al advertir que el hebreo abordaba al sacerdote.

Isaac le preguntó a éste, después de hacerle una reverencia:

—Sacro maestro, tengo una pregunta que hacerle.

El sacerdote, quien, absorto en sus cálculos, no había advertido la llegada de aquel hombre, se sobresaltó. Le preguntó, desconfiado:

—Y, ¿cuál es?

—Sé que vuestra ciencia adivina el curso de los astros. Pero esto es todo lo que sé de usted. ¿Puede precisarme, con más exactitud, por sus cálculos y observaciones, cuándo será el eclipse?

A lo que el sacerdote contestó:

—Bueno, en ello mismo estaba. Como no caiga de aquí a treinta días, que es cuando acaba el año, soy hombre muerto. Pero parece que voy a librarme por los pelos. Porque, por lo que he podido calcular, estrujándome los sesos, el Sol se apagará en esa misma fecha. Aunque no sé si he mezclado mis matemáticas con mis ganas de vivir. Un día después termina el año. Si no sucede antes, me cortarán el cuello.

—Pues ofreced sacrificios a los dioses. Y gracias.

Isaac se volvió, con intención de retirarse a su nueva vivienda en extramuros, cuando, iluminada por la luz de las antorchas, descubrió la silueta alta que tanto conocía, detenida, inmóvil a mitad de las escalinatas del Templo. Se quedaron mirándose por un momento, en la distancia, preguntándose si el otro sabía que se estaban observando. Inanna descendió un escalón más. Isaac dio un paso adelante. Se reunieron al pie del Templo. Poniendo una mano en su brazo, Inanna le dijo con voz transida por la compasión:

—Lamento el destino de tu pueblo. Siento mucha lástima por ti. Te han despojado de tus bienes, que eran numerosos, y que podrían haberte consolado en mi rechazo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me alisto en el ejército, a las órdenes de Utu.

—¿Combatirás?

—Combatiré.

—Es algo admirable. Tienes muchas virtudes. Ojalá que sobrevivas y encuentres alguna buena mujer.

—La única que quiero la tengo delante.

—Yo presté un juramento de fidelidad en mi infancia. Mientras él viva, he de respetarlo. Lo que ha pasado entre nosotros es la costumbre de mi pueblo. Todas las muchachas, al crecer, deben cumplir un año de servicio en estos templos. Los nativos no aprecian a las vírgenes. Piensan que poseen alguna enfermedad sagrada, algo terrible y divino que les asusta. Prefieren que otro la desvirgue antes de tomar a una mujer por esposa.

—Yo te desvirgué con aprecio, deleite y dinero. Y ahora, pobre y rechazado, aún te quiero por esposa.

En ese punto, Inanna le besó en la boca, con un beso profundo y prolongado. Después se volvió, musitando un adiós y, escaleras arriba, se perdió en el interior del Templo.

A esa misma hora de la noche, en palacio, se estaban ultimando los planes de batalla. Alrededor de un mapa dibujado en los cueros de una cabra se hallaban presentes Utu, el rey Nabónidas y Dumuzi. El rey le había otorgado al primero lo más parecido a una disculpa que él podía imaginar, al decirle:

—Lo del otro día lo tuviste merecido, por romper la disciplina militar. Y ahora, ¿qué sugieres frente a Ciro?

—Majestad, debemos cruzar el Tigris antes que él y hacerle frente en la llanura. Pero debemos asegurar la retirada sobre el río, porque lo más probable es que, dado el número de sus hombres, tengamos que retroceder.

—¿No sería mejor combatir sin el río a nuestras espaldas?

—Sí. Pero en ningún momento y bajo ninguna circunstancia debemos demostrar que le tememos. A fin de cuentas, todavía no es más que un súbdito vuestro que se ha vuelto peligroso. Por eso soy de la opinión de que debemos combatir lo más lejos posible de la ciudad y cuanto antes, mejor.

El rey se volvió a Dumuzi.

—¿Que opinas?

—Me parece bien. Sobre todo debemos esforzarnos por impedir que cruce el río, porque es muy ancho y difícil de pasar. Ahí reside nuestra mejor opción. Si no lo logramos, tendremos que encerrarnos tras las murallas. Y las malas cosechas no nos permitirán resistir un asedio lo bastante largo como para desanimarle. Por cierto, me he permitido ordenar sin vuestra venia la recogida de todo el trigo disponible; está siendo almacenado en vuestros almacenes, majestad. Habrá que racionarlo.

—Bien hecho. ¿Qué me dices del número de nuestros hombres?

Dumuzi respondió:

—Son bastantes. Hay hambre en la ciudad y la promesa de la paga ha hecho que muchos extranjeros, que son mayoría en ella, se alistén. Calculo que marcharemos con sesenta mil de ellos, veinte mil de los nuestros y diez mil jinetes. Pero del número de los que Ciro posee sólo he oído rumores y, como bien podéis imaginar, los hay de todas clases. Los más asustados hablan de un millón y los valientes no se bajan del centenar de mil. De cualquier modo, tomando la estimación más baja, nosotros somos pocos comparados con ellos.

Utú intervino en este punto:

—Tendremos que hacer de tripas corazón. No creo que el número decida las batallas.

—No, por cierto—. Concordó Dumuzi—. Pero así están las cosas.

—Muy bien. Mañana a primera hora se pondrá en marcha el ejército. Yo mismo iré a su frente. Y ahora, el que pueda dormir, que lo haga. Retiraos.

Haciendo una reverencia, Utu y Dumuzi se retiraron de las estancias reales. Nabónidas quedó de pie junto a la mesa artesonada sobre la que estaba el mapa, observando el fuego que ardía en el hogar. Dentro de poco, no sólo podía perder el reino, sino también la vida tan querida, con todos sus deleites, que él había conocido a fondo. Recordó el vino, los dátiles, los baños con mujeres desnudas en su oasis favorito, en el profundo Sur, entre aquellos árabes que rendían pleitesía al Imperio levantado por su padre y se divertían bebiendo y fornicando con el hijo de aquél que les había sometido. Todo aquello parecía haber acabado. Después de un rato, se fue a acostar, sin probar licor alguno. Las esclavas reales le desnudaron, pero aquella noche no yació con ninguna. Entre sus espesas mantas, llenas de brocados e hilos de oro, pasó una mala noche en la que apenas pegó un ojo.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS BATALLAS

Al día siguiente, el ejército salió en orden de marcha por la puerta situada más hacia el levante. Marcharon desde primera hora, con el ascendente Sol de cara. Detrás de la caballería, que salió al frente de la columna, Isaac desfiló como uno más entre los infantes, portando espada, escudo hecho de mimbre y una lanza. Extramuros, inmediatamente detrás de la puerta, el mando militar, montado sobre briosos corceles, observaba el desfile de sus hombres. Utu y Dumuzi, a caballo ambos, flanqueaban al rey Nabónidas. Al pasar frente a ellos, Isaac volvió la cabeza para observarles, y por un momento su mirada se cruzó con la de Utu, cuyo gesto de sorpresa le hizo ver que había sido reconocido. La vista de Isaac pasó de aquél al rey, quien le observó con gesto inalterable y opaco, negándole cualquier mínimo reconocimiento. A Isaac le dio la impresión, por la postura de Nabónidas sobre su montura, de que su antiguo amigo y ahora únicamente rey y supremo comandante, era un hombre hundido que marchaba a su derrota. Volvió la vista al frente y continuó la marcha. Cuando salieron los últimos arqueros, honderos y lanzadores de jabalina, tras del ejército comenzó a arrastrarse una larga caravana de mercaderes, rebaños llevados por pastores y esclavos portando bagajes diversos y vituallas abundantes.

El cuerpo de Isaac estaba preparado para soportar la larga marcha hacia el Tigris. Los fatigosos esfuerzos del amor, que tanto había practicado desde muy temprano y en muy diversas compañías, ambientes y circunstancias, lo habían hecho fuerte y resistente. El ejército giró inmediatamente, nada más hallarse en campo abierto, en dirección Sudeste. A la hora del almuerzo, que todos consumieron sin detener la marcha, cruzaron el puente construido sobre uno de los brazos en que el gran padre Éufrates se dividía, abrazando Babilonia y las ciudades circunvecinas. A la

noche, acamparon en la llanura. Al día siguiente, se decía, cruzarían otro en la ciudad de Kish, donde se les uniría un nuevo contingente.

Isaac compró dos perdices a un mercader y se sentó en la lumbre a la que sus dos compañeros de fila se estaban calentando. Chapurreaban algo del idioma de Babilonia y entre ellos dos se comunicaban perfectamente en una lengua que Isaac desconocía, por lo que supuso que serían del mismo país. Los dos eran altos, rubios y musculosos. Uno de ellos apenas hablaba sino que, meditabundo, asaba y consumía su cena entre pocas palabras, mirando el fuego. El otro hablaba mucho y parecía aprovechar cada monosílabo de su paisano para gastarle una broma; y no paraba de tomarle el pelo. En un momento dado, Isaac les preguntó por su procedencia. El que hablaba mucho le contestó que él era ateniense y el otro, un cateto espartano. Ante este epíteto, el espartano miró de reojo al ateniense y por un momento Isaac temió que se abalanzaría sobre él. Pero siguió comiendo y contemplando el fuego. Sin embargo, las pullas del ateniense menudearon hasta que, cuando menos lo esperaba y ya cansado y cenado iba Isaac a tumbarse para dormir, el espartano desenvainó un puñal que llevaba escondido en su manto y, de un golpe de puño, tumbó al ateniense en el suelo. De pie sobre él, con un pie en su pecho, alzó la daga. Pero Isaac, de un salto, se interpuso y usando de toda su fuerza de persuasión, logró satisfacerle. Volvieron a sentarse a la lumbre y el ateniense, con gesto disgustado, se mostró más silencioso y cauto. Ahora, a la luz de la fuego, Isaac advirtió una pequeña sonrisa en la comisura de los labios del otro. Les preguntó por su tierra y por sus ciudades. El ateniense le dijo que ellos eran un pueblo marítimo y que sabían combatir sobre las olas, mientras que sus vecinos espartanos era los más duros adversarios en la lucha en tierra firme. Dijo llamarse Esquilo, y ser hijo de Sofronisco. El espartano dijo llamarse Telamón, hijo de Aristides. Al fin, cuando la conversación decayó, durmieron como amigos bajo un cielo cuajado de estrellas, lo más cerca posible del fuego crepitante. El campo a su alrededor semejaba otro firmamento, repleto de las lumbres a las que el ejército de Nabónidas calentaba su sueño. Se

escuchaba un relincho, un balar de ovejas, el piar de un ave lejana, un eructo provocado por la cerveza o una conversación declinante. Y por supuesto, mil ronquidos por doquier. Así terminó aquella primera jornada.

Al día siguiente, justo también a la hora del almuerzo, que volvió a ser consumido a paso de marcha, cruzaron otro puente situado en el centro de la ciudad de Kish. Isaac observó las torres en ella construidas y vio que eran mucho más modestas que las de Babilonia. Un poco más abajo del lugar en el que el puente lo cruzaba, aquel brazo del Éufrates se dividía en otros dos. A la noche, volvieron a acampar en la llanura, al raso. Isaac se sentó de nuevo con los dos helenos. En verdad, el frío de aquella noche fue terrible. Y desanimó toda conversación. Comieron en silencio y durmieron pacíficamente.

La jornada posterior el ejército marchó por una llanura arenosa y estéril, sin encontrar poblado alguno. Después de marchar todo el día sin un descanso, acamparon a la noche en mitad della. Isaac decidió comprar una jarra de vino, e invitó con la misma a sus dos compañeros. El licor les levantó los ánimos y estrechó sus lazos de amistad. Bebieron entre risas y canciones. Hablaron de mujeres. Cada cual expuso su opinión. No ahorraron ni un epíteto grosero, ni una broma vulgar, en todas las lenguas en las que podían comunicarse. Finalmente adormecidos por el vino, se tumbaron y durmieron. Los ronquidos se alzaban por todo el campamento. Una brisa gélida lo recorría de un extremo al otro. A la mañana siguiente, como todas las demás, el jefe de su compañía los despertó de una patada. El ejército formó de manera irregular y continuó la marcha. Isaac no se separó durante ella de ambos griegos. A la noche, atravesada la llanura, llegaron a otro de los brazos del Éufrates y acamparon a su orilla. El ateniense, por ahorrarse unas pocas monedas, se las ingenió, usando de un cordel de cáñamo y una esquirra de metal sacada de su bolsa, para pescar algunas truchas. Con ellas convidó a sus dos amigos, de modo que todos se ahorraron el dinero de la cena. Durmieron escuchando el rumor de la corriente.

A la mañana, con los primeros fríos de la aurora, tuvieron que cruzarla a pie, llevando escudos y lanzas en alto para no perderlas. El agua no llegó más arriba del pecho de los más talludos. Sin detenerse un momento en la otra orilla, continuaron caminando.

El helor del viento no remitía, castigando los cuerpos húmedos; y empezaron a escucharse los primeros estornudos. A la noche, después de haber atravesado una llanura semejantemente despoblada y tan estéril como la que acababan de atravesar, al acampar corrió el rumor por las fogatas de que algunos tenían calentura. Durmieron como pudieron y a la mañana siguiente hicieron una jornada similar a la anterior, hasta llegar a una nueva corriente, a cuya vera acamparon y que los que conocían el territorio dijeron ser la última perteneciente al padre Éufrates. Más allá de ella se extendía el despoblado y las próximas aguas que habrían de ver serían ya las del Tigris, el cual, según se extendió el rumor, sería cruzado unos pocos parasangas al Sur de la aldea de Malgium. Después de ello, les esperaban los ejércitos de Ciro y la batalla.

Al despertar, descubrieron que algunos hombres tenían tal temperatura que no podían continuar. Fueron abandonados a su suerte, tiritando y trasudando en las orillas. El resto del ejército cruzó a pie el río, con la aurora y el frío omnipresente. Durante la marcha de todo el día abundaron más aún los estornudos. Y algunos, simplemente, se apartaron de las filas y se tendieron, expectorando y consumidos por la fiebre, a la vista del ejército que les dejaba atrás. Incluso alguno de ellos pidió ser degollado cuanto antes para no morir sufriendo en el frío solitario del descampado. El jefe de su batallón cumplió sus peticiones. A la noche, el ejército acampó en el despoblado, bajo las estrellas. Isaac, sentado a la hoguera, no tenía ganas de conversar con sus amigos. Pronto se tendió, después de consumir su cena, y contempló el perfil de la luna a punto de ocultarse tras el horizonte de poniente. El cielo estaba tan limpio y despejado que descubría todas las estrellas. Mirando a la divinidad nocturna, hizo una marca en una tablilla

de pizarra que llevaba en su bolsa, la cual quedó alineada junto a otras. Después de ello, se durmió.

Continuaron con la marcha. El ejército era conducido cada vez más hacia el Sur. Caminaron sin descanso, desde la mañana hasta la noche, durante cinco días, en un largo y duro recorrido en el que no encontraron población alguna, tan sólo el viento frío de la árida llanura, el cual levantaba della un polvo muy molesto. Hacia media mañana del sexto día llegaron por fin a las aguas del Tigris. Isaac lo examinó. Era bastante ancho y demasiado profundo como para cruzarlo a pie. Por eso, mientras el macilento y cansado ejército acampaba a sus orillas, cubierto por el polvo, los carpinteros empezaron a trabajar de inmediato en la construcción del puente por el que aquél había de cruzar. Isaac contempló su faena a pie de obra. El puente componíase, según descubrió, de varias plataformas de tablas de madera, de mayor longitud que anchura, bajo las cuales se clavaron barricas y toneles, de modo que el conjunto del pontón así formado flotase con cierta estabilidad. Los pontones eran atados firmemente unos detrás de otros, mientras se los aseguraba contra la corriente, que era bastante mansa, con pértigas hundidas en el lecho del río; Isaac sabía que aquellas pértigas y cuerdas habrían de ser alzadas y cortadas en caso de tener que retirarse el ejército a esta orilla, si eran derrotados en el encuentro que en la otra les esperaba. Rezó a Marduk para que ello no sucediese. Y después le rezó para que, en caso de tener que hacerlo, ello pudiese ser llevado a efecto con tiempo suficiente para evitar que los ejércitos del Persa aprovecharan aquella misma construcción para cruzar las aguas. Si tal cosa ocurría, la guerra estaría, muy probablemente, perdida. Después de pasar el día contemplando el ritmo de la obra, se retiró, melancólico y pesaroso, junto a Esquilo y Telamón. Apenas probó bocado durante la cena, mientras que los dos griegos consumieron bastante alcohol y, mal que bien, parecieron ser capaces de mantener una charla animada y amistosa —en la que, por supuesto, la iniciativa y mayor prolijidad pertenecían al ateniense—, dando la impresión de haber olvidado

por completo sus primeras querellas. Isaac se durmió escuchando sus voces y sus risas; y pasó una mala noche.

La obra tardó siete días en ser completada. Cruzó primero la caballería; los asustados animales fueron llevados por la rienda sobre las plataformas inestables por su peso. Algunos, encabritados, se arrojaron al agua y tomaron su propio camino, alcanzando ya la otra orilla, ya la misma de la que había partido o, simplemente, nadando en la misma dirección de la corriente para perderse de la vista del ejército. Pero la mayoría pudo atravesar el río. Después cruzaron los infantes, entre ellos Isaac, Telamón y Esquilo. Al llegar al otro extremo del puente el hebreo miró a su izquierda y, hacia el Norte, junto a la misma orilla, divisó en la distancia unas lomas de cierta altura. A la infantería siguieron los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina. El mando militar, es decir, Utu, Nabónidas y Dumuzi, a caballo al pie del puente y rodeado por un grupo escogido de jinetes, contempló la marcha de sus hombres y cruzó tras el último soldado. Después, unos renuentes mercaderes, junto con los esclavos, rebaños, bagajes y demás vituallas, fueron obligados a cruzar por más esclavos, que iban armados e instruidos al efecto. Finalmente, tras veintiún días de marcha, el ejército se hallaba sobre el campo de batalla.

El mando militar envió exploradores a caballo hacia levante, hacia donde suponía acampado al ejército de Ciro. Algunos no regresaron. Los que lo hicieron, dijeron haber contemplado una vasta multitud que cubría varios parasangas de horizonte, acampada a unos treinta de la orilla del Tigris en la que el ejército de Nabónidas lo hacía. Ese día, reunidos en la amplia y lujosa tienda del rey, éste, Utu y Dumuzi decidieron la formación que presentarían a semejante ejército. Colocarían en la primera línea del frente a toda la caballería, flanqueada a ambos lados por las tropas nativas de la ciudad, en las que más se confiaba. Detrás de todos ellos, formarían los mercenarios extranjeros. Tras éstos, cubriendo la posible retirada de las tropas, se colocarían los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina. Pero se decidió que estos tres últimos cuerpos, llegado el caso, debían lanzar sus proyectiles a la huida, porque debían ser reservados de cualquier modo, para ser los primeros en cruzar a toda prisa el Tigris, en caso de ser menester la retirada; ya que serían muy necesarios para dificultar el mismo paso de Ciro sobre el río. Decidido todo ello, dadas las órdenes, se puso al ejército en marcha, con la misma formación con la que presentaría batalla. Los hombres caminaron en un silencio tenso hasta que, al caer la tarde, divisaron las hogueras del ejército del Persa. Algunos compararon su número al de las estrellas en el cielo. Se hizo saber a todo el mundo que, al día siguiente, formarían para presentar combate.

Después de conocer la noticia de que al día siguiente se presentaría batalla, Isaac procuró emborracharse lo bastante como para ser capaz de dormir. Lo consiguió y esa noche tuvo un sueño. Soñó con un recuerdo de algo que le había acaecido en su infancia, siendo él muy pequeño. Cierta día, su padre le había dado unas pocas monedas para que se comprara algunas canicas con las que jugar con sus amigos. Él iba tan feliz, camino

del puestucho, cuando le rodearon tres mozalbetes que a él se le antojaron tres gigantes. Entre amenazas y empujones, le quitaron el dinero de su padre; y él regresó a casa llorando. Aquí, terminaba la parte histórica del sueño. Porque éste, después, continuaba. Y en él, Isaac había crecido hasta convertirse en un muchacho. Junto a él, en un poyo, se sentaba el hijo de una ramera, mas no sacra, ni obligada por los dioses, si no extranjera que se vendía para sobrevivir. Isaac conocía a aquel muchacho. La vida le había tratado mal; había crecido sin amor, despreciándose a sí mismo en razón de la baja condición de su madre, la cual lo había criado a palos en la mayor de las pobrezas . Ya antes de alcanzar la plena madurez, su cuerpo estaba consumido por el vino y la cerveza, por el humo de la mejor resina de cáñamo que podía traerse del Este, de más allá de las zagras cordilleras, de las cumbres unos montes legendarios cuyas faldas eran habitadas por hombres pequeños de ojos rasgados, y por el opio del Caúcaso, que crecía en el extremo Norte del Imperio de Babilonia. Isaac bebía junto a él. Pero, a poca distancia, hallábanse los mozalbetes que, tiempo atrás, le había sustraído las monedas. No parecían haber crecido, ni haber pasado el tiempo sobre ellos. Pero Isaac descubría que su número sí había crecido porque, junto a los tres que conocía, debía de haber una decena junto a ellos. Todo este grupo se reía de los dos borrachos, haciendo burla dellos. En un momento dado, y sin previo aviso, Isaac los embestía con todo su poder. Descargando un puñetazo sobre un ojo del más alto, casi lo derriba por el suelo. Pronto se encontró flanqueado por el hijo de la puta, el cual, de un salto, se había colocado junto a él. Algunos de los mozos enemigos quisieron rodearles. Pero se retiraron atemorizados, de modo que Isaac y el hijo de la fulana retornaron a su puesto para seguir bebiendo pacíficamente. En ese momento, el muchacho que había sido golpeado por él le arrojó una jarra de vino que alcanzó a Isaac en la cabeza. Éste, sin resentirse por el golpe, volvía a la carga a por él. Pero entonces los mozalbetes cerraron filas para proteger a su compañero. Isaac se encaró con todos ellos, agitando los puños en

el aire en gesto de desafío. Entonces los muchachos comenzaron a entonar cánticos de guerra. Sólo en ese instante, Isaac sintió miedo en su sueño. El hijo de la puta le decía:

—Isaac, lárgate de aquí, porque si no eres hombre muerto.

Entonces Isaac montaba de un salto en un corcel aparecido de la nada. Y huyendo a galope era perseguido por los mozos, que también montaban a caballo, hasta la casa de su padre, el cual, misteriosamente sobreaviso del peligro en que su hijo se encontraba, lograba abrir su puerta justo a tiempo como para que él se refugiara en ella, y cerrarla de manera igualmente oportuna para impedir el paso de los otros. Aquí terminaba su sueño. Isaac abrió los ojos al frío matinal del día de la batalla.

Isaac ya había desayunado, copiosamente, y formado con los demás mercenarios, detrás de las primeras líneas, con Esquilo a su derecha y Telamón a su izquierda y sólo esperaba, con un nudo en el estómago, el sonido del cuerno de batalla, cuando un hombre fornido con insignias de mando se abrió paso entre las filas y, llegándose hasta él, para su sorpresa, le puso una mano enorme en el hombro, al tiempo que le dijo:

—Tú. Vente conmigo.

Isaac obedeció. Siguió los pasos de aquel hombre, el cual, por lo demás, no le soltaba del brazo. Caminaron hasta la primera línea del frente, a una posición situada en el flanco izquierdo de la caballería, que ocupaba el centro de aquélla. Allí, aquel hombre le hizo un hueco entre los demás nativos de Babilonia y después marchó hacia el centro de las líneas. Ahora, frente a Isaac sólo se extendía la llanura hasta el ejército del Persa, que aparecía formado en lontananza. El hebreo se malició que aquello habría sido idea de Utu, quien estaría sonriendo al haberse asegurado, colocándole en aquel lugar de máximo peligro, que su antiguo y todavía rival por Inanna pereciera en la batalla.

Desde su nuevo puesto, Isaac contempló la formación de Ciro, que estaba lo bastante cerca como para ser perfectamente visible. Y, con ello, atemorizadora. Tan sólo su caballería, desplegada en la primera línea, cubría todo el frente del ejército de Nabónidas. Pero no se adivinaba infantería colocada a sus flancos; si no que, supuso Isaac, estaría formada tras aquélla. Esto era, se dijo entonces, como un sorbo de agua en el desierto. Porque, pensó, el frente de Nabónidas no correría el peligro de verse rebasado por los flancos y ser envuelto y rodeado en círculo. De cualquier modo, los infantes del rey de Babilonia, él incluido, tendrían que hacer frente a los poderosos corceles del ejército del Persa. Isaac se preparó para cargar. Y esperó.

En la retaguardia, Nabónidas no se decidía a hacer sonar el cuerno. Estaba en inferioridad numérica y había sido aconsejado por Utu y por Dumuzi, quien allí le acompañaba, el esperar a que Ciro hiciese sonar el suyo, con la ilusión, bien improbable, de que el Persa quisiera parlamentar. Nabónidas prestó oído a tal consejo. Y el heraldo se mantuvo firme ante su tienda, con el cuerno en una mano, durante las primeras horas de la mañana. El ejército formó en silencio durante todas ellas. Utu, montando un semental árabe en el centro de la caballería, en la primera línea, también se mantenía callado y expectante. El viento gélido hacía ondear los pendones al extremo de sus astas. En todo el campo tan sólo se escuchaba el canto de algún grillo.

A media mañana se oyó retumbar la lejana música del cuerno de los persas. Y, por el polvo que levantaba, las primeras filas de Nabónidas supieron que la caballería persa cargaba ya contra ellas. En ese instante, Utu dio una orden a un eunuco que esperaba al pie de su caballo. Éste, despavorido y tembloroso, corrió hacia la tienda del rey, transmitiendo el mensaje. Nabónidas dio orden de hacer sonar el cuerno. Y, al instante, su caballería y su infantería cargaron a la carrera, entre grandes griteríos.

Isaac cargó con los demás, vociferando tan alto como pudo. Aún mientras corría, pudo observar cómo la caballería liderada por Utu se adelantaba pronto a las filas de los infantes, dejándolas atrás y cabalgando a todo galope hacia el encuentro, con los pendones ondeando en alto y levantando una gran polvareda. Isaac siguió corriendo. La caballería persa, una vez se encontró con la de Nabónidas, en el centro del campo de batalla, no la envolvió, sino que siguió derecha en línea recta, en dirección a los que cargaban a pie. Isaac se preparó para el choque. El tamaño aparente de los corceles persas crecía a ojos vistas. Isaac distinguió el color de los penachos sobre los yelmos enemigos al tiempo que se hicieron audibles los relinchos y bufidos de sus monturas. En lo que dura un parpadeo, tuvo uno de aquellos animales encima. Arrojó el escudo de mimbre al suelo y, asiendo firmemente la lanza con ambas

manos, la clavó en su pecho. La fuerza del empuje de la bestia hizo que la lanza se clavara en el suelo, a los pies del hebreo y, antes de partirse en dos, siéndole arrancada de las manos, su punta de hierro se hundiese profundamente en aquella carne. La bota del jinete, al pasar el caballo junto a su lado, golpeó el rostro de Isaac. Pero el animal, herido y rebasándole, dobló las patas delanteras y cayó con aquél, una de cuyas piernas quedó presa bajo el cuerpo de éste. Isaac, sangrando por la boca y con el corazón golpeándole en el pecho desenvainó y sin perder un instante le rebanó al persa la cabeza, cortando la mitad de su pescuezo. Nunca había matado a un hombre. Pero en aquel momento no pensaba en ello. No pensaba ni en Inanna, que le había rechazado, ni en las riquezas de las que había sido despojado, perdidas para siempre, ni en haber sido reducido a la pobreza por aquel amigo de la infancia por quien ahora combatía. Nada de esto ocupaba su mente. De hecho, ésta estaba despejada, clara y limpia, quizás por primera vez en todos los años de su vida. Sólo sentía una especie de delirio que lo llevaba en volandas, una furia embriagadora que le animaba a pelear. Se abandonó por completo a ella. Vio su escudo de mimbre en el suelo y tuvo tiempo para recogerlo, antes de advertir que la caballería persa le había rebasado y se dirigía al encuentro de los mercenarios, que cargaban tras ellos. Entonces se encaró de nuevo al frente y midió la distancia que le separaba de la infantería enemiga: no más de medio estadio. Decidió recorrerlo a trote más sereno, sin gritar, conservando sus fuerzas. Vio que muchos de sus compañeros de línea habían caído en el primer encuentro y ahora los hombres se hallaban más dispersos, separados unos de otros. Procuró unirse a los dos que corrían el uno junto a otro, a su derecha.

Mientras corría, sobrecogido por la vista de la muchedumbre que se abalanzaba sobre ellos, vio un rayo de esperanza al advertir cómo, a su derecha, en el centro de la lid, la caballería árabe de Utu había vencido y rebasado a la del Persa y ahora cargaba, campo adelante, contra la misma infantería a la que hacía frente Isaac. Éste siguió corriendo, hombro con hombro con aquellos

dos desconocidos que, gritando, juraban en todas las lenguas conocidas. La primera línea de la infantería enemiga se les echó encima. Isaac hundió su espada en el vientre de un persa. Pero el gentío acumulado tras éste era tal, que su cuerpo agonizante fue arrollado por aquél; y, con él, el cuerpo mismo de Isaac, que cayó al suelo y fue directamente pisoteado y arrollado. En aquellos momentos frenéticos, mientras la infantería persa pasaba a la carrera sobre sus piernas, vientre, pecho y rostro, en lo único en lo que pensó fue en conservar su espada. Y apretó el puño del arma, aguantando pisotones, cubierta la luz del Sol, rogando a los dioses porque a ningún despistado de aquellos se le ocurriera poner la vista a sus pies y, de un tajo descuidado y dado al paso, hundiera su espada en Isaac. Entonces, con los ojos abiertos hacia el cielo, vio el rostro invertido de un persa sonriente que, de pie tras su cabeza, se había detenido a rematarle, teniendo ya la espada en alto.

—Soy hombre muerto—. Se dijo. Y cerró los ojos, pensando a toda prisa en todo lo pasado por su vida. Pero el golpe no llegaba. Isaac abrió los ojos. La sonrisa se había borrado del rostro del persa, quien había bajado el arma. En su lugar, la punta sangrienta de una lanza asomaba por su boca. Alguien que estaba detrás de él empujó el cuerpo a un lado. De repente, la muchedumbre de persas que corrían se hacía a un lado, abriendo un hueco en torno a Isaac. Dibujado en el cielo, invertido también, apareció el rostro sonriente y rubio de un amigo, quien le habló en perfecta lengua babilonia:

—Telamón, hijo de Esparta, te saluda.

Isaac se puso en pie de un salto. No había perdido la espada, pero se hallaba rodeado de persas. Tuvo tiempo de ver cómo Esquilo, también presente, hundía su lanza en el pecho de uno de ellos, antes de tener que detener con su espada, casi por milagro, el tajo lateral que le lanzaron a la altura del pescuezo. Mercenarios y persas se mezclaron en combate.

El ejército de Nabónidas logró contener al enemigo hasta la hora del almuerzo. Todo ese tiempo el ateniense, el espartano y el

hebreo lucharon formando un triángulo, para cubrirse mutuamente las espaldas. Fue sólo así como lograron sobrevivir a la mañana, dejando muchos muertos a su alrededor. Pero, en un momento dado de la lid, Isaac alargó su vista un poco más allá del inmediato frente. Y, avanzando entre los hombres que se combatían, divisó un monstruo gigantesco, desconocido para él, guarnecido de coraza y montado por varios infantes y arqueros. Su altura parecía doblar la de un caballo y su envergadura, cuadruplicarla. De la frente, flanqueada por grandes orejas que sacudía con aparente furia, colgaba un largo apéndice carnoso. El animal cargaba a paso rápido, emitiendo fuertes alaridos. Tuvo tiempo de advertir que había más de uno de aquellos monstruos antes de tener que prestar atención a su inmediato adversario. Mientras se deshacía de él, oyó el cuerno sonando de la parte del campamento de Nabónidas, tocando a retirada. Y gritó:

—¡Retirada! ¡Han tocado a retirada!

Los tres corrieron en la misma dirección en la que la aparentemente inagotable multitud de los persas lo hacía, repartiendo mandobles a derecha e izquierda, pero haciendo un alto cada vez que sentían amenazadas las espaldas. Cuando los enemigos que corrían junto a ellos advirtieron que eran de temer, se hicieron a un lado, de manera que pudieron correr más despejados. Isaac volvió a tender su vista, esta vez hacia el campamento de Nabónidas. Éste, un gesto imprevisto, generoso y en el fondo desesperado, había decidido adelantar a sus arqueros, honderos y lanzadores de jabalina para cubrir la retirada de sus hombres. Pero lo cierto es que los proyectiles caían sobre amigos y enemigos indiscriminadamente, y pronto Isaac, Telamón y Esquilo tuvieron que correr cubriendo sus cabezas con los escudos de mimbre. En ese momento, la caballería árabe de Utu hizo su aparición, corriendo veloz a retaguardia para, una vez en campo abierto, dar la vuelta a sus monturas y hacer una nueva carga. Esta maniobra, repetida varias veces, permitió salvar parte de la infantería de Nabónidas, la cual alcanzó a los lanzadores de proyectiles, ya en retirada.

Durante el resto de aquel día el ejército de Babilonia combatió retrocediendo, en una jornada agotadora. El mando firme de Utu, que recorría las líneas incansablemente, montado en su semental, recompuso una y otra vez lo que era desbandada en un repliegue ordenado, evitando que sus hombres fueran masacrados por completo. El líder consiguió que sus líneas se reorganizasen en repetidas ocasiones, haciendo frente a las que las perseguían para, una vez contenidas y hechas retroceder, volverles las espaldas sin desorganizarse totalmente. Pero la salvación de los hombres que mandaba fue el haber perdido Ciro a casi toda su caballería contra los mercenarios. Por contra, los rápidos, delgados y ágiles corceles árabes, cuyo número estaba casi intacto, barrían una y otra vez el frente de la infantería persa, recorriéndolo de un extremo al otro. Los monstruos que Isaac divisara en el momento de escuchar el cuerno quedáronse atrás y no se los volvió a ver.

Una vez cayó la noche el cuerno sonó del lado persa y los hombres de Ciro, impotentes por la oscuridad, cesaron en sus acometidas y retrocedieron. Los soldados agotados de Nabónidas, alcanzada la orilla del río, empezaron a agolparse al pie del puente, que ya los esclavos, mercaderes y pastores habían cruzado. Mientras atravesaba los restos del campamento del que había partido el día anterior, Isaac escuchó a varios animales abandonados que vagaban quejándose en las sombras, entre las tiendas y los restos de las hogueras. Al alcanzar el pie del puente distinguió la voz de su antiguo amigo, el rey Nabónidas, quien, en otro gesto que le honraba, permanecía de este lado del río, tratando de hacer valer su autoridad para lograr que la muchedumbre de sus hombres lo cruzase en orden y sin destrozarlo hasta que hubiera cruzado el último. A pesar de sus esfuerzos, y empeorado por las tinieblas, el desorden era incontenible y muchos de ellos, ante la acumulación vociferante que había en la boca del mismo, y presas del pánico ante el persa, se lanzaban directamente a nado, intentando cruzar el ancho río con la fuerza de sus brazos, después de haber sudado toda la jornada. Isaac alcanzó el pie del puente

pero, en lugar de cruzarlo, encaró a Nabónidas, quien, rodeado de su guardia, empuñaba un látigo y gritaba órdenes a todo pulmón. Le dijo:

—Majestad, debéis salvaros.

Nabónidas lo miró, sin querer reconocer en él a un amigo. Iba a seguir con su tarea, cuando ambos, el rey e Isaac, descubrieron junto a ellos la figura de Utu, montando sobre su corcel. Éste dijo:

—El hebreo tiene razón, Nabónidas. Cruzad el puente. Yo mismo os abriré paso.

El ambiente en la tienda de Nabónidas, al otro lado del río, era muy triste. Aquel día el soberano había decidido desayunar regiamente. Alrededor de una mesa bien surtida, sobre la que un cabrito asado y guarnecido destacaba, se reclinaban en cojines el rey, Dumuzi y Utu. Pero todos comían poco y con desgana. Daban la impresión de estar asistiendo a su propio banquete funeral. Ni siquiera el licor, que consumían abundantemente, les levantaba el ánimo. Reinó el silencio hasta que el rey, suspirando, dijo:

—No veo más que caras largas. La situación no pinta bien, ¿verdad?

A lo que Utu contestó:

—No, majestad. Calculo que, entre la batalla, la retirada, y los hombres que se perdieron en la oscuridad de la noche, intentando llegar al río, nuestras fuerzas se han visto reducidas a la mitad. Sólo la puesta del Sol impidió que el ejército enemigo llegase hasta el pie de nuestro mismo puente para cruzarlo.

Y el rey preguntó:

—¿Veis alguna salida a esto? ¿Alguna mínima esperanza?

Y Utu contestó:

—Aún es pronto. No se han decidido a cruzar el Tigris y no hacen más que acumular hombres en la otra orilla. En el encuentro con los mercenarios, perdieron casi toda su caballería. Pero, de todas formas, ésta les hubiera resultado inútil en el acto de pasar las aguas. Seguramente cruzarán a remo sobre barcas. Cuando traten de hacerlo, les enfrentaremos a los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina. La infantería estará esperando a los que lleguen a esta orilla. Ése es mi mejor parecer.

—En ti confío. ¿Qué dicen las entrañas de las víctimas?

A lo que Dumuzi respondió:

—Nada bueno. Los intérpretes predicen la derrota. Pero vos sois el primer sacerdote en Babilonia, después de vuestro padre.

—Yo no sé qué pensar. Si he de sincerarme con vosotros, creo que nuestra situación es desesperada. Haría falta un milagro para que el pueblo se salvase.

Dumuzi, entonces, después de un carraspeo, expresó algo que todos ellos estaban pensando, pero que ninguno se atrevía a decir:

—¿Habéis pensado en enviar a Ciro un heraldo para pactar la rendición?

Mientras tanto, en el campamento de Nabónidas, a todo alrededor de su tienda y alargándose por las orillas del río, sus hombres se entregaban a toda clase de placeres, conocedores de que, probablemente, estaban viviendo sus últimas horas bajo el cielo. Corrían el vino, la cerveza, la carne en estipendio exagerado; los mercaderes hacían su agosto. Los que habían traído esclavas o esclavos consigo, aprovechaban aquellos últimos momentos para gozar de sus cuerpos, en cualquier lugar donde pudieran ocultarlos e, incluso, a la vista misma de todo el campamento.

Isaac estaba sobrio. Junto a él, en la misma hoguera en la que se calentaba, Telamón y Esquilo bebían en abundancia y alternaban las bromas y las risas con la melancolía por su tierra y sus ciudades, a las que, probablemente, no volverían a ver. Mientras tanto, el hebreo, quien había extraído la tablilla de pizarra que guardaba en su bolsa, contaba una y otra vez las marcas que, desde el día en que salió de Babilonia, había hecho en ella, a razón de una por noche. La primera vez que lo hizo contó veintinueve marcas. Pero luego las volvió a contar, una y otra vez, hasta que perdió la cuenta de las veces que las había contado, de modo que volvió a empezar de nuevo; cuando estuvo hecho un completo lío, decidió fiarse de su primer resultado y levantándose de la hoguera, se dirigió a los reales de Nabónidas. En la puerta de la tienda los centinelas le cerraron el paso. Y le dijo a uno de ellos:

—Decid al Rey que Isaac el hebreo, antiguo amigo suyo, tiene algo que proponerle.

El hombre, después de dudar un instante, entró en la tienda. Tras hacer una reverencia, interrumpiendo el banquete real, en posición de firmes dijo:

—Majestad, que hay un hombre ahí fuera que dice llamarse Isaac, hebreo que dice ser antiguo amigo vuestro, que quiere hablaros.

El Rey, un tanto sorprendido, y sintiendo curiosidad, decidió cruzar algunas últimas palabras con aquel compañero de tiempos más felices, al que había desposeído.

—Dejadle pasar.

Isaac entró en la tienda. Hizo una reverencia y, mirando al Rey, puesto en pie, dijo:

—Majestad, he venido a proponeros algo. Si los antiguos juegos de guerreros que en la infancia compartimos aún resuenan en vuestros oídos, permitidme expresarlo.

—Habla.

Entonces Isaac dijo:

—Según los cálculos de vuestros sacerdotes, el eclipse se producirá mañana, justo el día en que acaba el ciclo de las lunas y empieza un nuevo año. Los persas deben ignorarlo completamente, porque carecen de la ciencia de los astros. Pero existe la posibilidad de que vuestros sacerdotes hayan acertado en sus predicciones. Hacedlo pregonar al campamento, para que los nuestros no se amilanen ante el fenómeno. Más aún, decid a vuestros hombres que mañana apagaréis el Sol para contraatacar cubierto por las sombras. Luego, dadme a dos mil hombres y esta noche cruzaré el río con ellos un poco más al norte, cerca de Malgium. Si mañana el Sol se apaga en pleno día, caeré con ellos sobre un campamento persa empavorecido por las sombras diurnas. Cuando menos, intentaremos dar un escarmiento.

Reinaron el pasmo y el silencio. Hasta que los tres, Nabónidas, Utu y Dumuzi, estallaron en profundas carcajadas. Cuando remitieron, secándose las lágrimas de la risa, el rey dijo:

—Si es que el Sol se apaga...

A lo que Isaac contestó:

—Cierto. Pero debemos correr el riesgo.

El rey suspiró. Y dijo:

—¿Qué decís? ¿Arriesgo nuevamente mi ya dudoso crédito ante mis hombres? Y, ¿qué me puede importar? ¿No se han reído

de mí desde que vine a este mundo para entregarme a la bebida y al fornicio? ¿Qué pensáis vosotros, consejeros míos? ¿Qué tenéis que decir a esta propuesta?

Dumuzi, pasándose la lengua por los labios, dijo:

—Me parece bien. Podemos prescindir de dos mil hombres.

Y Utu, quien quería deshacerse de Isaac y no lo había conseguido en la batalla precedente, apoyó aquel plan suicida, diciendo:

—Puede resultar. Si el Sol se apaga inesperadamente para ellos y durante su sorpresa caemos sobre su campamento, seguramente cruzarán el río más asustados. En cualquier caso, lo harán sabiendo que no nos damos por vencidos.

Y el rey se decidió, diciendo:

—No se hable más. Pondré el humor de mis soldados en manos de mis sacerdotes. Haré anunciar el eclipse para mañana y te daré el mando sobre dos mil de mis hombres. Y ahora, retírate.

Cuando el heraldo anunció que el Rey apagaría el Sol al día siguiente, para caer cubierto por las sombras con dos mil hombres sobre la muchedumbre persa, la carcajada fue unánime y general. Después de ella, y más en frío, corrió el rumor de que el eclipse, como muchos de los hombres conocían por haber sido anunciado en la ciudad, había sido predicho por los reales sacerdotes para aquel año, que justo terminaba al día siguiente. Esto, la promesa de recibir en oro diez veces la soldada en caso de que el expedicionario regresase vivo al campamento y sobre todo, el anuncio de que el ataque no se realizaría en caso de no ocultarse el Sol, animó a dos mil valientes a presentarse voluntarios. Todos ellos sabían nadar. Pero de prisa y corriendo, sin pagar por ello a mercaderes y pastores, que presentaron inútilmente débiles protestas, se despellejaron cabras, ovejas, bueyes y toda especie de ganado para inflar sus cueros, formando flotadores. Los que no se fiaban de estos, escogieron un simple leño de madera como apoyo.

Isaac, flanqueado por Telamón y Esquilo, marchó hacia el norte por la vera del río, al frente de la columna. Pronto dejaron atrás al ejército del persa, que era bien visible apostado a su derecha, en la otra orilla. Sobre ella, levantándose al pie del mismo Tigris, Isaac observó las lomas que había visto aquel día en el que cruzó el puente para dirigirse a la batalla. Advirtió que el campamento de Ciro terminaba justo a sus faldas; y dio gracias a todos los dioses porque los persas no hubieran ocupado aquella altura. Señaló con el índice a las colinas, diciendo a Esquilo y Telamón:

—Nos ocultaremos tras aquellas elevaciones. Allí esperaremos a que se apague el Sol. Si esto no sucede, regresaremos para combatir en este lado del río.

Continuaron la marcha, dejando atrás la vista de las colinas. Mediaba la tarde cuando llegaron a un lugar que parecía propicio para vadear. Se hicieron al agua. La corriente era mansa. Y ayudados por los flotadores, la mayoría logró cruzar. Una vez en la otra orilla, marcharon hacia el Sur. Era de noche cuando llegaron a las cumbres, cuya cuesta ascendieron en silencio. Los dos mil hombres se alinearon tumbados en la cima, para observar el campamento persa. A sus pies, la visión de la muchedumbre de hogueras los sobrecogió a todos. Después de contemplarla, Isaac dio orden de agruparse y cenar con la mayor abundancia que lo que cada uno hubiera llevado consigo permitiera. También les avisó de que serían despertados antes de la aurora para que, en ese mismo momento, volvieran a alinearse tumbados en la cumbre, de modo que pudiesen contemplar la disposición del campamento persa a la luz del primer amanecer. Insistió con especial vehemencia en que entonces cada uno, de por sí, debía buscar con la vista los reales de Ciro, los cuales seguramente destacarían por su tamaño, lujo y magnificencia, porque el objetivo del ataque no era aniquilar la multitud de persas con sólo dos mil hombres, sino penetrar profundamente en ella, asustada por la ocultación del Sol, para matar al mismísimo Rey. Les advirtió de que, en caso de producirse el eclipse, dando lugar a la incursión, bajo ninguna circunstancia debían desperdigarse por el campamento enemigo, separándose del grupo ya en busca de botín o por cualquier otro motivo, porque

en ese caso serían seguramente muertos; sino que jamás debían perder de vista al portaestandarte, que marcharía con él a la cabeza; en ningún momento debían romper la formación compacta con la que Isaac pensaba atacar. Y amenazó con la muerte a todo aquél que al día siguiente desobedeciese esta orden. Luego dejó que durmieran lo que pudieran.

Isaac, Telamón y Esquilo no durmieron. Sino que esperaron a la aurora contemplando el campamento persa, del que se levantaba el rumor de las bestias, alguna carcajada y algún que otro ronquido. Croaban las ranas del Tigris y los grillos las hacían coro. Sobre ellos brillaban las estrellas. Isaac se tumbó de espaldas, mirando a lo alto, y gozó con el majestuoso espectáculo del firmamento; aquellas luces en tamaña hondura negra le hacían pensar, simplemente, en inmensidades colosales. Pensando en las palabras que Isaías le dirigió en el día que despertó en su casa, se preguntó si sería cierto que detrás de aquellas telas obscurísimas y aquellos luceros en la altura, detrás de todo lo visible, esperaba a cada hombre el Dios de los hebreos y, con Él, su Hijo aguardaba el momento propicio para venir a lo palpable. Habló de todo ello con Telamón y Esquilo. Y los tres concluyeron que más tarde o más temprano, posiblemente en la próxima jornada, para todos ellos, como ya lo había hecho para sus antepasados y lo seguiría haciendo para todos los que quedasen por nacer, se acabaría rasgando aquel velo de misterio que envolvía tanto la tierra, como el mar y el cielo, descubriendo al fin lo que ocultaba. Finalmente, cuando con la primera luminosidad los luceros comenzaron a apagarse, despertaron a sus hombres. El último día del año había dado comienzo. Y a su frío resplandor los reales de Ciro, magníficos e inmensos, eran perfectamente visibles en el centro de aquella multitud.

Ciro el Grande, hijo de los Aqueménidas, no salió de su tienda en toda aquella mañana en la que Isaac esperaba el eclipse con sus hombres. Una vez transcurrida la mitad della, decidió que la siguiente él y Nabónidas dejarían de vigilarse. Y dio la orden a su heraldo principal de que se anunciara por todo el campamento que la próxima jornada se haría el primer intento de cruzar el río. Una vez tomada esta disposición, se preparó para almorzar. Mientras lo hacía abundantemente, recostado, acariciando el pecho de una esclava, se regodeaba disfrutando con el pensamiento de su próxima victoria. Babilonia, la de las siete puertas, la de las altas torres, sería suya dentro de poco. No había en todo aquel contorno otra ciudad que la igualase en fama y esplendor. Vengaría sobre el hijo las derrotas que su padre provocase antaño en el suyo. Cyrus sabía que Babilonia caería a los pies de sus ejércitos.

Hizo llamar a un escribano, mientras comía naranjas por postre, sin dejar de acariciar por ello el cuerpo de la esclava. El escribano se presentó y un Cyrus un tanto soñoliento por el vino y la opípara comida le ordenó que consignase por escrito que había sido en tal día que el soberano decidió cruzar el Tigris a la mañana siguiente. Se preocupaba constantemente por mantener escrita la memoria de sus actos para que así, reflejado en los anales de su pueblo, no se perdiese el recuerdo de sus victorias. En ello estaba, dictándole a aquel hombre, cuando su mano detuvo su caricia en el pezón turgente. Algo extraño sucedía. El escribano, sorprendido porque su amo se había detenido en la mitad de una frase, esperó sin preguntar.

—¿Qué pasa?—. Preguntó Cyrus extrañado, sin dirigirse a nadie en concreto—. Algo extraño ocurre—. Afirmó.

El escribano miró a su alrededor, sin comprender lo que pasaba. Un enorme guardia, de cuerpo protegido por placas de metal sobre la tela y armado de una gigantesca espada, la cual

sabía manejar con suma destreza, se revolvió inquieto, a un lado de la mesa baja en la que reposaban los restos del banquete. Aquel gigante jamás se separaba de Ciro.

Éste, de pronto, sintió temblar todo su cuerpo. Se dio cuenta de que, inexplicablemente, se hacía la noche en la mitad del día. La sombra nocturna crecía a la hora en la que el Sol debía lucir más alto. Murmurando plegarias a los dioses, Ciro se dobló, y enterró su cabeza entre las manos. El guardia, aunque presa del mismo pánico, se mantuvo firme. El escribano huyó, aullando súplicas a todo lo sagrado. Por todo el campamento persa se extendía el pánico, al hacerse visibles los luceros sobre él a la hora de la siesta. Los hombres se postraban de rodillas, o se tumbaban temblorosos cuán largos eran, rostro en tierra. El miedo se contagió a los animales y algunos elefantes se soltaron de los amarres que unos asustados guardias habían abandonado; las gigantescas bestias se dieron a correr por todo el campamento, barritando, derribando tiendas, pisoteando a los hombres postrados y contribuyendo a aumentar su miedo y su desorden. En medio de esto, ninguno de ellos advirtió a los dos mil que, a la carrera y empuñando sus espadas, descendían sin un grito de guerra las lomas situadas en el extremo norte del campamento.

Cuando los dos mil que Isaac mandaba estuvieron sobre los persas, penetraron sin pérdida de tiempo sobre sus cuerpos aún tendidos, matando al paso a cuantos, simplemente por haber levantado la mirada, se ponían en pie, desposeídos de sus fuerzas por el miedo, para hacerles frente débilmente. Por todo el campamento, cubierto por las sombras, cundió una voz de alarma: un soldado huía empavorecido, con el rostro amarillo, gritando que todo el ejército de Nabónidas estaba sobre ellos. Fue la chispa que prendió la mecha de la huida. A un hombre siguió otro y pronto la entera multitud de persas se dio a correr, abandonando todo cuanto poseía, esclavas, armas, animales, oro... En medio de la desbandada general, la guardia personal de Ciro, compuesta por dos mil jinetes, se reunió, indecisa y desmontada, frente a la tienda de su soberano. Allí hicieron frente a los dos mil de Isaac. El rey,

a todo esto, aunque la luz retornaba poco a poco, no sacaba su cabeza de entre sus rodillas. En aquel momento, presa del pánico, ignoraba el significado de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, incluyendo voces, aullidos, barridos y ruido del metal de las espadas cruzándose ante su tienda.

En un momento dado, por el rabillo del ojo entrecerrado, vio que el Sol lucía de nuevo. Entonces levantó la mirada, para descubrir a un hombre, apenas un muchacho, de pelo y ojos negros, que tenía una espada alzada y lista para descargarse sobre su cabeza. En aquel instante el Gran Rey se dio por muerto. Isaac descargó el golpe. Pero la espada del gigante que jamás se separaba de Ciro lo detuvo. Isaac gritó, ansioso:

—¡Aquí los míos! ¡La cabeza del Gran Rey pende de un hilo!

En ese momento, el guardia personal del soberano le arreó una patada a éste, gritándole que huyera y se salvase, al tiempo que hacía frente al pequeñajo. Ciro reaccionó. La única salida de la tienda, la frontal, estaba ocupada por la lucha. Así que, volviendo las espaldas, tropezando con la mesa en la que acababa de almorzar, trató de abrirse paso por la parte posterior. Sin pensar en nada más que huir, se abalanzó sobre las telas. Los clavos con que estaban sujetas cedieron y la tienda se desplomó sobre los que la ocupaban. Ciro, trastabillando, envuelto en lo que de repente se le antojaba su sudario, las arrastraba consigo mismo, totalmente cegado. En ese momento, a su lado, apareció de nuevo el gigante. De un tajo rasgó la tela frente al Aqueménida, quien salió por el hueco. Una vez a la luz del renacido Sol, descubrió que su ejército en pleno huía a la carrera hacia levante, alejándose del Tigris. Y él, como uno más, huyó también, protegido por su guardia.

Sonriente y feliz, llevado a hombros por Telamón y Esquilo y rodeado por los supervivientes de los dos mil expedicionarios, Isaac entró en un campamento de Nabónidas que ya conocía la retirada del ejército del Persa, por haberse adelantado uno de aquéllos, loco de alegría, a hacer correr las nuevas. En el camino por el que fue llevado hasta los reales del rey de Babilonia todo el ejército de éste se ponía en pie al paso de semejante y victoriosa comitiva, lanzando vivas a su líder, aullando de euforia, golpeándose unos a otros en éxtasis pletórico; todos los hombres pugnaban por cargar con su peso, pero Telamón y Esquilo no lo permitieron. Cuando llegaron a la tienda de Nabónidas, descubrieron que éste, alertado por los gritos, había salido a recibirle y le esperaba a la entrada; un ceñudo Utu y un sonriente Dumuzi le flanqueaban. Los helenos, finalmente, le depositaron con todo cuidado en el suelo, frente al Rey. Isaac tomó entonces un copón de oro que uno de sus voluntarios portaba y lo depositó a los pies de Nabónidas, diciéndole, al tiempo que le hacía una reverencia:

—Majestad, os traigo este presente desde la tienda del Gran Rey.

Nabónidas dijo:

—Me han dicho que casi le cortas la cabeza a Ciro. Los que estaban en la otra orilla se han alejado de ella, aunque nuestros exploradores dicen que no se han retirado totalmente. De todas formas, tu brillante acción de guerra le ha dado un respiro a Babilonia. Ven a mis brazos, viejo amigo.

Isaac se abrazó con Nabónidas. Después éste, poniendo una mano en su hombro, le hizo volverse de cara al ejército, que contemplaba la escena con lágrimas de emoción.

—¡Que todo el ejército lo oiga! ¡Por la victoria que acaba de obtener, restituyo a este hombre todos los bienes que le confiscé y le nombro consejero militar de primer orden! ¡Isaac, de padre

hebreo, viejo amigo de la familia del Rey, estuvo a punto de cortarle la cabeza a Ciro el Grande! ¡Por todo ello, el Rey de Babilonia le distingue con bienes, honores y amistad! ¡Viva Isaac el Grande!

Punto en el cual, la muchedumbre alzó la voz para gritar su viva.

Acto seguido, el Rey hizo entrar a Isaac en su tienda, dejándole pasar primero, sin quitar la mano de su hombro. La multitud se dispersó para gozar con el vino, la cerveza y las esclavas, y para holgarse en grupos reunidos al calor de una lumbre con la versión que cada uno de los integrantes de la expedición tuviese a bien el ofrecerle.

Dentro de la tienda, todos se sentaron a comer. El rey dijo:

—Haré enviar un mensajero a la ciudad para levantar la moral de nuestro pueblo.

Desde el día del eclipse, Inanna había quedado liberada del servicio religioso por lo que, abandonando el Templo e ignorante de la suerte de Utu, como la de todo el ejército, caminó aquella tarde, entre el gentío, mientras caían las sombras, hasta su humilde cabaña de adobe, en uno de los barrios más míseros de la ciudad. Se detuvo un momento en la penumbra del umbral, contemplando la casa que la había visto nacer. Tras un año de abandono, estaba vacía y polvorienta, salvo por algún que otro escombro. Quienquiera que fuese, se había llevado hasta el último mueble. Y ahora, ¿qué?, se dijo.

Entró y se sentó en el suelo, a contar las pocas monedas de cobre que había en su bolsa y que en total, hacían un número de treinta. Con eso tenía para vivir sólo unos pocos días, semanas a lo sumo.

Talmente los vivió, en la máxima penuria, comiendo una sola vez al día y durmiendo sobre el suelo hasta aquél en que, vagando por la calle del Templo en el que había prestado servicio a Ishtar, se encontró con Isaías. Y se aferró a él, diciéndole:

—Isaías, préstame tu ayuda.

Postróse de rodillas, suplicante, sobre una bosta de vaca. Isaías, a quien, después de haber padecido bastante en esta vida, y casi sin que él se diera cuenta de ello, la única emoción que verdaderamente le movía era la compasión, la hizo levantarse.

—¿Qué te ocurre?

—Me he visto reducida a la pobreza—. Contó Inanna entre lágrimas—. Al acabar mi servicio en el Templo, con el eclipse, ya no soy alimentada. Al salir de él esperaba casarme bien con Utu. Pero la guerra se ha interpuesto. Ni siquiera sé si él está vivo. Todo lo que me queda son estas cinco monedas de cobre. Con eso tengo para comprar una perdiz. Pero no para la leña en la que asarla. Ayúdame, te lo suplico.

—Yo soy pobre. Pero algo me queda. ¿Sabes dónde está mi casa?

—Sí.

—Ven a comer a ella cuando estés hambrienta. Ya Dios lo remediará con qué.

—Gracias—. Dijo ella, sin dejar derramar lágrimas, besándole las manos.

En ese momento, justo donde ellos estaban, se formó un tumulto de gente que abría paso al heraldo real. Isaías e Inanna siguieron a la multitud. El heraldo se colocó en su sitio. La gente estaba ansiosa de tener noticias del frente. Y casi todos estaban seguros de que hablarían de la derrota de Nabónidas. ¿Qué dispondría Ciro sobre todos ellos? Aguardaron en silencio.

—Se hace saber... Que en el mismo día en el que se produjo el eclipse... Que fue el mismísimo predicho por nuestros sacerdotes... Se aprovechó tal circunstancia para que el ejército del Rey cosechase una gran victoria sobre las huestes de Ciro, estando éste mismo a punto de perder la cabeza en la batalla... Victoria que el Rey desea se reconozca como iniciativa única del valor e inteligencia de Isaac, hebreo nacido en la ciudad y antiguo amigo suyo... Por todo lo cual se restituye a su familia todo su oro y sus rebaños... Así mismo... Se hace saber... que se lo nombra consejero militar de primer orden... Así mismo... Que las huestes de Ciro se han retirado a treinta parasangas hacia el este de la orilla del río Tigris, donde se encuentran acampadas... Todo lo cual se anuncia para que el pueblo sepa que Babilonia, cuando menos, resistirá por otro día.

A medida que iban escuchando las noticias, se fueron alzando exclamaciones de sorpresa y alegría de los expectantes. Cuando el heraldo terminó, todo el mundo se abrazaba. Y el nombre de Isaac estaba en boca de todos, pudiendo escucharse algún viva gritado al mismo. El heraldo, de rostro normalmente imperturbable, parecía sonreír al descender del sitio. Por eso, cuando vio luchar a Inanna con sus guardias, compadecido de que un rostro tan hermoso tuviera tal gesto de preocupación, les dijo:

—Dejadla pasar.

Inanna le preguntó, sintiendo que el aliento le fallaba en los pulmones:

—¿Sabéis si Utu, caudillo de los ejércitos del Rey, sigue con vida?

—Sí, señora, sigue con vida.

Sólo entonces respiró a pleno pulmón, aliviada. Ya no quedaban dudas: el heraldo sonreía.

—Gracias. Me quitáis un peso de encima.

Cuando heraldo y guardias marcharon, Isaías se le acercó entre la multitud que daba saltos de alegría y le dijo:

—No sé si admirar tu fidelidad o despreciar tu estupidez. Fíjate en el hombre que has perdido.

—Ahora empiezo a verlo. Babilonia le debe como mínimo otro día. Todos nosotros estamos en deuda con él. Pero todos debemos elegir tarde o temprano. Y, si el número de cosas que apartamos al hacerlo es infinito, con todo y ello, eligiendo sólo una salimos ganando. Otra cosa no podemos hacer.

—¿Y por qué diablos adoráis a dioses infinitos?

—Ahora mismo, le rezaría a cualquier dios porque tanto Utu como Isaac salieran con vida de una guerra victoriosa y Babilonia se salvase.

—¿Para qué? ¿Para seguir con vuestras prácticas idólatras y obscenas?

—Sí, para eso mismo.

Los dos vecinos de la calle no se habían movido de la leña. Desde ella escucharon el pregón. Pero no se unieron a las celebraciones de la gente. El del parche le preguntó al de la cicatriz:

—¿Qué te parece?

Éste respondió:

—Que las alturas están con Babilonia. Quizá la torre del Rey haya llegado tan alto que por fin desde su cima los dioses escuchan nuestras súplicas.

De pronto, para su sorpresa, observaron que la algarabía y los vivos a Nabónidas, a Utu, a Isaac y a Babilonia, cesaban por

completo. La gente había enmudecido y empezaba a postrarse en el suelo, de rodillas, desde un extremo al otro de la calle, tocando con su frente el piso. El sacerdote real había hecho su aparición en un extremo de la calle. La recorrió a paso lento, regalado, con los brazos cruzados a la espalda. Al llegar a la altura en que el heraldo se colocaba, observó que había un hombre puesto en pie. Era Isaías. Le preguntó:

—Tú. ¿No te postras?

Isaías respondió, en tono sereno:

—No.

En ese momento, los dos vecinos de la leña, que también se habían postrado, se levantaron y, saltando sobre los cuerpos arrodillados, se arrojaron sobre él, exclamando:

—¡Al suelo, perro hebreo! ¡Rinde tu humillación a la sabiduría que te ha salvado!

Isaías, golpeado en el estómago, dobló las rodillas. Y ellos dos, de pie, lo mantuvieron sujeto en tal posición.

Después de lo cual, el sacerdote continuó con su camino, terminando de salir por el otro extremo de la calle en medio de un silencio sepulcral.

En la tienda de Nabónidas, a orillas del Tigris, Utu le presionaba para que, construyendo otro puente con la madera de los bosques vecinos, ya que la del primero se había perdido río abajo, tornase cuanto antes el ejército a cruzarlo de nuevo para atacar a Ciro con los hombres que les quedaban, porque el momento no podía ser más oportuno, con los suyos confiando en la victoria y el ejército del Persa acurrucado temerosamente a treinta parasangas. Isaac era de la misma opinión. Pero el rey no se decidía. Aquella mañana, entre los dos, casi habían logrado convencerle cuando escucharon un tumulto de voces en el campamento. Nabónidas envió a ver qué sucedía y el eunuco retornó para decir que un hombre, portando un estandarte con las enseñas de Ciro, cruzaba el río de pie sobre una barca de remeros, en dirección al campamento.

—Un heraldo—. Dijo Nabónidas, quien no esperaba aquello—. Así que Ciro parlamenta, ¿eh? Quizá ha perdido algo más que su caballería—. Luego se dirigió hacia el eunuco—. Dile a mi heraldo que anuncie a los hombres mi deseo de que el de Ciro sea respetado. Luego, cuando llegue a esta orilla, que lo traigan a mi presencia.

El eunuco salió a toda prisa, después de hacer su reverencia. Se hizo un silencio en la tienda. Alrededor de la mesa bien surtida se reclinaban en cojines Nabónidas, con Isaac a su derecha, Utu a su izquierda y Dumuzi, al frente. Éste comía lánguidamente de un racimo de uvas. Todos sentían curiosidad por lo que Ciro tuviera que decirles. Pero nadie dijo nada. No esperaron mucho rato. Al poco tiempo, se hizo pasar a un hombre atemorizado, que portaba un estandarte con la enseña de Gran Rey. Hizo una reverencia. Nabónidas se preguntó en el último momento si sería menester traer al intérprete, algo en lo que nadie había reparado. Pero entonces el heraldo habló en una lengua babilonia tildada por acento persa, diciendo:

—Majestad...

—Habla.

—Mi Rey, Ciro el Grande...

—Ya no tan grande...—le interrumpió Nabónidas. El hombre continuó, tomando aliento:

—Os ofrece una tregua de seis meses. Jura que, durante ellos, no intentará cruzar el río. En prenda de lo cual os entrega por rehén a su hijo y heredero, quien espera a poca distancia de la otra orilla junto a su padre el momento de cruzar ambos a la distancia suficiente de vosotros como para que podáis reconocerlos como padre e hijo. Ciro sabe que al menos uno de vuestros hombres ha visto bien de cerca su rostro y que será capaz de reconocerle como el auténtico Rey de los persas.

Se hizo el silencio. Hasta que Nabónidas dijo:

—Muy bien. Retiraos hasta que os dé una respuesta.

El rey miró a Isaac, diciéndole:

—Tan sólo tú de entre nosotros has contemplado el rostro de Ciro. No te separarás de mí. Por lo demás, si en el día de hoy contemplamos al Gran Rey y a su heredero sobre las aguas del Tigris, ¿qué me aconsejáis? ¿Aceptamos las treguas o atacamos? ¿Tú que dices, viejo amigo?

El hebrero contestó:

—Debemos tender una celada sobre el río y hacernos con Ciro. Cuando menos, intentarlo.

Utu intervino bruscamente:

—Eso podría romper las treguas. Es peligroso. Seguramente acudirán bien protegidos. No van a arriesgarse totalmente, por muy asustados que estén. Un fallo nuestro en un acto tal, totalmente desprovisto de nobleza, podría encorajinarlos y hacerles recuperar el valor. Todavía pueden intentar cruzar el río en el día de hoy. No hay más que treinta parasangas entre su campamento y el nuestro.

—¿Y qué propones tú?

—Mi opinión, señor, ya la conocéis. Debemos rechazar las treguas, aprovechar que la iniciativa nos pertenece y ser nosotros los que crucemos el río para atacarlos. Sin dilación.

—¿Dumuzi?

—No se puede tomar una decisión a la ligera. No habéis consultado a los augures, ni visto las entrañas de las víctimas. Mi consejo señor, es que, cuando menos, pongáis a Ciro a tiro de arco sobre el río, de modo que podáis parlamentar con él. Así conoceréis mejor a vuestro oponente. Luego podréis tomar la decisión que os plazca. Pero, de momento, aceptad lo que os ofrece.

El Rey lo pensó un momento antes de responder:

—Utu, quiero que tomes al mejor arquero del ejército y lo coloques oculto entre los hombres; quiero que le instruyas para que tenga el arco tenso y preparado en el momento en que vea a Ciro a la distancia suficiente como para hacer blanco en él. Pero asegúrate de que entienda que no quiero que dispare hasta que reciba una orden directa mía u os haré despellejar a ambos, a ti y al arquero.

Utu salió de allí, después de hacer la reverencia.

—Que entre el heraldo.

Se hizo pasar al mensajero de Ciro. Así le habló Nabónidas:

—Decid a vuestro Rey que les espero a él y a su ralea en esta orilla, para ver si se parecen uno a otra. Y ahora marchaos.

Nabónidas, muy excitado, pasó el resto de aquella mañana caminando arriba y abajo a lo largo de un trecho de la orilla del río, frente a sus reales, echando continuas miradas hacia a la otra. Todo el ejército, también nervioso, formaba en orden de batalla. Se colocó al arquero oculto entre las filas, debidamente instruido. Y todos esperaron.

A la hora de comer se escuchó a lo lejos el tronar de aquellas bestias que Ciro llevaba con su ejército, al tiempo que su compacta y numerosa formación se hacía visible al alinearse en la orilla oriental. Iban cargadas con torretas ocupadas por hombres. Tras ellas llegó un nutrido contingente de infantería persa que se alineó cubriendo una generosa franja de horizonte. Éstos hicieron sitio a los que llegaron después, transportando alargadas embarcaciones, las cuales fletaron justo a la altura de la tienda de Nabónidas -quien todo lo observaba atentamente- en un número que podía llegar hasta la treintena. En medio de ellas, inconfundible, destacaba la

barcaza real. Los persas embarcaron. Al avanzar sobre el río, impulsada la barcaza de Ciro por numerosos remeros y flanqueada por el resto de navíos, se hicieron distinguibles los hombres que ocupaban todas ellas. En las barcas alargadas se habían dispuesto lo que seguramente serían arqueros, a razón de unos diez por cada una. Sobre la plataforma central y elevada de la barcaza real, a la que habían desprovisto del techo, para que su sombra no estorbase la visión, Nabónidas adivinó a cuatro hombres puestos en pie alrededor de un trono; uno de ellos, el que permanecía detrás de todos, era un auténtico gigante. Todas las embarcaciones iban provistas de pértigas, para que, al detenerse, pudiesen mantener la posición a pesar de la corriente. Tras recorrer dos tercios de la anchura de la misma, uno de los hombres que ocupaban la plataforma de la barcaza real levantó la mano que apoyaba en el hombro del más bajo de los cuatro, a quien llevaba delante, como para mostrarlo y dio una orden en voz alta. El avance se detuvo. Los hombres preparados al efecto hundieron sus pértigas en el río. Pero, con todo y ello, la posición les resultaba difícil de mantener. Y hacían constantes esfuerzos, sobre todo en la mayor de las embarcaciones, para que no se las llevase la corriente. En el momento en que el Persa ordenó el alto, el arquero de Nabónidas, oculto, levantó el arco, tensó la cuerda con la flecha preparada y apuntó, esperando la orden del rey.

Desde el momento en que la había escuchado, por boca del heraldo, Ciro no había dejado de rumiar, tratando de digerirla, la insultante palabra que Nabónidas había dirigido contra su descendencia. Nadie le había hablado así jamás, en todos los años de su vida. Al escucharla delante de sus hombres, alzó su voz potente y traspasada por la rabia para jurar sobre la misma sangre que estaba entregando al enemigo que, tarde o temprano, le haría tragar a éste la ofensa arrojada sobre ella.

Al punto que se detuvieron las embarcaciones, los rostros de los cuatro ocupantes de la mayor de ellas eran bien visibles desde donde estaba Nabónidas. Éste pudo reconocer sobre la plataforma

al mismo heraldo que había visitado su tienda esta mañana. Se volvió a Isaac. Éste afirmó en tono tajante:

—Es él. No hay duda. Tenéis delante a Ciro el Grande, Majestad.

Nabónidas dudó, mirando al eunuco que transmitiría la orden de disparar en el instante en que él la diera. Entonces se alzó la voz de Ciro sobre el río y el heraldo tradujo sus palabras:

—¡Salud, Rey de Babilonia! ¡El Rey de Persia se presenta con su hijo! ¡Respeto vuestra victoria del otro día! ¡Ignoro qué dioses tan potentes favorecen vuestro pueblo pero, de cualquier modo, aquí traigo a mi hijo mayor y al heredero de mi imperio...!

—¡Si le queda imperio que heredar!—. Gritó Nabónidas.

—¡...Para entregarlo como rehén en prenda de las treguas que os ofrezco por seis meses, durante las cuales juro no intentar cruzar el río Tigris! ¡Si las rompo, cortadle la cabeza! ¡Pero algo más os digo! ¡Después de esos seis meses, el día que yo entre victorioso en Babilonia, respetaré la vuestra a cambio que conservéis la vida de mi hijo, por más duro que sea el asedio y cruda la batalla!

Nabónidas le preguntó:

—¿Y si la perdéis?

—¡Podréis hacer con él lo que os plazca porque, efectivamente, no le quedará imperio que heredar!

El rey Nabónidas, entonces, herido en su orgullo porque, aún recientemente derrotado y prácticamente en sus manos, Ciro continuaba amenazando su reino, pensó en jugar la baza del arquero. Se pasó la lengua por los labios, todavía dudando:

—¡Desde aquí tenemos que gritarnos y el frío que hace no le sienta bien a mi garganta! ¡Además, mi vista no distingue desde aquí vuestras facciones! ¡Acercaos un poco más!

Ciro miró en torno suyo, perplejo, sintiéndose, también por primera vez en su vida, repentinamente privado de alguien a quien obedecer. Entonces, a una voz suya, las embarcaciones avanzaron cierta distancia. Luego adelantó a su hijo un poco más, mostrándolo delante de él y apoyando una mano en su hombro. En

aquel momento, el cuerpo del heredero se interponía en la línea de tiro del arquero de Nabónidas, ocultándole casi por completo la vista del Gran Rey. Y, a pesar de los esfuerzos de los hombres de las pértigas, la barcaza de Ciro no dejaba de moverse sobre la corriente, dificultando el hacer blanco. Mientras tanto, los arqueros del persa tenían las armas preparadas, con las flechas colocadas sobre las cuerdas ya tensas, pero mantenían los arcos ocultos sobre sus rodillas.

—¿Le veis?—. Decía Ciro, a través del intérprete—. ¿Acaso se parecen más la una a la otra dos gotas cualesquiera de este mismo río que yo mismo a mi hijo?

—¡Más cerca, por favor!.

Entonces Ciro, estallando, gritó en la lengua vernácula de Babilonia:

—¡Vamos, Nabónidas! ¡Alguna vez oí decir que sois el pueblo de las águilas, porque ellas escogen vuestras torres para hacer sus nidos en la cima! ¡Haced honor a tal reputación y reconoced desde donde estáis en mí a mi parentela!

A lo que Nabónidas repuso:

—¡En mi vida escuché yo tal comentario! ¡Y hasta ayer mismo se decía que yo era poco menos que un borracho mujeriego! ¡Y tanto lo decían que yo mismo llegué a creerlo y abandoné los ejercicios militares! ¡Pero estoy cambiando el concepto que tengo de mí mismo! ¡Y le estoy pillando el gusto a esto de las guerras! Además, puedo escuchar que habláis perfectamente nuestra lengua. ¿Cuántas trampas más me reserváis? ¡Tengo que asegurarme de que ese joven es de vuestra sangre! ¡Más cerca!

Ciro dio la orden a sus remeros de acercarse un poco más y después mantener a toda costa la distancia.

Nabónidas musitó unas palabras al eunuco que esperaba en pie a su lado quien, corriendo entre las filas, se llegó hasta el arquero oculto en ellas para hacerle una pregunta al mismo, el cual, sin dejar por ello de apuntar a su objetivo, negó con la cabeza. El eunuco regresó a toda prisa y murmuró al oído de Nabónidas.

Ciro observó todos estos movimientos con recelo.

—¡Rey Nabónidas, ignoro si fue suerte, destreza militar o poder de vuestros dioses lo del otro día! ¡Pero cierta vez escuché decir a un jonio oriundo de Mileto que el Sol no era más que una piedra ardiendo en las alturas! ¡Y que los eclipses se deben a que la Luna, la cual, según él, tampoco era divinidad, si no otra piedra, se interpone entre aquél y este bajo mundo! ¡Yo ignoro todo esto! ¡De hecho, cuando lo escuché me pareció suma impiedad! ¡Pero estaría más que dispuesto a creerlo si pretendéis que me acerque un palmo más! ¡De los griegos que hay en mi tierra se aprende mucho! ¡Y dicen que el hombre victorioso se suele confiar a su orgullo y su soberbia hasta el día en que los dioses lo derriban de un plumazo! ¡No tentéis al poder que aún me respalda! ¡No me acercaré un palmo más!

—¿Qué hacemos?—preguntó Nabónidas. E Isaac respondió:

—El blanco no es seguro y ellos dos se parecen como padre e hijo.

Nabónidas le gritó a Ciro:

—¡Dejad que escuche la voz de vuestro hijo, para ver si es como la vuestra!

Ciro susurró a su hijo:

—Di algo, hijo.

Pero el joven, demudado, no pudo hablar. Hasta que su padre lo animó:

—¡Vamos, guerrero! ¡Te he visto dominar peligros más feroces!

Entonces el joven alzó una voz potente y orgullosa:

—¡Salud, Rey de Babilonia! ¡Éste es mi padre, Ciro el Grande, derrotado el otro día por vuestras fuerzas! ¡Hoy me entrego a vos como premio por vuestra victoria!

Nabónidas dijo a los suyos:

—Sus voces se parecen tanto como sus facciones. ¿Qué hacemos?

Dumuzi contestó:

—Se mantienen orgullosos, confiados en la victoria final,

serenos, razonables y fríos. El blanco no es seguro. Aceptad las treguas.

—¿Qué dices, Isaac?

—Soy de la misma opinión.

Y Utu intervino por primera vez:

—Señor, si me permitís expresar la mía...

Pero el rey le interrumpió:

—Guardadla para vos. Ya he decidido. Aceptaré las treguas.

¡Ciro el Grande, acepto tus treguas! ¡Que tu hijo se embarque en uno de tus navíos más pequeños y se llegue hasta esta orilla!

Aliviado, Ciró obedeció. Se separó de su hijo con un abrazo, musitando unas palabras en su oído. El muchacho, embarcado con dos remeros, cruzó el trecho de corriente que le separaba del ejército enemigo. Al desembarcar, a los pies de Nabónidas, éste lo entregó a su guardia personal, afirmando que, tanto si la integridad del muchacho como su estrecha vigilancia no eran respetadas, el responsable pagaría con la tortura.

Para cuando el muchacho llegó al campamento babilónico, Ciró y sus hombres ya habían comenzado a remar en dirección opuesta. Nabónidas observó cómo su oponente desembarcaba y todos los persas desaparecían en el horizonte. Entonces dijo a sus consejeros:

—Regresemos al real, porque es menester deliberar.

Una vez en la tienda, el rey y sus tres favoritos se tendieron en torno a un almuerzo intacto, que había sido servido durante la entrevista. El Rey comenzando a comer, dijo simplemente:

—¿Y bien?

Utu, que estaba casi fuera de sí ante la oportunidad de atacar que habían desaprovechado aceptando las treguas, fue el primero en hablar, consiguiendo hacerlo en tono sosegado:

—Majestad, si aún cuenta mi opinión, diré que, cuando menos, debéis mantener su ejército vigilado. Sugiero dejar parte de los hombres acampados en este lado del río, y que no se muevan

del sitio a menos que los Persas lo hagan—. Luego hizo una pausa. Y el tono de su voz había cambiado cuando dijo—: En otro orden

de cosas, majestad, tengo una petición personal que haceros...

El rey dijo:

—Salvasteis una situación desesperada en el primer encuentro. Sed el primero en hacer la petición.

—Veréis... Mi corazón se halla dividido entre el deseo de permanecer aquí, en pie con el ejército, y el de regresar a Babilonia para casarme cuanto antes. ¿Qué consejo me dais vos?

—Confiamos en las treguas. Pero, tal y como me aconsejas, mantendré a un numeroso contingente en esta orilla, abastecido desde la ciudad. Todos necesitamos un descanso. Así pues, Utu, mi consejo es que regreses conmigo a Babilonia y te cases cuanto antes. A fin de cuentas, quizá te queden sólo seis meses de vida. Goza de ellos en tu matrimonio. Yo mismo oficiaré la ceremonia. En cuanto a ti, Isaac, viejo amigo y primer consejero militar, es mi deseo que permanezcas aquí, al frente de mis hombres. Te doy plenos poderes sobre ellos, incluido el de su vida y muerte. Así lo haré anunciar.

Entonces el rey dio unas palmadas en alto. Y uno de sus sirvientes, que esperaba en pie a sus espaldas, se inclinó sobre su hombro.

—¡Quiero oír las cítaras y flautas en mi tienda y en todo el campamento! Que entren las bailarinas.

CAPÍTULO TERCERO

LA CAÍDA

Seis corceles árabes, cabalgando sin descanso noche y día, atravesaron en siete jornadas las llanuras y corrientes que separaban el campamento de Nabónidas de la ciudad que, al menos por otros seis meses, seguiría siendo capital de su Imperio. Al llegar a ella, sus tres jinetes dieron parte a los heraldos y estos extendieron la noticia de las treguas. Ante ésta, la opinión del pueblo se dividió entre los que celebraron el medio año de paz y los que pensaron que se había sacado poco de la gran victoria de Isaac y desaprovechado el miedo del Persa para, asestando un golpe definitivo, acabar victoriosamente aquella guerra. Pero, como ésta misma había comenzado con bien fundada expectativa de derrota, y dada la vida que Nabónidas había llevado hasta entonces, que nada bueno hacía presagiar, el juicio general consideró que el rey había dado la talla y que, cuando menos, le había otorgado a Babilonia una esperanza, por mínima que fuera, de salvarse. Por ello, toda ésta le preparó un gran recibimiento el día que, un mes después de llegados los corceles antedichos, entró sonriendo, al frente de la mitad de los hombres que le quedaban, por su puerta de levante, en la que ya se agolpaba una multitud gritando vítores. Las calles por las que la columna hizo el recorrido deliraban llenas de alegría. La gente arrojaba flores al paso del caballo de Nabónidas, quien montaba con Utu a su derecha y Dumuzi a su izquierda. Más pétalos caían de los balcones, llenando el aire en el que flotaban. Tan sólo un detalle de aquel recibimiento molestó al Rey. Y era que, de entre la multitud que celebraba su llegada, pudo escuchar cómo se alzaban voces que gritaban a su paso:

—¡Viva Isaac!

—¡Mostradnos a Isaac!

—¿Le habéis visto? Creo que no se halla presente.

La columna desfiló ascendiendo cuestras, girando esquinas, recorriendo calles, todo ello a la sombra cada día más gigantesca de la torre que el padre de Nabónidas se estaba construyendo.

Finalmente, seguida por aquel gentío, llegó a la plaza central de la ciudad, en la que otra multitud les esperaba, dividida en dos por los guardias de palacio, que hacían pasillo al rey hasta las escaleras que subían a la puerta principal de su ciudadela. Nabónidas lo recorrió, seguido por sus hombres. Al final dél, al pie de los escalones, desmontó. En la cima dellos, entre las columnas, le esperaban su padre, con Urnamma a la derecha y un grupo de sacerdotes a la izquierda, al frente de los cuales se encontraba aquel cuya cabeza se había salvado por un día. Nabónidas los subió e hizo una reverencia a su padre, diciéndole:

—Padre, al final no necesité a los obreros de tu torre.

—Sí, eso he oído. Pero la guerra aún no está ganada.

El rey volvió a inclinarse. Después se dirigió a su sacerdote, que estaba junto al anciano. Y le dijo:

—Sacro maestro, aún hay unas palabras bruscas entre nosotros por las que debo disculparme. Gracias a vuestra ciencia, el día en que prometí hacerlos la guerra se ha transformado en seis meses de paz para mi pueblo. Seguid vuestros estudios y hacedme saber en todo momento la mejor manera de mantener satisfechos a los dioses, porque no hay nadie en esta ciudad del que yo me fíe más por el momento que de vos.

—Se hará como decís, majestad.

Entonces se volvió a la multitud. Y gritó con voz potente:

—¡Y a vosotros, pueblo mío, os traigo como rehén al mismísimo hijo del Persa! ¡Por su vida os garantizo seis meses más de paz! ¡Durante ellos, debemos prepararnos duramente! ¡Consumid el mínimo de comestibles, por si hay que resistir un asedio! ¡Pero confiad en la victoria, porque vuestro Rey y sus sacerdotes dominan las alturas y son poderosos sobre el cielo! ¿Quién, entonces, se les podrá resistir?

Y del gentío allí reunido se alzó unísono un grito de batalla:

—¡Hai!

El rey tenía algo más que decirles. Y continuó así:

—¡Una cosa más! ¡Sé que esperabais rendir honores a Isaac, verdadero héroe del pueblo, quien estuvo a punto de cortarle

a cabeza a Ciro y acabar con esta guerra! ¡Pero debéis aguardarle porque, como hombre más capaz de nuestro ejército, le he dejado en el frente, a orillas del río Tigris, vigilando al ejército del Persa! ¡Será menester mantener abastecidos a esos hombres, por lo que todos nuestros estómagos deberán hacer un esfuerzo! ¡Y ahora, cada cual a lo suyo! ¡Seguid con vuestras vidas!

Después de lo cual, se perdió con su padre y sacerdotes puertas adentro. La multitud comenzó a dispersarse; muchos de sus integrantes no tenían ninguna gana de interrumpir el ánimo exaltado que a todos embargaba; y marcharon en grupos a consumir vino y cerveza en abundancia, abarrotando las tabernas, cuyos dueños hicieron su agosto en aquel día.

Después que el Rey se retirase y mientras la multitud marchaba camino de la juerga, Utu desmontó y entregó su corcel a uno de sus esclavos. Quedó en pie, solitario, buscando con la mirada a alguien entre aquélla. Entonces, antes de que pudiese descubrirle, éste se le echó encima, abrazándole. Era Inanna, quien había gastado los escasos ahorros reunidos en un mes de trabajo sirviendo en un mesón para comprarse el vestido que llevaba puesto en aquel día, sobre un cuerpo aseado y perfumado, coronado por una cabellera recién lavada y compuesta. Al aferrar a su hombre, le dijo:

—¡Amor!

Utu le devolvió el abrazo con su fuerza. Y dijo, entre los besos con que ambos se cubrían:

—¡Por fin!

—¿Estuviste en mil peligros?

—Sí. Pero la esperanza de que llegase este momento me dio fuerza en el combate. Por esto abandoné a mis hombres. El mismo Rey me dijo que oficiará la ceremonia.

—¡Es un gran honor! ¡Sagrada Ishtar, qué feliz me siento! ¡Te ofreceré el incienso y la seda más caras que se puedan encontrar para que alargues los seis meses hasta el día en que pueda malcriar a los nietos de este hombre!

Los vecinos del Templo de la diosa que casi nunca se movían de la leña, habían hecho una excepción en aquel día. Y

hallándose en la plaza, entre la multitud, al dispersarse ésta se acercaron a las escalinatas de un pórtico adornado con estatuas, en las que se sentaron. Desde ellas, observaron cómo Utu e Inanna se abrazaban entre besos, al pie de los palacios del rey. Y el del parche le comentó al de la cicatriz:

—Ésos dos se casan.

—¡Pobre Utu!—respondió éste.

—¿Por qué dices eso?

A lo que, después de pensar un momento, con el ceño arrugado, el de la cicatriz respondió:

—Según lo que yo sé de las mujeres, las putas son las únicas honradas que hay sobre la tierra. De una puta te puedes fiar porque, por muy sacra que sea, a fin de cuentas está obligada al servicio de acostarse con cualquiera y por ello mismo te importa tres pitos; pero en una esposa no se puede confiar porque, en el fondo, es libre para hacer cornudo a su marido, termina mandando sobre él y en definitiva, le importa a éste demasiado. Además, las rameras le ofrecen a un hombre lo único que una mujer puede ofrecerle a cambio de menos dinero, cargas, sinsabores y peleas que una esposa. En cambio una esposa puede pasarse una vida entera junto a ti, sirviéndote devotamente, para darte donde más te duele el día menos pensado. Hazme caso: el único oficio digno de una mujer es el de la prostitución.

—Bien mirado, no te falta razón.

—¡Qué lástima de los enamorados!

—¿Tú lo fuiste?

—Sí. Para mí hubo una que me quitó hasta las ganas de vivir.

—Yo también.

—Como todos los hombres. Pero ahora, al hacerme viejo, aprecio mucho más la compañía y conversación de un buen amigo. Más aún si es al calor del vino.

—De todas formas, no somos tan viejos. El año ya ha acabado y habrá muchachas nuevas en los templos.

—Y ¿de dónde sacamos las perras?

—Tienes razón. Los vagos estamos siempre sin un céntimo. Pero aún tenemos fuerzas. Podríamos trabajar en la construcción de la torre a cambio de un jornal.

—Yo no doblo el espinazo por follar. Sería mal negocio: un doble esfuerzo a cambio de una sola recompensa. No merece la pena, en mi opinión.

—Creo que tienes razón. ¿Nos volvemos a la leña? El frío arrecia, ¿eh?

Después de lo cual, ambos dos se levantaron y al echar a andar, el del parche le preguntó al de la cicatriz:

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

—¿Yo? Enderezador de plátanos. Esa fruta siempre me ha parecido malamente torcida.

A lo que su amigo respondió con una carcajada y una palmada en la espalda. Y el de la cicatriz le preguntó al del parche:

—Y tú, ¿qué quieres ser?

—¿Yo? Pues no me importaría ser portero de tumbas y mausoleos. Es un vecindario tranquilo, que no rechista ni da problemas.

Quince días después de su entrada triunfal en Babilonia, el rey Nabónidas, asistido por su anciano padre, quien seguiría siendo mientras viviese el primer sacerdote del reino, ofició los esponsales de su caudillo militar e Inanna, sin dejar de advertir maravillado, durante la misma ceremonia y desde el altar sobre el que se elevaba el sahumerio en torno de las víctimas, que la quien ya había sido religiosamente desvirgada era una auténtica belleza. El acto tuvo lugar en el corazón de la ciudadela, en el templo más sagrado de toda Babilonia, dedicado únicamente a los de culto y devoción del propio rey. A él asistió la numerosa estirpe real al completo; los príncipes de todas las provincias del imperio, sin exceptuar una ciudad; cada líder tributario de Nabónidas, hasta el más lejano; y los mayores acaudalados, poderosos y potentes.

Llegada la parte decisiva de la ceremonia, en la que el rey los convertiría en esposos, Inanna fue la primera en prepararse para el dolor. Pero lo hizo gustosa, y sonreía radiante cuando descubrió su muslo izquierdo para recibir en él el hierro al rojo vivo, en cuyo extremo brillaba incandescente la marca heráldica de la casa de Utu. Al ponerla brevemente sobre el muslo de la hembra, levantando un siseo de vapor, Nabónidas decía, entre los gemidos que Inanna trataba de sofocar:

—Con este hierro te marco, como a res que doy en propiedad a Utu, tu marido. Desde ahora le perteneces por entero, sólo a él, únicamente a él.

Después llegó el turno de Utu. La heráldica de Inanna pertenecía a una sangre mucho más modesta. Mientras era marcado se acordó del día, allá en su infancia, en el que había conocido a la que ya era su mujer, y había compartido con ella toda una mañana de juegos en las calles, para correr después hasta su propio padre, pidiéndosela por esposa. Y en las resistencias que había tenido que vencer en su familia, ante la humilde elección que

había tomado y de la que jamás se había desdicho. Entre estos pensamientos y el dolor, no prestó atención a las palabras rituales de Nabónidas, quien dijo:

—Con este hierro te marco, como a res que doy en propiedad a Inanna, tu esposa. Desde ahora le perteneces por entero, sólo a ella, únicamente a ella.

Terminada la ceremonia religiosa, los esposos, precedidos por el rey y su anciano padre, condujeron al resto de invitados al banquete, que fue dado en el salón de los tales del palacio de Nabónidas. Se comió y se bebió en abundancia y todos los caudillos, en parte por respeto a la naturaleza de aquel acto, en parte fascinados por los cochinos espetados, los bueyes guarnecidos y el vino frente a los que estaban alineados, se abstuvieron de debatir abiertamente sobre la delicada situación militar en la que se encontraba Babilonia y se entregaron a un completo disfrute. No obstante lo cual, rondaron algunos comentarios en voz baja, y circularon, traídos y llevados por sus esclavos con el máximo secreto y disimulo, mensajes, preguntas y propuestas, estableciéndose allí mismo alianzas improvisadas, pactos que debían ser celosamente ocultados y acuerdos cuyos mismos juramentados sabían, en el acto de alcanzarlos, que los futuros azares de la guerra se encargarían de liberarles de cumplir. Todo ello, aprovechando la única ocasión de la campaña militar en la que el rey se había dignado reunirlos a una misma mesa. Nadie sentado a ella, por supuesto, se atrevió a pronunciar el nombre de Isaac, ahora famoso, aunque todos los presentes conocían la rivalidad que antaño enfrentase al hebreo con Utu por su esposa. A la mitad del banquete entraron las zampoñas, las cítaras y las bailarinas envueltas en sedas casi transparentes.

Así fue como, al término de aquella jornada, Inanna pasó, llevada por su esposo, de vivir en la humilde cabaña de adobe que habitara desde que nació, exceptuando el tiempo consagrado a la prostitución, a hacerlo en lo que casi era un regio palacio, asistida por esclavos y esclavas de diversas razas. Así fue como pasó del miserable barrio al que estaba habituada a la lujosa vecindad de muchos de los nobles y grandes de Nabónidas. El pecho de

Utu reventaba de orgullo por ser poderoso a ofrecer semejante mutación de estado para la mujer que tanto amaba. Y aquella noche del esponsal, la poseyó por primera vez en su vida. Y el deleite que a ambos provocó el acto sexual, también les mitigó el dolor de las marcas en sus muslos. Ahora se pertenecían el uno al otro por completo. Y en la conversación susurrante que siguió al coito, entre sonrisas y caricias, jugaron, en un mutuo engaño que ambos entablaron sin palabras, a hablar con esperanzas del futuro, sin mencionar la guerra que se aproximaba y el incierto futuro que aguardaba a Babilonia tras las treguas. Y aquella noche durmieron en la más completa de las felicidades.

Cierto día, pocos después, Isaías, como tenía por costumbre, paseaba calle arriba y calle abajo por la del Templo de Ishtar. Se hallaba fascinado por el mérito alcanzado por su amigo Isaac en la defensa de todos ellos, él incluido. Admiraba la manera brillante y repentina con la que su heroica intervención, cuyos detalles ya eran conocidos por toda la ciudad y en la que se mezclaban tanto el valor como la astucia, le había restituido todo cuanto el rey le había quitado previamente. En su fuero interno, nunca creyó que regresara vivo del combate, sino que, más bien, moriría en el primer enfrentamiento que tuviera, como un soldado anónimo del que sólo se preocuparían las bestias de rapiña una vez quedase abierto sobre el campo. Mientras había creído tal cosa, porque Isaac no era ya más que otro pobre hebreo quien combatía como mercenario por la ciudad que lo había visto nacer y amamantado, Isaías le consideraba un hombre reducido a la condición de apátrida, como tantos otros en aquella ciudad en la que todas las naciones se mezclaban confundiéndose, y un desesperado amante que había tomado una heroica resolución al alistarse bajo las circunstancias y razones por las que lo hizo. Pero, en el campo de batalla, las hazañas de su amigo habían estado a la altura de tan magnánima decisión. Y el cuerpo de sus hechos se ajustaba tan bien con el vestido de sus palabras, que Isaías ahora le veía restituido plenamente al seno de la patria de la que había sido excluido y, además, como uno de sus mayores valedores frente al Persa. Y aunque odiase muchas cosas de la ciudad, no por ello dejaba nuestro hombre de admirar la defensa que su amigo había hecho de ella.

De otro lado, Isaías no creía en la victoria sobre Ciro. Pensaba que la de Isaac sólo había retrasado la derrota de Babilonia. Y él, con una mujer y dos niños pequeños a su cargo, temía por su seguridad cuando el Persa entrase en Babilonia.

Esta dependía, al parecer del judío, del tenor del que se diese su caída; si Nabónidas la entregaba en rendición, confiaba en que sus habitantes pudieran esperar cierta clemencia. Mas si el asedio se recrudecía y se daba la batalla, la ciudad sería entregada al hambre y al saqueo, por ese orden. Y en tales circunstancias, Isaías se preguntaba cómo conseguiría él preservar la vida de los suyos. Todo ello hacía crecer en él la convicción de que debía sacar de ella a su familia antes de que la guerra se plantase ante sus muros, cuando ya no fuera posible la salida. Pero había muchos obstáculos que le estorbaban la huida, cuya dirección él sólo planeaba en la que apuntaba hacia Palestina: la distancia del viaje, el peligro de los caminos solitarios, el no poseer más que algunas gallinas, unos pavos y unos ahorros que no le permitían comprar un carro de tiro en que llevar a su mujer y a sus dos criaturas. Como último recurso, y teniendo que vencer una gran resistencia a ello que se alzaba en su interior, Isaías siempre podía recurrir a la ayuda de Inanna, a la que había ayudado en su pobreza y que recientemente había contraído su ventajoso matrimonio; no dudaba en que la antigua prostituta le devolvería gustosa sus favores. Pero en definitiva, se dijo suspirando, todos ellos, hasta los que no creían, ni Le conocían, ni confiaban en Él, desde Ciro, allá en su campamento, hasta el último recogemierdas de Babilonia, estaban en las manos de Yavhé, el Único, el Todopoderoso. Le estaba musitando una redundante plegaria para que se hiciese en todo caso Su Santa Voluntad, con la vista puesta en el suelo, cuando, con una media sonrisa en el rostro, el cojo revendedor pasó a su lado, preguntándole en tono socarrón:

—¿Queréis un idolillo, maestro?

Isaías le juró, sin detener su paseo ni descruzar los brazos de su espalda, y en el arameo que había mamado de los pechos de su madre, que en aquella ciudad sólo eran libres los capaces de prostituirse tanto como él. Siguió su camino, con la vista puesta en el suelo, rumiando todas las cosas antedichas. Entonces tropezó de frente con un hombre quien, por llevar la vista puesta en el cielo, al que escudriñaba con atención, tampoco se fijaba en el camino que

llevaba. Era el sacerdote real que había predicho el eclipse. Ambos hombres se tocaron en los brazos, musitando una disculpa; y se apartaron el uno del otro, casi sin mirarse, para seguir su camino, cuando éste último, reconociendo a Isaías, le detuvo, diciéndole:

—Esperad un momento.

Isaías obedeció. El sacerdote le dijo:

—Os conozco. Vos sois el que permaneció de pie a mi paso.

—En efecto.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Yo no rindo culto a vuestros dioses. De hecho, tengo sumo pavor de que pueda llegar un día en que lo haga.

—¿Por qué?

—Por miedo a que el mío termine pidiéndome cuentas por ello, cuando me llegue la hora.

—Y, ¿a qué dios le rendís culto?

—Al de mi pueblo hebreo.

—Ah, sí, ahora recuerdo que sois judío. Algo conozco de vuestras costumbres. Pero es poco. Según tengo entendido, rendís culto a un solo dios.

—En efecto.

—Habladme algo más sobre él.

—La principal diferencia que tiene con los vuestros es que no está hecho de oro, ni de plata, ni tiene imagen ni forma visible susceptible de palpar. Por lo contrario, está vivo, aunque, hasta que Su Enviado llegue al pueblo de Israel, no tiene cuerpo. Lo que vosotros llamáis culto yo lo llamo idolatría.

—Pero no os postrasteis ante mí. ¿No hubo demostrado mi ciencia, para aquel día, que sólo nuestra religión es verdadera? ¿No demostró la exactitud de mis cálculos que sólo el sacerdocio babilónico tiene la razón?

—Os equivocáis. A pesar de vuestra ciencia, que os hizo saber del eclipse con perfecta exactitud y antelación, el verdadero y único Dios es totalmente imprevisible y nadie puede conocer sus pensamientos ni propósitos. ¿No lo demuestra ello el tropezón que vos y yo acabamos de tener?

—Los dioses no se ocupan de tales pequeñeces— Dijo el sacerdote en tono de desprecio, arrugando el ceño con disgusto—. El tropezón de hoy ha sido algo fortuito y banal. Por lo contrario, los grandes en la altura respaldan los ejércitos del Rey; y, con su fuerza, levantan el Imperio de Nabónidas y le hacen resistente y poderoso frente al Persa. Tal es la magnitud del pensamiento que ocupa la mente de los dioses. Comparable al tamaño de la torre de su padre.

—Ésa es vuestra opinión.

El sacerdote decidió que había vencido en la batalla dialéctica. Y para despedirse, dijo:

—Está bien, hebreo. Pero la próxima vez ten más cuidado, porque en esta ciudad sois un pueblo y un Dios esclavos y sometidos.

Y, como Isaías, continuó con su deambular, tornando a escudriñar el cielo. Porque observaba que allá en la altura se estaban juntando algunos nubarrones.

Aquella mañana, según salía temprano para encender la lumbre, las narices del parroquiano con la cicatriz en la cara distinguieron perfectamente, en el aire matinal, el perfume de la lluvia que se aproximaba. Y se lo hizo saber a su compadre del parche. A media tarde empezó a caer el agua y ambos se metieron en la cabaña.

Las lluvias se prolongaron a partir del comienzo del segundo mes en que habían sido proclamadas las treguas. Cayó el agua en abundancia. Y cuantos fueron los agricultores que, a pesar de las malas perspectivas, se habían resuelto a sembrar sus campos y parcelas, contemplaron locos de alegría cómo aquella agua bendita caía sobre ellas; y los dos brazos del Éufrates que ceñían Babilonia por oriente y occidente, bajando de Norte a Sur, empezaron, según crecían sus caudales, a inundar las más próximas a sus riberas, fertilizándolas. Todo ello cambió la situación del pueblo y su estado de ánimo, al plantear una campaña agrícola de la que se esperaban recoger cosechas abundantes antes de que el tiempo de la paz finalizase. Nabónidas empezó a plantearse, ante la perspectiva de tener llenos los graneros para entonces, la posibilidad de retirar las tropas de las orillas del Tigris y encerrarse con el total de ellas tras los muros de la ciudad, presentando así la resistencia frente a Ciro en términos de asedio.

El Persa seguía acampado lejos de su metrópoli, sin mover su tienda de los treinta parasangas del río en que la había plantado el día en que pudo detener a duras penas la retirada de sus hombres. Se hallaba, por tanto, desabastecido, y para que su ejército comiese tenía que dedicarlo a devastar las comarcas vecinas, que estaban siendo esquilgadas hasta el último ternero, hasta la última cebolla, todo ello con la caballería que Ciro no había tardado en reponer desde el día en que la perdiese frente al rey de Babilonia, aunque todavía en un número inferior a la que antes poseía.

Isaac había mandado levantar otro puente sobre el Tigris. Pero mantenía su campamento en la orilla de poniente. Lo cruzaba frecuentemente al frente de su caballería, no sólo para mantener vigilado al ejército del Persa, si no también para defender las aldeas y poblados de aquel contorno del pillaje que practicaba la de Ciro. En estos encuentros y escaramuzas, manejaba la espada y el caballo con sobradas soltura y suficiencia; y su nombre se estaba convirtiendo en leyenda entre sus hombres. Pero no se atrevía con el grueso de las fuerzas del Gran Rey, porque sabíase impotente frente a ellas con el número de las que él mandaba; y se limitaba a hostigar a los grupos de jinetes que se separaban del campamento de Ciro en busca de alimento.

Utu, en la ciudad, gozaba de su vida de casado; pero también, y tanto más conforme pasaba el tiempo, añoraba la vida de campaña, la ruda compañía de sus conmitones y el acicate del pelear, único en el que se sentía totalmente a sus anchas y en plena posesión de sus facultades. Por aquel tiempo hacía una vida hogareña que cada día que transcurría le hacía preguntarse más y más si él estaba hecho para ella. Inanna, comprensiva con su hombre, le aseguraba que no tenía motivos para preocuparse porque, para desgracia de todos ellos, tendría que librar nuevas batallas, una vez concluyese el periodo de las treguas. Cuando ella pensaba en esto, sentía que la abandonaban las fuerzas. Y a veces, mientras se arreglaba la rizada cabellera frente a un espejo, asistida por su esclava favorita, dejaba el cepillo sobre el fino tocador, para llorar a lágrima tendida. En medio de todo esto, la mujer era consciente de deberle a Isaac, su antiguo pretendiente, aquellos seis meses de paz en los que ella estaba gozando de su largamente esperado matrimonio, mientras él permanecía luchando en la frontera. Y sabía que sólo el hebreo había hecho posible la felicidad que, si bien breve y amenazada por la guerra, cumplía los juramentos cruzados entre Utu y ella tanto tiempo atrás.

A un mes de que finalizasen las treguas, se recogió una cosecha abundantísima, que casi repletó el total de los graneros reales. Por esto mismo, porque no confiaba en que su ejército fuese poderoso a derrotar al de Ciro en campo abierto y además

influido por los augurios de nuestro sacerdote, quien le aseguró que las entrañas de las víctimas aconsejaban encerrarse en la ciudad, un Nabónidas que había vuelto a la bebida y las mujeres decidió retirar a los hombres que quedaban en el Tigris y reunir a todos ellos tras los muros. Cuando llegó el heraldo con su orden taxativa, Isaac protestó, descorazonado. Pero no podía dejar de obedecer. Así que emprendió la retirada, dejando al Persa el paso franco sobre el río.

Al conocer la noticia, Utu también protestó. Y recorrió los pasillos de palacio, en busca del Rey. Pero no pudo convencerle de que se retractase de su orden. Buscó luego a Dumuzi, para tornar insistir con su apoyo ante Nabónidas. Pero ni entre ambos pudieron convencerle. De ese modo, resignado, el caudillo de los ejércitos del Rey se preparó para plantear la mejor resistencia que pudiese imaginar contra los persas desde detrás de aquellos muros.

Mientras tanto, el anciano real se preocupaba sólo de que la altura de su torre, que había de ser su tumba, creciese sin cesar. Ésta se estaba levantando junto al muro occidental, en la parte interior de la ciudad, protegida por murallas cuyo paso permitían las siete puertas legendarias. A contemplarla con admiración y a pesar de la amenaza de la guerra, llegaban peregrinos desde todos los rincones del imperio, porque se decía que no había construcción del hombre mayor sobre la tierra. Y, en verdad, así era. Porque la altura a que llegaba el monumento permitía a los obreros que trabajaban en su cima contemplar muchísimos parasangas de campiña extendida frente a ellos, bastantes más allá, por cierto, de las aguas que ceñían por ambos lados la ciudad de Babilonia.

Una vez estuvo en la ciudad, Isaac se reunió con su familia y honró con sus visitas la casa de Isaías. Disfrutaba paseando por las plazas y las calles, entre las muestras de respeto y admiración que desde el más encumbrado al más humilde le rendían. No tomó ninguna esposa, a pesar de que más de un buen partido estaba deseoso de hacerse con aquel hombre. Cierta día, paseando por la plaza de un mercado, en compañía de Telamón y Esquilo, vio las espaldas de Inanna, coronadas por su rubia y rizada cabellera. Ella

estaba eligiendo unas verduras del brazo de su esposo Utu. En ese instante, se volvió a mirar en torno suyo; y, cruzando su mirada con la de su antiguo pretendiente, al reconocerle, enrojeció; pero, tratando de disimular su turbación, tornó en seguida a preocuparse por surtir la cena.

Llegado al fin el término del plazo de las treguas, Ciro cruzó el Tigris sin obstáculos, un poco al Sur de Malgium. Pero, en lugar de dirigirse directamente hacia Babilonia, condujo a su ejército hacia el Norte della. Y tomó Sippar, de la que obtuvo abundantes vituallas y a la que, en todo caso, podía reservar como plaza fuerte y ciudadela mientras durase el asedio; y además, sus muros, que rindió intactos, le valdrían si se daba la improbable circunstancia de que tuviese que retirarse de los de Babilonia. Una vez tomada esta ciudad, dividió a su ejército en dos cuerpos, el uno mandado por él mismo y el otro al cargo Gobrias, lugarteniente suyo. Decidió que marcharían por separado, con parte de los hombres recorriendo la distancia hacia el Sur que les separaba de la ciudad de Nabónidas subidos en barcas, llevados mansamente por las aguas de los brazos del Eúfrates que, a Oriente y a Occidente, la circundaban. La caballería marcharía junto a sus riberas. Él mandaba el cuerpo que descendió por la parte de occidente. Nabónidas también desaprovechó la oportunidad de hallarse las fuerzas del Persa divididas para, haciendo una salida, atacar cualquiera de las dos, menguando así el montante del total. Llegado a los pies de Babilonia sin haber librado casi una batalla, Ciro reunió a sus huestes con las que, ya acampadas en la parte oriental de la ciudad, mandaba Gobrias. De ese modo, el círculo quedó cerrado.

Nada más tuvo ante sí la visión de Babilonia, lo primero que llamó poderosamente su atención fue el coloso de piedra que se alzaba junto al muro occidental. Y al contemplarlo, admirado, no pudo contener una piadosa plegaria murmurada bajo la lluvia que no dejaba de caer. Sentó su tienda frente a la puerta de poniente, a una distancia prudencial; desde allí, la torre le quedaba un poco hacia su izquierda, hacia el norte. Y cada día del asedio salió para maravillarse de cómo ni siquiera entonces aquel pueblo cesaba en

construirla, hallando alzado un nuevo piso cada vez que despertaba con el amanecer.

Ciro ordenó construir torres de asedio. Una vez tuvo en su poder lo que le pareció la cantidad suficiente dellas, las mandó lanzar repletas de sus hombres, y tiradas por sus poderosos elefantes acorazados, contra las murallas de Babilonia, mientras las aseguraba contra posibles salidas del ejército que la defendía vigilando estrechamente las siete puertas con numerosos contingentes. Las tropas de Nabónidas, que se parapetaban en la altura de los muros, rechazaron repetidamente estos intentos. Los hombres de ambos bandos, atravesados o no, ya por saetas, ya por el hierro de la espada o lanza, caían en gran número para morir estrellados contra el suelo, a ambos lados de la altísima muralla.

Esta fase de la lucha se prolongó por un mes. Entonces Ciro puso en acción las catapultas que en ese tiempo hubo mandado construir. Se prendió fuego a algunos de los proyectiles, pero la lluvia, que siguió cayendo en abundancia, evitó que Babilonia se incendiase. De hecho, durante el mes siguiente del asedio, cayó con tanta fuerza y cantidad que la mayor parte del trigo acumulado en los graneros de Nabónidas se pudrió por la humedad, de manera que vino a redundar incomedible. De este modo, el rey de Babilonia se halló completamente cercado en su ciudad y prácticamente sin reservas de alimento con las que resistir por mucho tiempo aquel asedio. Y, hundido, mientras caían los proyectiles y los arietes del Persa eran a duras penas rechazados, una y otra vez, al pie mismo de las siete puertas, pensando en la ruina del imperio levantado por su padre, sentía lástima de sí, consciente del desprecio que la posteridad arrojaría sobre su nombre. Y se dio cada vez más a la bebida, recorriendo el parapeto visiblemente borracho delante de sus hombres; o vagaba sin norte por los pasillos de palacio, a la luz sepulcral de un cielo permanentemente encapotado. Teniendo muy presente al rehén que se hallaba en su poder, cuya vida había respetado, empezó a pensar en los términos de la capitulación. Se preguntaba si cuanto más poder le presentase a su oponente, y

más daño le causase, las condiciones que éste le exigiese serían más benignas o más duras, según pesasen más en Ciro los deseos de acabar por fin y de cualquier manera con un dificultoso y largo asedio o la rabia vengativa ante sus pérdidas, que sin duda le impulsaría a exigir la rendición incondicional y el expolio de la patria de Nabónidas a manos de sus tropas.

En los meses que siguieron, el pueblo pasó hambre y empezó a comer de todo lo se arrastrase sobre el suelo, sin desperdiciar ni una de las sucias y abundantes ratas. Empezaron a surgir pestes y enfermedades que, extendiéndose, diezmaron al ejército y la población. Todo el mundo, con calentura y el estómago vacío, empezó a exigir furioso de su rey que rindiera la ciudad; pero éste, sordo, borracho e indeciso, se recluyó cada vez más en su palacio, en el corazón de la ciudadela, temeroso de su propio pueblo.

Así estaban las cosas el día en que la lluvia se transformó en tormenta eléctrica, y el cielo amaneció relampagueando.

Ese día el anciano real se despertó a muy temprana hora, cuando el Sol aún no había ahuyentado las sombras de la noche. Pero ya tronaba y caían los relámpagos. Al asomarse a una galería, ya vestido con las sagradas ropas que le distinguían como primer sacerdote en Babilonia, decidió tomar la batalla que los fuertes habían emprendido en las alturas y cuyos ecos hacían retumbar toda la tierra, como una señal que éstos le hacían. Y, sintiendo que el cansancio de sus largos años le llegaba hasta los huesos, la interpretó de la siguiente manera: decidió que le indicaban que la altura de su torre ya bastaba para el tamaño de sus pasadas hazañas. Y que era menester interrumpir de inmediato su construcción. Por lo tanto, dando tal orden, y consecuentemente con ella, decidió emprender su ascenso, para ya no moverse de su cima hasta que sus días terminasen en la muerte.

La subida hasta la misma le llevó seis horas, durante las cuales los porteadores etíopes tuvieron que hacer varias paradas. Un Urnamma resollante iba a la cabeza del séquito de sacerdotes que seguían la litera del anciano, entre los cuales se hallaba el nuestro. Las escaleras ascendían dando vueltas alrededor de todo el perímetro de la torre, cuya cima alcanzaron, en medio del granizo y los relámpagos, poco después de la hora de comer.

Una vez, y por primera y última en toda su existencia, el padre de Nabónidas se halló en ella, ordenó preparar los sacrificios rituales. Varios forzudos guardias obligaron a un aullante prisionero persa a tumbarse desnudo bajo la lluvia, forzándole a aguardar el golpe del cuchillo. El anciano real, sin dilación, alzó la daga, y hundiéndola en el pecho de aquel hombre, arrancóle en vida el corazón. Una vez tuvo éste aún caliente en su puño, lo alzó hacia las alturas, mirando a la cuna del relámpago y elevando súplicas potentes desde aquella cumbre desde la que estaba seguro de que no podían menos de ser escuchadas por los dioses.

Entonces la tierra comenzó a temblar bajo sus pies.

Cuando sintió el temblor de tierra, Isaac se hallaba hombro con hombro junto a Utu, rodeado por sus hombres, observando desde el parapeto que se alzaba sobre la puerta de poniente el espectáculo de los reales de Ciro batidos por la lluvia. Inmediatamente, se sintió zarandeado de un lado a otro; e instintivamente trató de aferrarse a una de las almenas para no caer. Entonces escuchó un restallido que no era el de un relámpago, sino el de algo poderoso que se partía desde su base. Mientras las últimas sacudidas remitían, Isaac pudo ver, mirando a su derecha, cómo la torre del Rey, escupiendo proyectiles por la parte inferior, desde la que se derrumbaba, caía sobre el muro de poniente, junto al que la misma estaba, derribándolo bajo su peso.

Ciro no perdió su tiempo. Y, pensando que los mismos dioses que en el día de su retirada frente al Tigris le fueron tan adversos ahora le indicaban que era el momento de vencer, ordenó de inmediato a sus mesnadas que aprovecharan la brecha abierta en la muralla para, escalando la escombrera de los restos esparcidos de la torre, penetrar por ella, invadiendo la ciudad. Así se hizo. Isaac contempló desde la almena cómo los hombres del Gran Rey penetraban en masa, aullando sus gritos de guerra, lanzas y espadas en alto, por aquel lugar desprotegido, en el que no había situada tropa alguna capaz de hacerles frente.

En ese instante, pensó en Inanna. Y, abandonando a sus hombres, echó a correr. Utu le gritó bajo la lluvia:

—¿A dónde vas, hebreo? ¡Vuelve a tu puesto, maldito seas!

Pero Isaac, incapaz de pensar en otra cosa que no fuese la vida de aquella mujer, no le hizo caso. Y Utu, consternado, lo dejó marchar y se volvió, empezando a impartir órdenes tajantes a cuantos le rodeaban.

Inanna estaba en el jardín de su palacio, también impartiendo órdenes y ayudando ella misma a sus esclavas a tender algunos trapos con los que proteger a sus queridas dalias del granizo que caía. El temblor la pilló junto al muro del jardín, el cual, viniéndose abajo, la sepultó, dejándola inmovilizada bajo él. Pero no muda. Gritó desde su entierro en vida, pidiendo ayuda a sus esclavas, las cuales, de inmediato que sintieron el terremoto, se dieron a correr presas del pánico. En la tiniebla, Inanna gritó por un tiempo que jamás en lo que le quedó de vida supo medir. Cuando estuvo demasiado exhausta, dejó de hacerlo y, con la respiración agitada, se dio a sollozar, pensando que allí mismo estaba muerta. Entonces oyó la voz de Isaac, que gritaba su nombre cerca de allí, prácticamente sobre ella:

—¡Aquí!— Gritó la mujer— ¡Aquí Isaac!

Unas manos presurosas retiraron ladrillos y cascotes. De pronto, Inanna pudo ver la luz de la tormenta. Bajo ella se asomaba el rostro de Isaac. Éste le dijo:

—¿Estás viva?

—Sácame de aquí.

Isaac, usando de todas sus fuerzas, logró desenterrarla. Cuando estuvo en pie, liberada al fin, la tomó de la mano y desenvainó la espada, preguntándole:

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Los hombres de Ciro han entrado en la ciudad. Pronto todo esto se llenará de persas con ganas de hacer cuanto se les antoje.

Y tiró de ella, pensando en llevarla a su propio palacio. Pero Inanna se le resistió, diciendo:

—¡No!

Isaac se volvió hacia ella. Y preguntó:

—Y entonces, ¿qué?

—Llévame sana y salva a la humilde choza que me vio nacer. Te garantizo que será el lugar más seguro de toda la ciudad. En ese barrio miserable no hay nada que robar.

Isaac comprendió que tenía razón. Y, guiado por ella, sin soltarla de la mano, emprendió el camino.

Isaías se sentaba a la puerta de su casa, protegido del granizo por un pequeño zaguán de madera, cuando sintió el temblor de tierra; oyó el estruendo de la torre al caer y asomose a la carrera entre las calles para contemplar nada más que nubarrones donde antes se enaltecía orgullosa la soberana construcción. Mucha gente corría por ellas, entre los escombros de tantas edificaciones derribadas, hablando a gritos en lenguas que, de repente, Isaías no comprendía. Volvió a todo correr hasta su casa, la cual, milagrosamente, permanecía en pie. Metió en ella en seguida a su mujer y a sus dos críos, que lloraban de miedo. Y tomando un cuchillo carnicero, se sentó donde mismo lo había hecho, a esperar.

Después de un rato, en el que contempló la desesperada y caótica carrera que muchos de sus vecinos emprendían entre voces, apareció por allí un soldado persa. El hombre se detuvo frente a la fachada intacta de la edificación, contemplándola con gesto especulativo, la larga y curvada espada desenvainada. Entonces Isaías se puso en pie y sin decir palabra le mostró el cuchillo. Al comprender que allí no había nada que robar, el persa siguió su búsqueda de un mejor y más accesible botín.

A sablazos, derribando persas, Isaac pudo abrir a Inanna el paso hasta su casa; al entrar por aquellos arrabales, contemplaron un absoluto destrozo; la mayoría de las edificaciones se habían venido abajo. Por contraste con los barrios que acababan de abandonar, en éste reinaba un gran silencio en el que, aparte de algún que otro sollozo y el balido de una cabra abandonada, sólo se escuchaba, como un eco lejano, el clamor de la lucha bajo el coro de relámpagos.

La casa de Inanna también había resistido el terremoto. Entraron en ella y se sentaron en el suelo. Inanna se abrazaba las rodillas. Isaac, sentado a su lado, cruzaba las piernas con el sable sobre ellas. No pasó mucho tiempo antes de que Inanna le abrazase, dándole un profundo beso. Y tumbándolo de espaldas, se tendió sobre él, mientras le dijo cara a cara:

—Goza de mí una vez más, porque puede que ésta sea nuestra última noche sobre la tierra.

Isaac, dubitativo, le preguntó:

—Tú... ¿me deseas?

—Sí. Y esta vez sin que tengas que ofrecer por mí.

Desvistiéndose el uno al otro, hicieron el amor sobre el piso de arenilla. Después de ello, un Isaac feliz quedó dormido. Inanna, por el contrario, permaneció despierta a su lado durante un tiempo, escuchando las lejanas voces de la rapiña a que los persas se habían entregado. Entonces se durmió.

Al amanecer, despertó sobresaltada. En el umbral de aquella casa estaba Utu, con la ropa y la piel ensangrentadas. Llevaba la espada fuera de la vaina. Sobrecogida, mientras él avanzaba en silencio, a pasos lentos, Inanna se arrastró desnuda, retrocediendo con temor del golpe, hasta quedar contra una pared.

Utu se detuvo al llegar a la altura de Isaac. Entonces, alzándola sobre él, hundió su arma de un golpe en el vientre de éste, quien despertó entre bocanadas de su sangre. Utu dejó

allí, enterrada en él, su espada por un momento; luego la extrajo. Isaac se derrumbó hacia un lado, agonizante. Utu lo dejó atrás, avanzando hacia su esposa. Al llegar a sus pies, alzó la espada. Entonces Inanna, entre lágrimas, le dijo la verdad:

—Sé que no merezco que perdones mi vida, Utu. Pero antes de que acabes con ella quiero que sepas que llevo un hijo de tu sangre en mis entrañas.

Utu calló, con la espada en alto. Luego, lentamente, la hizo descender. Y le dijo a su esposa:

—¿Sabes? Ahora comprendo por qué tantas naciones en derredor de la nuestra pronuncian con desprecio, como el peor insulto, el nombre del oficio al que nosotros dedicamos las muchachas por un año. Ahora entiendo el verdadero significado de esa palabra. Y con todo ese extranjero desprecio la arrojo sobre ti—. Las últimas palabras que la dirigió parecieron arrastrarse con un odio que a Inanna le dolió tanto más por cuanto jamás se lo había visto antes profesarla, ni llegado ella, hasta escucharlas, a sospechar el día en que tal cosa pudiese suceder—: Hasta nunca, puta.

Y dando media vuelta, salió de allí. Inanna también se arrastró, pero para cubrir con sus sollozos el cuerpo muerto de Isaac.

EPÍLOGO

Utu, con el corazón deshecho y la fuerza y osadía de los desesperados, marchó a buscar la muerte en la defensa de su patria. Recorrió sus calles, tratando de evitar su saqueo derribando a cuantos encontraba en ellas dedicados al pillaje de lo que quedaba en pie de la ciudad. Al final, su actitud desafiante y combativa llamó la atención de un grupo numeroso de persas; el cual, acorralándole en uno de los callejones, se le echó encima y acabó con él.

Ciro entró victorioso en Babilonia. Tal y como había jurado, perdonó la vida de Nabónidas. Pero, también tal y como había jurado, vengó la insultante palabra que éste le había dedicado al ordenar que le fuese cortada la lengua. Nabónidas vivió el resto de la suya sin pronunciar ninguna más, en el lujoso cautiverio que Gobrias, al que Cyrus dejó como gobernador de Babilonia antes de marchar en pos de más conquistas, mantuvo estrechamente vigilado. En él, los años, el vino y las mujeres le consumieron lentamente hasta la muerte. Antes de marchar a más victorias, Cyrus el Grande hizo buscar por toda la ciudad a aquel soldado del ejército oponente que había estado a punto de matarle. Cuando su cuerpo fue hallado abierto por el vientre, el Rey, al que se le hizo saber la raza a la que pertenecía aquel hombre, como muestra de respeto a tal guerrero, otorgó la libertad a todos los esclavos hebreos que hubiese en Babilonia. Muchos de ellos marcharon a Palestina, donde el Templo de Jerusalén fue reconstruido. Isaías, desolado por la muerte de su amigo, que todas las advertencias que le hizo sobre Inanna no pudieron evitar, marchó con ellos y oró de nuevo en el Templo de Yavhé. Escribió su profecía sobre Cyrus el Grande, llamándole ungido del Señor e instrumento suyo, y sobre la caída de Babilonia bajo él; y en sus escritos, anunció también la próxima llegada del Mesías. Alcanzó la edad de los cien años, a la cual, según la tradición, su cuñado y por entonces Rey de Israel, molesto con aquel súbdito y pariente suyo, ordenó que su cuerpo fuese aserrado por la mitad.

Telamón y Esquilo, luchando hombro con hombro, lograron abrirse camino entre los persas, alcanzando una pequeña población vecina, en la que pernoctaron. Lograron embarcarse para Grecia en la ciudad de Tiro. Se separaron en el Pireo, puerto de Atenas, donde Telamón continuó camino para Esparta. Ambos se reunieron con sus seres queridos, en la patria de sus padres, sobre la cual sus descendientes lucharon contra las hordas invasoras comandadas por los descendientes de Ciro, tomando parte en la heroica defensa de la Hélade liderada por Atenas y que fundó el auténtico comienzo de la Historia Europea, definida esencialmente por su largo conflicto con oriente, que perdura en nuestros días. Más tarde aún, los descendientes de sus descendientes combatieron a las órdenes de Alejandro Magno para derrotar, derribándolo hasta sus cimientos en su propio territorio, al Imperio Aqueménida fundado por Ciro el Grande. Alejandro murió en la ciudad de Babilonia, a la edad de treinta y tres años.

Inanna fue vendida como esclava a un rico y gordo mercader fenicio, que la llevó a la ciudad de Tiro. En ella parió al hijo de Utu, al que puso por nombre Isaac. El mercader la usó de esclava y concubina hasta que, al final de sus días, la dejó en herencia a sus hijos. La mujer no volvió a recobrar la libertad y murió repentinamente en la vejez, al servicio de aquella casa, una noche de tormenta en la que estaba remendando un paño.

Sólo a Dios pertenece la última palabra.

FIN

